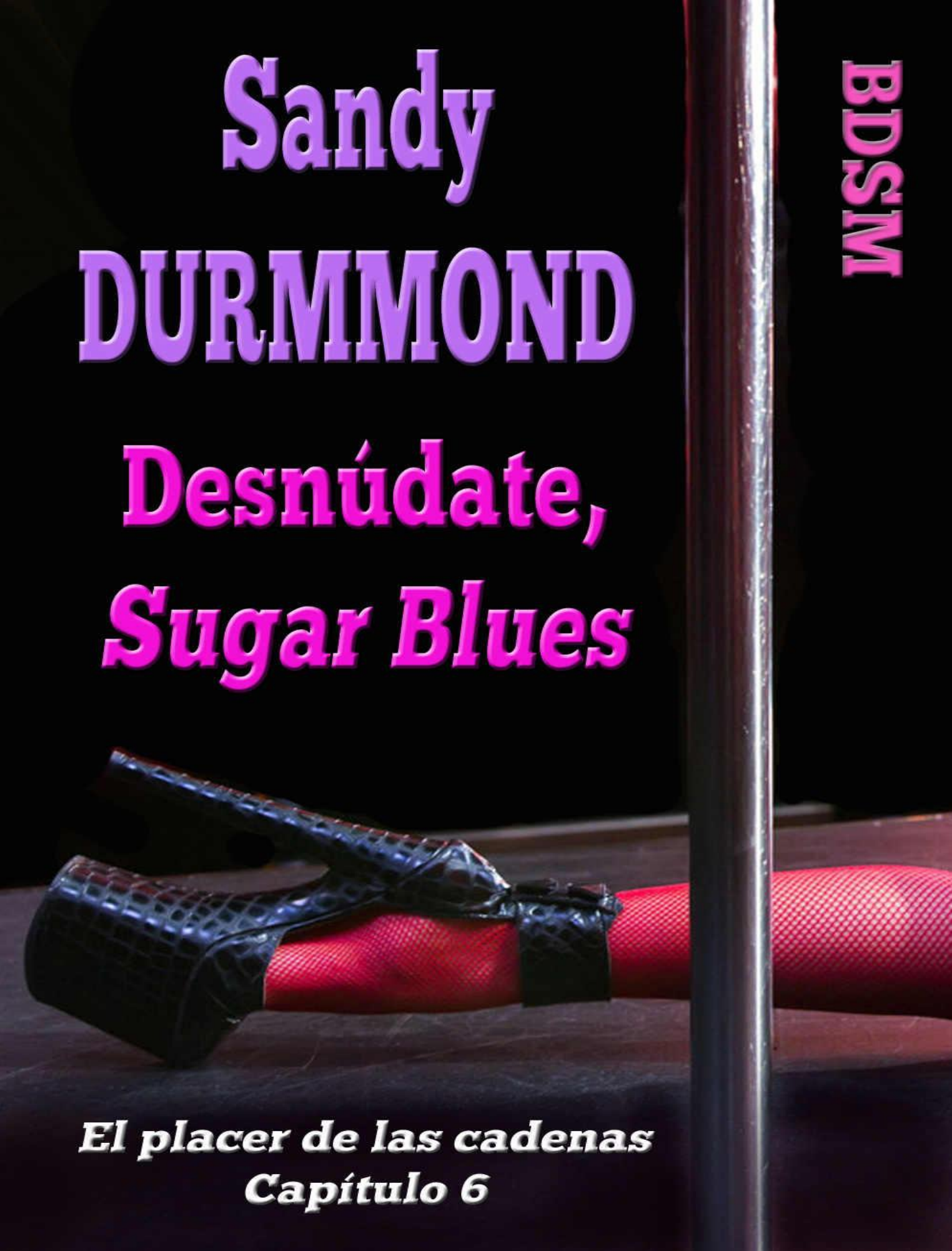
Sandy
DURMMOND

Desnúdate, Sugar Blues

BDSM



El placer de las cadenas
Capítulo 6

DESNÚDATE, SUGAR BLUES

Capítulo 6 de EL PLACER DE LAS CADENAS

Sandy Durmmond

Desnúdate, Sugar Blues©2016 Sandy Durmmond

Reservados todos los derechos

¿Les extraña el título de mi sexto libro? Lo comprendo. Nadie puede entenderlo sin una explicación. Ni siquiera quienes hayan leído los otros cinco volúmenes anteriores. Pero lo explicaré enseguida para que lo sepan desde el primer folio de este relato.

Sugar Blues es el título de una canción y los que me siguen saben que mi amo de entonces, Jürgen, era músico. Saxofonista, para ser más concretos, aunque tocaba varios instrumentos con igual virtuosismo. Espero no ofender su inteligencia si les digo que se trata de un

blues, como era de esperar. Un blues muy antiguo pero también muy sensual. Tanto que fue para mí la banda sonora de los numerosos estriptis que hice en los meses siguientes, cuando nos trasladamos a Madrid a finales de 1999. Les recomiendo que lo busquen en Youtube. Hay decenas de versiones, pero a Jürgen le encantaba escuchar las grabaciones de Ella Fitzgerald cantándolo. Yo les recomiendo alguna versión interpretada con saxo para que se den cuenta de toda la sensualidad que se despliega en esa magnífica canción.

En el anterior libro, «**Adiestrada para el placer**» les relaté mi encuentro con Ahmed en Tenerife y les avancé que en esta nueva entrega les hablaría de un viaje a Bruselas para encontrarnos con un amo amigo del mío que tenía dos esclavas negras, madre e hija, de las que también les hablé, que eran dos auténticas panteras salvajes.

Antes déjenme hacerles una reflexión personal. En la vida de toda persona hay momentos que te marcan de forma indeleble, como encrucijadas que encuentras en el camino en las que has

de elegir hacia dónde vas, y según elijas un camino u otro tu vida será de una forma u otra, pero sustancial y radicalmente diferente a la que tendrías de haber optado por otra vía.

Yo estuve en esa situación cuando mi amo me dijo que nos íbamos a Madrid. Podría haberme negado. Él me dio a elegir, no me obligó a seguirle. Pero cuando decidí acompañarlo y romper con toda mi vida anterior di uno de esos pasos decisivos sin vuelta atrás. Me lancé a una carrera, por decirlo de alguna forma, profesional en el mundo

de la prostitución y del sexo extreme. Yo entonces no me veía como una puta, sino como una esclava sexual al servicio incondicional de mi amo. Encontraba diferencias claras entre puta y esclava. Me sentía superior a las simples prostitutas que trabajaban por dinero. Yo lo hacía por amor y por devoción a mi dueño y me sentía orgullosa de que mi entrega le resultara rentable. Inicié un camino sin retorno, con muchos altibajos a lo largo de los años pero completamente diferente al que hubiera tomado de haber decidido quedarme en

las islas. Aunque es hacer una ficción imposible de demostrar, de seguir en Tenerife probablemente ahora sería una prostituta de baja estofa, quizá drogadicta y amargada y hubiera dado la razón a mi hermana y su marido, el violador, de los que no me gusta hablar. Pero nunca se sabe. Quizá me hubiera tropezado con un millonario que me hubiera retirado de la mala vida, como le sucedió a mi amiga Bárbara con Arty, el adorable holandés con el que se casó. Aunque he de decir que ahora no le tengo nada que envidiar pues hallé a mi

amor que es mi amo y mi marido y soy feliz.

Pero no quiero aburrirles contándoles cosas del pasado que están en mis libros anteriores ni adelantarme poniéndome cursi. Me centraré en el presente (de entonces) e intentaré, como siempre, que ustedes puedan entender todo lo que cuento sin necesidad de echar mano de mis relatos anteriores.

Ahora entraré en materia, pero recuerden: *Sugar Blues*.

Creo que fue en octubre o noviembre, no estoy segura, cuando aterrizamos en Madrid con las maletas hechas para no regresar. Jürgen tenía una casa en una urbanización de gente acomodada en El Escorial, un pueblo serrano al norte de Madrid. Se la habían regalado sus padres hacía unos años. El padre de Jürgen, como saben, era diplomático alemán y además pertenecía a una familia antigua de bastante dinero.

Recuerdo que en Madrid hacía frío y El Escorial era como el Polo Norte. Jürgen me recordó que no era extraño

que Felipe II, un rey tan austero y temeroso de la divinidad se retirara aquí, para sufrir los rigores del mundo y hacer méritos para salvar su alma. A mí eso me parecía una chorrada pero enseguida comprobé que quizá lo de Felipe II fuese una tontería pero yo sí que purgaría allí mis pecados de esclava sexual porque el chalet de mi amo tenía una bodega enorme, la mitad de ella reconvertida en una mazmorra que comparada con la de la casa de Ahmed en Tenerife, aquella era un hotel de lujo. Me la enseñó con orgullo nada más

llegar allí en un coche alquilado en el aeropuerto de Barajas. Lo hizo incluso antes de entrar en la casa, porque se accedía por una puerta lateral. La finca era grande, con una piscina que llevaba vacía bastante tiempo y rodeada de una valla alta, con la mitad inferior de piedra granítica (muy común en el Escorial y de la que se hizo el famoso monasterio) y la parte superior, de hierro forjado, rematada en pinchos bastante agudos. Los pinos eran el árbol más común en el jardín, aunque había otras especies que no reconocí. Lo

cierto es que estaba relativamente bien cuidado para llevar deshabitada varios años. Mi amo me explicó después que tenía un jardinero que acudía regularmente para ocuparse de todo… salvo el sótano donde estaba la mazmorra, cuya llave Jürgen guardaba celosamente.

Estuvimos allí encerrados una semana. Solo salió mi amo para comprar provisiones en el pueblo. En ese tiempo me sentí en otro mundo, sin trato con nadie porque la casa estaba relativamente aislada del resto de los

vecinos por las grandes parcelas de jardín que tenían todas las fincas. Cuando venía el jardinero, yo me quedaba dentro de la casa y mi amo no me dejaba ni asomarme para ver qué aspecto tenía. No quería que nadie supiera que estaba allí.

En esa semana o diez días que estuvimos allí, bajábamos a diario a la mazmorra y probé todos los aparatos que contenía. Ninguno nuevo para mí. La peor tortura, sin embargo, era el frío. Bajaba abrigada pero enseguida, a una orden de mi señor, me desnudaba.

Normalmente, salía de la casa con un buen abrigo, aunque debajo llevaba lencería o iba completamente desnuda, según el capricho de mi amo. Pero siempre con tacones altos y sandalias abiertas. «Me gusta que se te vean los deditos y el empeine», me solía decir. Ya saben que era fetichista de los pies. O, mejor dicho, de los zapatos de tacón. Además, él decía que el tacón alto multiplicaba la belleza femenina hasta el punto de convertir en interesante a una mujer fea.

Por las mañanas, sin madrugar, me

bajaba a la mazmorra recién levantada, en ayunas, y me sometía a tortura. Me colocaba en alguno de los aparatos y me azotaba con intensidad creciente. Me calentaba, como decía él, para que no me constipara allí. Confieso que él también se desnudaba, no sé si por ritual, por empatía conmigo o por qué. El caso es que a mí me gustaba verlo así, de cintura para arriba desnudo, azotándome con el flogger o con la mano.

Las palizas matinales eran continuación del entrenamiento intensivo

que comenzó en Tenerife, aunque en El Escorial no había perros ni burros que me sodomizaran. Lo hacía él aunque nunca con su polla, sino con dildos o plugs. En esas sesiones no me follaba nunca pero he decir que me excitaban bastante sus palizas… Hasta cierto punto en el que el umbral del dolor sobrepasaba al del placer y entonces mi libido se derrumbaba y terminaba llorando y pidiéndole a mí amo que parara el castigo. Así todo los días.

Acabada la sesión de castigo, mi amo me ayuda a ponerme el abrigo y me

llevaba a casa muy amorosamente. Normalmente yo regresaba llorosa y con el cuerpo ardiendo de los azotes.

Una vez en el hogar, mi amo se sentaba en el sofá del comedor y veía la televisión o leía algún libro mientras yo le preparaba el desayuno. Normalmente, él se había tomado un café antes de bajar a la mazmorra, pero luego quería un desayuno más sustancioso. Yo me ponía un escueto delantal y con mi collar de perra y mis tacones de no menos de 18 centímetros de altura, me metía en la cocina para prepararlo todo. No era ni

soy gran cocinera, pero una tortilla a la francesa, como le gustaban los huevos, no tiene misterio. La acompañaba con tostadas, jugo de tomate y jamón serrano, además de zumos de fruta y más café. A veces panceta. Es alemán y ya saben que en ese país gustan de tomar desayunos abundantes.

Le servía todo en la mesa baja del salón y él desayunaba mientras yo permanecía arrodillada en la postura clásica de la sumisión: sentada sobre mis talones, con las rodillas separadas para mostrar la vagina y las manos con

las palmas hacia arriba apoyadas en los muslos.

De vez en cuando él me arrojaba algo. Me daba en la cara y caía al suelo. Yo esperaba una señal suya para bajar la cabeza y comerlo directamente del suelo. Ya me había explicado que no debía lanzarme a por la comida como un animal mal adiestrado, sino que tenía que esperar la orden.

Al final, siempre se dejaba algo porque yo tenía orden de hacer comida de más. Entonces se levantaba, me hacía un gesto y yo acudía a gatas a terminar

las sobras. No podía usar las manos. Debía comerlo como una perra, incluida la bebida de los vasos. Un resto de café o un culito de zumo. No se me daba mal morder el vaso o la taza y volcarla en mi boca. Era frecuente que me escurriera algo pero no importaba.

Después quitaba la mesa y fregaba todo (con manos, por supuesto). Lo habitual después de asear la cocina era que mi amo me llamara al cuarto de baño donde acudía como un reloj para hacer de vientre. Yo aguantaba a sus pies, arrodillada y luego le limpiaba el

culo a lametones. A veces (no entraré en explicaciones escatológicas que pueden repugnar a mucha gente) primero se limpiaba con papel y a mí me dejaba acabar la limpieza con la lengua. Era de agradecer.

La mañana continuaba con el aseo personal. Teníamos dos cuartos de baños, uno abajo, que usaba yo, más pequeño, y otro grande, en la planta superior, junto al dormitorio principal, que era el de mi amo. Esta etapa era larga y detallada, al menos para mí. Me quería limpia como una patena,

especialmente después de haberle lamido el ano. Normalmente me preparaba un buen baño caliente con sales y jabones de olor de todo tipo. En ese sentido Jürgen era muy exigente y no perdonaba un mal olor ni una mancha de ningún tipo. Tampoco en la casa, que debía mantener impoluta.

El aseo bucal, vaginal y anal era primordial. No me ponía enemas a diario para limpiar las heces de mi ano porque decía que no era sano, pero sí lo hacía de forma habitual, casi siempre que preveía una sesión de sodomización

a fondo.

Después de esto, con los agujeros y todo el cuerpo bien limpio, me dejaba vestirme como quisiera pero con las ropas que tenía en una de las habitaciones que él llamaba de esclava. Eran todas prendas atrevidas cuando no completamente pornográficas con las que iba casi desnuda. Me vestía para ir desnuda. En el armario de otra habitación guardaba las ropas más normales para salir sin llamar excesivamente la atención. Las de calle, por llamarlas de alguna forma.

Vestida así, normalmente con minifaldas muy cortas, camisetas con los pechos fuera y cosas así, me dedicaba a pensar qué comida hacerle, que no es tarea sencilla cuando se es torpe en los fogones y se desea dar un menú variado al amo. Eso lo saben bien las que sean amas de casa. No me gustaba que se aburriera de mí, por eso siempre procuraba vestirme diferente, para sorprenderlo, y en la cocina intentaba lo mismo, eso sí, con mucho menos éxito.

Mientras yo estaba en estas tareas, mi amo se dedicaba a hacer llamadas

telefónicas, de la mayoría de las cuales no me enteraba. Cuando hablaba en árabe sabía que lo hacía con Ahmed. Pero era más frecuente que hablara en alemán o inglés, aunque a medida que pasaban los días, comenzó a imponerse el castellano. En estas ocasiones se alejaba para que yo no escuchara.

Otras veces mi amo se marchaba en el coche que teníamos alquilado desde que llegamos a Madrid. Hasta que un día se presentó con un auto nuevo que dijo había comprado después de devolver el de alquiler. Creo que era un Opel de

segunda mano. Nada llamativo ni lujoso. Pero echaba de menos su moto, que se quedó en Tenerife. Por eso se compró otra de segunda mano que trajo después de una de sus escapadas. Me hizo mucha ilusión porque me gustaba mucho que me paseara en moto. Creo que los mejores momentos a su lado vinieron cuando me llevó en su moto en Tenerife.

Las tardes las dedicábamos a ensayar el estriptis que sería mi presentación en varios garitos. Jürgen quería llevarme a trabajar a Madrid, en diferentes locales donde conocía gente o le habían hablado

de ellos, y ese número sería mi carta de presentación.

Lo cierto es que a mí bailar no me costaba nada. Siempre se me ha dado bien y en el Atlas lo hacía constantemente. Aunque siempre era de forma mucho más libre y las coreografías, con las otras chicas, eran contadas. En cambio, ahora Jürgen quería un número profesional, bien preparado y desenvuelto, pero que pareciera natural. El tema escogido fue, como ya les he dicho, *Sugar Blues*, que mi amo tocaba divinamente con el saxo,

aunque he de decir que probamos otros temas antes, pero los descartó uno detrás de otro por manidos o porque no salían bien. A mí me gustaba el de la película «Nueve semanas y media», ¿recuerdan? La canción de Joe Cocker «You can leave your hat on». Pero a mi amo le pareció muy manida. Todas las putas la usaban en sus numeritos de un lado al otro del mundo.

Una vez elegido el tema musical, ensayábamos toda la tarde. El se sentaba en una silla del comedor y yo bailaba y me desnudaba lentamente. Jürgen me

corregía a menudo. Paraba la música y me hacía correcciones del tipo: «vas muy deprisa» o «más provocativa en ese gesto». Naturalmente, yo hacía caso y a medida que avanzaban los ensayos el baile salía mucho mejor y me corregía menos. Creo que desde el cuarto o quinto día ya apenas me corregía. Y eso a pesar de que cambiaba de ropa, lo que obligaba a movimientos diferentes. Pero siempre elegía para mí prendas que se soltaran fácilmente.

Inexorablemente, los ensayos acababan en la cama. Mi amo tocaba el

saxo y me dirigía, pero no era de piedra. Se contenía por las mañanas en la mazmorra pero no por las tardes cuando culminaba un buen estriptis. Cuando usaba sandalias atadas no me quitaba las medias. Entonces quedaba completamente desnuda, con un collar fino de cuero o de seda, las medias y las sandalias. Mi amo dejaba el saxo y se sacaba el sexo. Yo acudía a gatas hacia él y se la mamaba. Eran felaciones profundas que hacían suspirar a mi amo mientras permanecía sentado en el sofá, dejándose hacer. Yo mamaba despacio,

sin prisa, tragando la polla hasta el fondo de la garganta. Le lamía los testículos y la parte interna de los muslos. A veces se giraba y se ponía de rodillas en el sofá para que le comiera el culo y los cojones por debajo. Yo disfrutaba mucho teniendo para mí su polla llena de piercings, con los que mi lengua jugaba sin parar.

Yo ya no tenía ni un solo piercing. Me los quité por orden de Ahmed cuando me folló en Tenerife, como recordarán de mi anterior libro, «Adiestrada para el placer». Y mi amo

ya no quiso ponérmelos de nuevo. Me sorprendió, es la verdad, porque a él le encantaba tenerme con aros. Además, solía decir que una esclava debe estar anillada en al menos un pezón. Pero tras pasar por las manos de su amigo el jeque de Bahréin decidió no reponérmelos. Eso tenía una explicación que no supe hasta muchos años después, cuando yo ya tenía 35 años. El verano pasado (2015), sin ir más lejos. Pero no adelantaré acontecimientos.

Mi amo concluyó esa conversación diciéndome que cuando quisiera

colgarme algo de los pezones lo haría clavándome un alfiler.

Después de hacerle una amplia y detallada lamida de la polla, los cojones y el culo, mi amo me follaba. O bien en el sofá o me llevaba a la cama. Era el momento deseado del día, cuando mi amo me hacía suya sexualmente, me tomaba con violencia algunas veces, con delicadeza y suavidad otras, pero siempre dejándome plenamente satisfecha, gozosa y enamorada. Sentir esas contracciones de su pene previas al manguerazo de lefa es algo que no se

puede explicar con palabras. Si no me había corrido ya (cosa rara porque me transportaba al éxtasis enseguida), lo hacía en el momento en que sentía esas contracciones de su pene y me regaba por dentro o por fuera con su adorada leche. A veces buscaba un segundo orgasmo y comenzaba de nuevo con la felación de su polla empapada de semen. Me gustaba sentir en mi boca cómo, después del lógico bajonazo, el rabo que más me excitaba del mundo crecía dentro de mi boca por efecto del trabajo de mi lengua y mis labios.

Este segundo polvo que me echaba siempre era más violento. Jürgen entonces me abofeteaba las tetas o la cara, me estrujaba el cuerpo con sus dedos largos y finos, pero fuertes. Me hacía gemir de placer y de dolor, sensaciones mezcladas que me elevaban a un punto de placer imposible de describir. Si por la mañana, en la mazmorra, siempre acababa sobrepasando el punto crítico en el que el dolor comienza a ser incompatible con el placer, por las tardes sabía medir muy bien su violencia para que yo

gozara como una verdadera ramera salida. Esta segunda parte solía finalizarme en el ano, con una buena sodomización. No había reglas fijas pero solía ser así. A cuatro patas o tumbada boca abajo, o quizá contra una pared, me arremetía por detrás sin el menor miramiento mientras me azotaba las nalgas y me tiraba del pelo hacia atrás. Se corría dentro de mi culo y luego se derrumbaba agotado sobre mí. Yo ya me había corrido, quizá incluso un par de veces a fuerza de hostias y brutalidad sexual muy bien medida.

Tras un pequeño descanso, me iba a arreglar, lavar y vestir de forma adecuada, siempre sexy, y me ponía con la cena, que solía ser más ligera. No se acostaba tarde si no teníamos ningún asunto pendiente. Yo me quedaba recogiéndolo todo y fregando y cuando acababa iba a la habitación. Si estaba dormido no me atrevía a despertarlo y me acostaba en una alfombra que tenía a los pies de la cama y me tapaba con una manta. Si estaba despierto, Jürgen me decía cómo dormir esa noche. O directamente me mandaba a la alfombra,

o al sofá del salón o me permitía acostarme a su lado. Digamos que la mayoría de las veces me acogía a su lado. Tenía el sueño ligero por lo que solía estar despierto cuando yo llegaba. Que me admitiera entre las sábanas a su lado era una alegría enorme. La segunda del día después de la sesión de sexo.

Eso sucedió en los primeros días que pasamos en su casa de El Escorial y se repitió en las escasas veces en las que, en los meses siguientes, estuve compartiendo con él la convivencia allí durante varios días seguidos.

Si en algún momento pensé que mi amo era tan nuevo como yo en Madrid, me equivoqué de pleno. De hecho, él había estado bastante tiempo en Madrid antes de desplazarse a Tenerife.

Como le pregunté por la gran cantidad de gente que conocía en la capital del mundo del sexo, la prostitución y los espectáculos eróticos, me explicó que se había movido por esos ambientes los tres o cuatro años anteriores a viajar a Tenerife. Me

confesó algo que yo sospechaba: amaba a mi amiga Bárbara y por eso se marchó a vivir allí, para estar cerca de ella porque aspiraba a convertirla en algo parecido a lo que hizo conmigo. Pero ella se negó a someterse y como Bárbara entendía que Jürgen no cambiaría nunca, lo rechazó una y otra vez. Solo accedió, de vez en cuando, a mantener relaciones sexuales normales. Pero eso no llenaba a ninguno de los dos.

—A Bárbara la amaba —me dijo en un momento determinado—. A ti, no. Tú solo eres un buen negocio para mí y un

pedazo de carne para desfogarme.

Ya lo sabía pero eso no hizo que me doliera menos tanta franqueza. No me llamaba a engaño y sabía que no era más que un objeto comercial muy lucrativo para mi amo. Sí, me tenía afecto, pero poco más.

—Lo sé, pero me basta con quererle yo, señor —respondí y él se rió de mí.

—Así debe ser, puta —me dio unas cachetadas en la cara—. Las perras siempre aman a sus dueños y lamen la mano que las azota.

Una mañana no tuve sesión de tortura. Mi amo, después de desayunar, me dijo que me vistiera para el estriptis. Esperábamos una visita importante que venía a conocerme y me ordenó que bailara para él con la misma pasión que solía hacerlo cada día. Naturalmente, no era necesario que me lo recordara. Yo siempre ponía todo el interés y aunque no me explicó quién era el caballero que venía, supuse que sería algún empresario de la noche o alguien bien

relacionado en ese mundo en el que pretendía introducirme.

Jürgen me supervisó y me dio el visto bueno al conjunto de ropa que me puse para mi primer estriptis de *Sugar Blues* ante otra gente que no fuera mi amo: un sujetador negro con apertura frontal, una camisa masculina blanca de manga larga que llevaba arremangada hasta los codos y anudada en el vientre, sin abrochar los botones, corbata negra masculina suelta, una minifalda negra muy corta, unas medias finas color carne con liguero y un tanga negro. Me había

puesto unas sandalias de chanclo altas para poder quitarme las medias, pero eso fue lo único que me corrigió mi amo.

—Ponte unas sandalias negras de hebilla en el tobillo, de esas de tiritas en el empeine.

No me gusta (porque creo que no es elegante) usar medias con sandalias abiertas, pero para el espectáculo reconozco que iban mejor. No se trataba de ser elegante, sino zorra.

Aun así, la elección había sido muy

conservadora, lo reconozco, y mi amo me lo apreció.

—Has elegido bien para asegurar el éxito en una prueba tan importante. —me dijo mientras me apretaba las nalgas—. Aunque no has arriesgado nada, mejor así. El tipo que vendrá es muy convencional. Le gustan las cosas de toda la vida, ya sabes. Y tú tienes un aspecto de colegiala muy clásico. Ahora recógete el pelo todo a un lado, como una coleta, aquí a la derecha —me recogió él mismo el cabello ante un espejo para explicarme lo que quería—

y píntate mucho la boca y los ojos. Muy zorra, como tú sabes. Ah, y métete el plug dorado en el culo. Que haya sorpresa final.

Llevaba más de una hora preparada y me picaba el ano del plug cuando llegó la visita. Yo permanecí oculta en el piso de arriba, tal como había acordado con mi amo. Los escuché saludarse, abrazarse con grandes palmadas en la espalda y hablar. Por la voz me pareció un hombre mayor. Pronto saldría de dudas.

Tan celosamente quería guardarme

como sorpresa, que ni siquiera me llamó para servirles las bebidas. Fue el propio Jürgen el que fue a la cocina y preparó unos gin tónics, a pesar de que eran poco más de mediodía, pero en ese ambiente todo el mundo bebía mucho, aunque lo lógico era que a esas horas de la mañana la mayoría estuviera durmiendo o recién levantados.

La señal para mi salida era, naturalmente, la música. Estaba muy nerviosa, pero cuando comenzó a sonar el saxo me tranquilicé y comencé a descender por la escalera, tal como me

había dicho Jürgen. Bajé despacio, pero con mucho movimiento de caderas. La falda era tan corta que no me cubría el final de las medias y probablemente el invitado me vio el tanga mientras bajaba. Era parte del juego. Por primera vez me fijé en el tipo y mi decepción no pudo ser mayor. En el fondo me había esperado alguien como mi amo o quizá como Goran, mi primer protector y amante. Gente bella, apetecible. O al menos como Will, el seductor gerente del Atlas. Pero no, este era un sapo verrugoso de más de sesenta años, con

una panza que le colgaba entre las piernas cuando estaba sentado, lo que le obligaba a separar las rodillas para hacerle hueco a la barriga. Iba vestido con un traje caro oscuro y llevaba tirantes además de cinturón. Tenía la nariz grande y con abultamientos, manchas en la cara y los ojos amarillentos, como si estuviera hepático. Llevaba el pelo pegado hacia atrás con gomina y le hacía caracolillos en la nuca. Cuando lo tuve más cerca percibí su olor a tabaco y su respiración entrecortada, no sé si porque la gordura

le impedía respirar o tenía vegetaciones. Desde luego, descarté que estuviera excitado por mi presencia.

Cuando llegué ante él comencé a contonearme mientras me observaba con esos ojos amarillentos, inexpresivos. Cumplí a rajatabla las órdenes de mi amo en todo lo relacionado con el estriptis. Me desnudé quitándome la ropa en el orden que me tenía dicho Jürgen: corbata, camisa, falda, sujetador y bragas. Le gustó el detalle final de mi plug en el ano. Me quedé arrodillada ante él, solo con las medias y el ligero,

además de las sandalias. Naturalmente, no llevé collar porque no iba con la corbata.

Jürgen quería que acabara de rodillas, con las piernas separadas y tocándome la vagina como si me masturbara.

La música cesó. Yo me quedé inmóvil, mirando al suelo a la espera del veredicto, que no tardó en llegar.

—Tienes una puta muy sensual —dijo —. ¿De dónde la has sacado?

—Me la he traído de Canarias.

—Ah, qué buenas putas que salen de esas islas, joder —añadió—. Yo diría que las mejores junto con las gallegas. Bueno, y las de tu tierra.

—Putas buenas hay en todos lados. Lo difícil es adiestrarlas bien para que sean más rentables.

—¿Y esta lo está?

Hablaban de mí como si no estuviera allí, pero no me molestaba que me trataran como una mercancía. Me gustaba y me excitaba.

—Todavía le queda mucho por

aprender, pero ya está más preparada que todas las que tienes tú en el Continental.

—Hummm, eso habrá que comprobarlo —dudó el visitante—. Un estriptis lo hace cualquiera.

—Para eso te he llamado, Juan Carlos. Primero para que veas que es material de primera y segundo para que prepares una audición en el Continental con una docena de empresarios del sector.

—¿Audición? —se carcajeó Juan

Carlos—. ¿Ahora lo llamas así? Bueno, veré lo que puedo hacer… Por cierto, ¿Qué le pasa en el trasero a tu puta?

Me hizo un gesto para que me girara y lo hice para mostrar las nalgas.

—Tienen unas marcas…

—Son azotes. Marcas de ayer…

—Todavía sigues castigando a tus zorras, joder, Jürgen.

—No las castigo —se defendió mi amo—. Es parte del entrenamiento. Ya sabes que el sexo extreme es el mejor pagado y Sandy es la puta con más

potencial que he conocido. De hecho ya ha ido a algunos trabajos en Madrid. Además le gusta que la sacudan.

—¿En serio? —Juan Carlos abrió los ojos como platos y me miró sorprendido —. ¿Eso es verdad, guapa?

—Sí, señor —respondí con una sonrisa. Aquella pregunta necesitaba algunas matizaciones porque ya saben ustedes que me gusta hasta cierto punto, pero no podía poner incertidumbre a la afirmación de mi amo.

—A ver, cariño, acércate —me dijo

—. Ponte de rodillas a mis pies.

Obedecí y me coloqué en la posición de sumisión típica que me había enseñado mi amo. El gordo me dio una bofetada en la mejilla con su mano blanda y regordeta aunque cuajada de anillos. No me hizo daño y le respondí con una sonrisa. Volvió a pegar en la otra mejilla, un poco más fuerte. Y después repitió dos veces.

—¿Te duele?

—Un poco, señor, pero me excita usted —no era mentira. Sus golpes

excesivamente blandos y en aquella posición de sumisión, desnuda y con el coño expuesto eran ideales para que me mojara, a pesar de lo feo que era el caballero.

Juan Carlos lanzó una sonora carcajada al aire que me desconcertó.

—¡Joder, yo creo que es la primera mujer que me dice que la excito, jajaja!

Jürgen se levantó y me pegó tal bofetón que me tumbó en el suelo, para sorpresa del invitado

—¡A esta puta hay que pegarle más

fuerte, coño!

Me incorporé despacio con la mejilla ardiendo hasta recuperar la posición arrodillada. Me había pegado muy fuerte y por sorpresa, pero supe aguantar las ganas de llorar, aunque supongo que se me humedecieron los ojos.

Juan Carlos me miró fijamente.

—¿Te ha gustado eso, Sandy? —me preguntó de nuevo el invitado mientras Jürgen permanecía en pie, expectante.

—Sí, señor —mentí por mi amo—. Todo lo que venga de mi señor me

agrada.

—Lámeme los zapatos —me ordenó mi amo.

Me incliné ante él, con la cabeza pegada al suelo y le lamí los zapatos desde la puntera por todo el empeine. Lo hice durante unos segundos hasta que Jürgen me ordenó parar.

—Esta puta es la mejor que había en las Canarias y ahora será la mejor de Madrid —dijo mi amo con aplomo—. Solo le falta continuar con su adiestramiento y disponer de la

oportunidades para demostrarlo, por eso quiero que organices esa audición.

Juan Carlos estaba impresionado, aunque supongo que ya habría visto algo semejante otras veces, en especial con Jürgen como protagonista. Por la conversación deduje que mi amo ya había tenido otras putas en Madrid a las que azotaba. Quizá a JC, como lo llamaré desde ahora, le sorprendía mi edad tan joven. Con la experiencia me he dado cuenta de que las putas profesionales, a medida que se hacen más viejas, entran más en el mundo del

sexo extreme. Sustituyen la belleza física que van perdiendo con otras *aptitudes*, como dejarse sacudir. He de decir que yo, gracias a los sucesivos amos que he tenido, he recorrido el camino inverso, ya que los trabajos de sexo extreme los tuve desde muy joven y es ahora, a mis 35 años, cuando he comenzado a dejar ese mundo para limitarme al rutinario sexo de alquiler o de acompañamiento para amigos y compromisos de mis amos.

—Tendrás esa cita con los principales empresarios de la noche —

así se llamaban entre sí, de forma elegante, los que se dedicaban al mundo de la prostitución—. Y tú podrías hacer algo por mí…

Supuse que aquel tipo de aspecto tan espantosamente desagradable quería follarme. Me alegré de que mi amo lograra lo que se proponía al citarlo en casa, pero me equivoqué de cabo a rabo.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo sabes de sobra, bribón —lo dijo de una forma tan inequívocamente homosexual que me dejó de piedra. No

me quería a mí, sino a mi amo. Y Jürgen no era de los que aceptaban relaciones de ese tipo. Era muy macho mi dueño.

—¡No me jodas, JC!

—No, cariño, no te jodo, lo que quiero es que me jodas tú a mí… —el invitado se ponía meloso—. No es nada a cambio de lo que me pides.

—Sobre eso, tendrás un porcentaje. Ya lo hablaremos cuando llegue el momento —se defendió Jürgen. No lo había visto nunca tan acorralado.

—No, sobre mi parte en el negocio

ya hablaremos, ahora solo te pido un gesto de buena voluntad. Nos conocemos hace muchos años y nunca me has complacido a pesar de que te he hecho muchos favores, cielo. Tú lo sabes.

—Es cierto que siempre te has portado bien conmigo, JC, pero te lo he pagado en divisas —JC asintió con una sonrisa picarona—. Pero sabes que no soy homosexual. ¡Si me enseñas tu culo gordo quizá no vuelva a tener una erección nunca más!

JC lo miró fijamente, reflexionando.

Supongo que se dio cuenta de que para sodomizar a una persona, sea del sexo que sea, primero debe tenerse una buena erección y con aquel tipo tan feo ni el marido de mi querida Verónika, enculador patológico donde los haya.

—Está bien, haremos una cosa —propuso JC—: Me conformaré con que me dejes hacerte una chapa, ¿qué me dices? —Jürgen lo miraba con desconfianza y un rictus de asco—. Para que se te levante, me ayudará Sandy.

—¿Qué quieres decir?

—Te la chuparemos los dos —dijo JC—. Tú cierras los ojos y te dejas llevar. Lo único que quiero es mamártela. Lo deseo desde hace mucho tiempo, querido. Te he visto la polla llena de piercings cuando te follabas a algunas putas y desde entonces me enamoré de ella.

—Joder, JC, no sé si resultará. No me gustan los tíos…

—Parece mentira que un hombre tan liberal como eres tú no haya explorado ciertos caminos.

—No tengo alma de explorador.

—Bueno, tú verás —JC se puso en pie con muchas dificultades, aparentemente enfadado por el rechazo de mi amo, pero era solo pose, aunque sabía cómo presionar.

—¿Dónde vas? —se alarmó mi amo.

—Me largo. Decepcionado. Ya veo que tampoco tienes gran interés en promocionar a tu puta. Pero es buena —me palmeó la cabeza como haría con una mascota—, saldrá adelante tarde o temprano sin mi ayuda.

—¡Espera, joder! —Jürgen se dejó caer en el sofá, derrotado—. Te dejaré que me la mames, pero a mi modo, ¿entendido?

—¡Por supuesto, cielo! —JC cambió el gesto de golpe, como a un niño que le hubieran prometido el juguete deseado desde hacía tiempo—. Yo solo quiero mamártela.

—Bueno. Comenzará Sandy y yo cerraré los ojos —dijo mi amo, que aceptó el plan que había propuesto JC hacía un rato—. Luego tú te añades pero sin decir ni una palabra o se me

derrumbará la bandera.

—A sus órdenes mi general —aceptó encantado el viejo gordo.

Me arrodillé entre las piernas de mi amo y le bajé los pantalones y el slip. Tenía la polla bajo mínimos. Creo que nunca la había visto tan venida a menos. JC se arrodilló a mi lado. Para facilitar las cosas, salí de entre las piernas de Jürgen, se las junté y me coloqué a un lado mientras JC se situaba al otro. Sus ojos brillaban de excitación y con un gesto me animó a comenzar el trabajo de levantar la bandera. Nunca me había

costado tanto. Me la metí toda en la boca, incluidos los testículos. Estaba blando como un flan. Le desabroché la camisa y con una mano jugué con sus pezones. Eso le gustaba. Jürgen estaba tenso, con los ojos cerrados pero como quien espera que le den un bocado en cualquier momento. Lo notaba en la rigidez de sus muslos y la dureza de su abdomen. Poco a poco fui lamiéndole, acompañando los chupetones con gemidos de placer. Eso le gustaba a mi amo, sentir mi disfrute. El pene se fue poniendo rígido por momentos y los

músculos se relajaron en todo su cuerpo. Miré a JC con la polla en la boca y vi su gesto de impaciencia, con sus ojos amarillos y sucios brillando de lujuria.

Cuando la polla de mi amo alcanzó su máximo tamaño, sin soltarla con una mano, se la pasé a JC. En realidad lo único que hicimos fue cambiar de boca para que mi amo no notara la diferencia. Joder, me admiré de lo bien que mamaba aquel hombre. Sus labios eran flexibles y fuertes al mismo tiempo, se la metía hasta el fondo sin esfuerzo y sin que mi amo se percatara de nada,

aparentemente, porque la excitación era máxima.

Estuvo mamando un buen rato porque Jürgen aguanta perfectamente y más si está inquieto, como era el caso. JC fue generoso y me pasó el pene para que siguiera yo un rato más. O quizá ya le dolía la mandíbula porque mamarla bien y a conciencia tanto rato requiere mantener una tensión en la boca que al final provoca dolor… Aunque creo que JC estaba más que acostumbrado a esos ejercicios.

Nos alternamos en la felación durante

un rato largo y después JC me permitió compartirla. Se la chupamos a la vez, uno por cada lado. Por primera vez toqué con los míos los labios de JC. Eran fuertes y ardientes. Lo besé con la polla de Jürgen de por medio. Es una de mis posiciones favoritas. Siempre lo ha sido. Compartir una polla cruzada entre dos bocas…

Cuando Jürgen comenzó a tensionarse, no por los nervios, sino de placer, JC me echó y se quedó el pene para él solo. JC sabía detectar muy bien la inminencia del orgasmo y quería todo

el semen para él. No se lo podía reprochar aunque me hubiera gustado compartirlo. Pero ¿desde cuándo cuentan las opiniones de una esclava?

Jürgen se corrió tensando el cuerpo. Yo seguí acariciándole los pezones y gimiendo para que me oyera. No fingía porque al tiempo me masturbaba.

No llegué a ver el semen de mi amo. JC mantuvo el pene dentro de su boca mientras se corría mi señor y se tragó todo según salía. Cuando lo soltó, estaba flácido y Jürgen seguía con los ojos cerrados. JC se levantó y yo le sustituí.

No quise que mi amo tuviese una mala visión al abrir los ojos que lo dejara impotente de por vida. Sé que me lo agradeció, y también a JC que se hubiera retirado a tiempo.

—¿Satisfecho? —preguntó Jürgen con voz de desagrado.

—Tanto como tú, cariño —respondió JC con una ancha sonrisa. Después, eliminando todo el tono de afectación que había mantenido mientras trataba de seducir a Jürgen, añadió—: te avisaré cuando convoque la cita.

JC se marchó sin esperar respuesta mientras yo seguía arrodillada ante mi amo, jugando con si pene desinflado.

Pero antes de cerrar la puerta tras de sí, JC se volvió.

—Por cierto, tu puta la mama de lujo. Es casi tan buena como yo —y se marchó cerrando suavemente.

—¡Gilipollas! —masculló mi amo.

Se sentía humillado, como violado por aquel gordo grasiento. Pude entenderle perfectamente. Me sentí igual cuando me violó mi cuñado en casa de

mi hermana. Quizá Jürgen se sintió peor que yo porque a mí aquel hijo de puta me forzó, pero JC lo había hecho solo chantajeándolo. Imagino que eso, emocionalmente, es peor. Y lo había hecho por mí, para que me organizara una audición y facilitar mi alquiler sexual. Lo quise más que nunca pero esta vez sentí tanta ternura por él…

Me llevó a la mazmorra de los pelos. Ni me abrigó para salir. Me agarró de la coleta que me había hecho y me llevó a tirones hasta la mazmorra. Me ató las manos a una cadena que pendía del

techo y me azotó con el flogger más fuerte de lo que lo había hecho hasta ahora allí. Desató su rabia contra mi piel. Los azotes resonaban como nunca, yo lloraba de dolor y de agradecimiento, pero sin lanzar un solo gemido de queja. Me alegraba de poder servirle para expulsar su rabia y su frustración por haber tenido que ceder al chantaje de JC.

Cuando acabó yo estaba tan dolorida que apenas sentí los últimos golpes y él estaba exhausto. No lo veía porque estaba detrás de mí, pero lo supe por sus

jadeos de agotamiento. Las piernas apenas me sujetaban y me relajé hasta quedar colgada gracias a la cadena que me amarraba las manos. Entonces me enculó. Su brazo ciñó mi cintura para acomodarme y su pene se abrió paso entre mis nalgas para entrar con fuerza en mi ano. Me hizo daño pero nada comparado con los azotes. Una vez encajado dentro de mí, me sujetó por las tetas y me culeó con unas acometidas desesperadas que me dejaron el culo ardiendo como si su pene hubiera sido una barra de hierro incandescente. Se

corrió muy pronto, algo inusual en él, por lo que interpreté que había perdido el control completamente. Yo no sentí el menor placer, ni la más leve excitación. Me dolía tanto todo el cuerpo, incluido el ano, que ni cuando sentí su chorro de leche dentro de mí conseguí tener el menor rubor sexual.

Se marchó y me dejó allí colgada. Escuché el motor de su moto alejarse. No sé cuánto tiempo estuve abandonada. El frío de la mazmorra contrastaba contra mi piel abrasada por los azotes. El contraste era tan brutal que me sentí

muy mal. Creo que fue la primera vez que experimente ambas sensaciones al tiempo: frío helador con un calor de fuego en mi piel. Frío de fuera y fuego de dentro.

No paré de llorar en todo el tiempo que estuve allí, que fueron varias horas. No sé imaginan todo lo que se pasa por la cabeza en tanto tiempo. Lo peor que me imaginé es que se había marchado y me dejaba abandonada. Mi temor no era quedarme allí amarrada y morir de frío, hambre y agotamiento, sino la creencia de haberlo perdido, de que no quisiera

nada de mí. Pasé de pensar que había tenido un gran gesto de sacrificio por mí a que me culpaba por ello. Me sentí tan desgraciada que quise morirme y lamenté no haber estado amarrada por el cuello.

Entonces regresó. No sentí su moto ni la puerta al abrirse. Quizá me había desmayado o dormido, agotada. Solo me percaté cuando me desató y me derrumbé en sus brazos. Me sujetó para evitar que cayera al suelo y luego me tomó en brazos para llevarme a la casa. Yo, instintivamente me abracé a su

cuello y lo besé con todo mi amor. Volvía a llorar como una magdalena porque supongo que cuando estuve inconsciente mis lágrimas se detuvieron. No sé qué hora era. Aún de día. Me llevó a su dormitorio y me acostó en su cama, la misma que yo tanto anhelaba ocupar cada noche. Me quitó las sandalias, las medias y el liguero, que era lo único que llevaba puesto desde que terminé el estriptis para JC. Me frotó todo el cuerpo con crema para reparar el dolor y los verdugones que tenía por todo el cuerpo. Me sentí como

una niña afortunada, colmada de atenciones.

Después me tapó, bajó al salón y regresó con su saxo. Comenzó a tocar *Sugar blues* y yo me incorporé como un resorte para bailar.

—¿Dónde vas? —me preguntó deteniendo la interpretación.

—A bailar, pero no tengo ropa para hacerte un estriptis.

—Vamos, no quiero que bailes, solo que escuches, te relajes y te duermas.

Me dejé caer de nuevo en la cama,

agradecida por sus atenciones. A veces era brutal, pero otras también enternecedor. Tenía los dos extremos. Por primera vez escuché Sugar Blues sin tener que bailar y me gustó mucho más. Deje de llorar, confortada por la música. Me sentí como en los días posteriores a mi violación, cuando me encerré en mi habitación y tuve los más negros pensamientos, de los que solo me sacó Jürgen con su saxo, que acudía a diario para deleitarme. Los que hayan leído mis primeros libros sabrán de qué hablo.

Mi amo siguió con otras piezas, todas ellas muy tristes. Algunas espantosamente tristes. Hubo una que me llamó especialmente la atención y le pregunté. Jürgen se detuvo y me explicó.

—Se titula *Saint James Infirmary*. Enfermería de Saint James —me tradujo —. Cuenta la historia de un hombre que contempla como muere su novia en la cama de un hospital.

Me eché a llorar de nuevo. La melodía era de tal patetismo que parecía una marcha fúnebre. Me sentí identificada con aquella mujer que

agonizaba en la fría cama de un hospital. Si quieren sentir algo parecido, aunque solo sea una décima parte, les recomiendo que busquen la interpretación de Louis Armstrong en Youtube. Él tocaba esa canción con la trompeta pero les juro que el saxo multiplica por mil el sentimiento que produce.

Supongo que me quedé dormida porque cuando desperté era noche cerrada y estaba sola en la habitación. Me levanté despacio porque me dolía el cuerpo de los azotes. El culo ya no. Lo

tenía ya por entonces bastante acostumbrado y dilataba muy bien. Aunque no tanto como para encajar sin dolor una penetración por sorpresa y sin preparación, como fue la de mi amo, pero lo cierto es que ya no corría riesgos de una rotura… Si no era un pollón desmesurado.

Bajé despacio las escaleras; no, desde luego, como había hecho cuando inicié mi estriptis para JC. Mi amo estaba en el salón y me vio descender. Alargó la mano y me sonrió. Hice corriendo el resto del camino hasta

encontrarme con él. Me besó y me sentó a sus pies, sobre una alfombra. Le abracé las piernas y le besé la mano. Su sola presencia me confortaba y su contacto físico era para mí como sentirme protegida de todo mal.

—Ya tenemos cita para la audición.

—¿Tan pronto? —pregunté, sorprendida.

—Sí. Lo único que tenía que hacer Juan Carlos era llamar a una docena de personas y buscar un día.

Me dio la sensación de que restaba

importancia a las gestiones de JC. Para aquel gordo seboso eran fáciles pero no para mi amo, que conocía a muchos de ellos pero probablemente no tenía los teléfonos para llamarlos ni la influencia para movilizarlos. Jürgen seguía resentido con JC pero al menos ya no lo pagaba conmigo.

—Será dentro de dos semanas —me dijo—. En el Continental.

—Tenemos tiempo de ensayar un poco más —sugerí.

—No, no es necesario. Hoy lo has

hecho muy bien. Ya lo tienes conseguido y te sale de forma natural. No quiero saturarte —asentí y bajé la cabeza—. Vamos a irnos de vacaciones.

Se me iluminó la cara y supongo que se me notó tanto que mi amo rompió en una carcajada.

—¿Te apetece?

—Claro, amo. ¿A quién no le gustan las vacaciones?

—Bueno quizá estas vacaciones no son lo que esperas, pero nos iremos unos días a Bélgica. ¿Recuerdas al amo

que tenía dos perras negras, madre e hija?

—¡Claro! —exclamé—. Eran unas panteras.

—Pues él te contrató para una sesión. Le impresionaste. Pero he cambiado las condiciones del acuerdo. Será un intercambio.

—¿Me cambiara por alguna de las negras? —pregunté inquieta y confiando en que se tratara solo de un trueque por unas horas o unos días.

—Por las dos.

—¡Dios mío! —exclamé sorprendida —. ¿Yo por esas dos hembras? —No me podía creer que se me valorara tanto. Aquellas dos mujeres eran verdaderas bombas sexuales cada una por separado, de modo que juntas no tenían precio.

—No es una transacción comercial —me explicó Jürgen—. Acabo de hablar con él y nos ha invitado a su casa. Es un hombre muy rico y generoso. No puedo cobrarle por ti cuando él me está ofreciendo su casa y sus esclavas.

Asentí. El amo tenía razón, como siempre. Me gustó la idea, aunque había

algo en aquel hombre, el belga, que me incomodaba, no sé qué era. Me parecía una persona cruel, quizá por tener esclavizadas a madre e hija. Aunque las dos negras se las había vendido Ahmed y el jeque no me parecía tan malo. Bueno, era una simple sensación que no se justificaba de ninguna forma. Quizá me hice esa opinión al verlo con aquel traje de correas de cuero con el que se presentó en la fiesta BDSM de Gran Canaria, donde lo conocí. Le daban un aspecto terrible pese a que tenía cerca de los sesenta años, si no más. Era

bajito y fornido y guardaba cierto parecido con Jack Nicholson. Al menos a mí me lo parecía, por eso aquí lo llamaré Jack, como ya les adelanté en mi libro *Un collar para Sandy*, donde les conté la historia de sus dos esclavas negras y que, por ello, no repetiré aquí.

Ya en el avión, de camino a Bruselas, mi amo me explicó que Jack era un hombre relativamente importante en Bélgica, un empresario de éxito y que no era lo mismo verlo vestido de correajes BDSM que de traje de Armani.

A esas alturas de mi vida ya había comprendido de sobra que la mayoría de los amos eran gente acomodada. Me refiero a aquellos que ejercían como tales y poseían esclavas o sumisas de forma permanente. Poseer una mujer no es barato pues aunque muchas, como era

mi caso, trabajaban para mantener al amo, ya sea como putas o esclavas de alquiler, otras muchas permanecían a buen recaudo solo para el uso y disfrute de sus propietarios, y eso no resulta barato.

Ese era el caso de Jack con sus dos negras, que vivían encerradas en una mansión que el dueño poseía en el campo, y solo las compartía con otros amos de confianza.

Por si no me había dado cuenta, Jürgen me hizo ver estos detalles en una larga conversación que tuvimos en el

avión. Además, me comunicó que viviríamos única y exclusivamente de lo que sacara con mi alquiler, de modo que debía esmerarme. En esos gastos incluía el coche y la moto que se había comprado, aunque en principio él había adelantado el dinero.

Me sentí orgullosa y presionada por la responsabilidad. Me enorgullecía poder mantener a mi amo con mi trabajo, qué duda cabe, pero también me entró la duda de si sería capaz de hacerlo, si podría ganar el suficiente dinero para mantener el tren de vida de mi amo.

Jürgen, sin embargo, estaba convencido de que podría.

—No te preocupes por eso que es cosa mía —y muy gráficamente, me explicó—. Es el amo y no la yegua quien tiene la responsabilidad de hacer rentable el trabajo. Tú solo limítate a obedecer como hasta hora.

Eso hice, y creo que el balance de aquellos años resultó muy lucrativo. Jürgen me organizó muy bien el trabajo gracias a que todo fue a pedir de boca en la prueba que me hicieron unos días después. Pero no adelantaré

acontecimientos.

Jack tenía una casa espectacular en un bosque al sur de Bruselas. Era una vivienda de nueve habitaciones y cinco baños construida en una sola planta y rodeada de una parcela arbolada en la que se perdía la vista. Además, disponía de un sótano que contrastaba con la blancura y alegría de la casa porque era lóbrego y sin el menor atisbo de comodidades, aunque era tan amplio casi como la vivienda. Allí vivían las dos negras esclavas de Jack.

El señor belga nos recibió en la

puerta de su casa porque no había podido ir a buscarnos al aeropuerto. Acababa de llegar él también y estaba vestido de traje. Ciertamente resultaba imponente, aunque era algo bajo y ancho, pero emanaba personalidad y cierto aire de superioridad.

Se abrazó con Jürgen y hablaron en alemán. Jack me miró, dijo algo de mí que mi amo me tradujo: «dice que sigues igual de guapa». Yo creo que debió decir alguna barbaridad porque Jack se rió de la traducción. Sabía algo de español. Pero Jürgen me tradujo lo que

le pareció porque no tenía ganas de explicarlo todo.

Hablando entraron en la casa y yo detrás de ellos en un respetuoso silencio a unos dos o tres metros de distancia para no molestar. Jack le fue enseñando la casa habitación por habitación. A mí me ignoraban completamente.

Por una estrecha puerta se accedía al sótano. Jack la abrió, dio una luz y bajo seguido de mi amo. Yo, detrás. El sitio, como digo, era bastante siniestro, sin las comodidades del piso superior. Al principio no vi nada porque la luz que

dio solo alumbraba la escalera y la parte más próxima del sótano. Pero oí ruidos de cadenas y agitación y supe que allí estaban las dos imponentes negras, encerradas como alimañas en el sótano. Me estremecí al pensar las condiciones en que estaban y la suerte que tenía yo de estar con Jürgen.

Enseguida aparecieron las dos. Madre e hija. Llegaron corriendo a cuatro patas, gateando en cuanto el amo dio una palmada, enganchadas por el cuello a una larga cadena, que arrastraban, completamente desnudas.

Hasta ese instante se habían mantenido alertas, inquietas, pero agazapadas porque el amo no las había llamado. Me admiró su autocontrol, su adiestramiento y, sobre todo, la agilidad que tenían las dos para moverse a cuatro patas. Sin duda estaban más que acostumbradas.

Ambas fueron a lamerle los pies a Jack como dos perras bien entrenadas. Una de ellas tenía la cabeza afeitada. Era la madre. Y Jack se lo explicó a Jürgen y luego mi amo a mí: había sido un castigo por golpear a la hija en una disputa por comerse el semen del amo.

Jürgen me lo contó como ejemplo de dedicación de ambas a satisfacer al amo, tanto que la madre se había pasado.

Jack hizo un gesto y ambas fueron a lamer los pies de mi amo. Le estaban haciendo los honores.

—Le he dicho a Jack que las tiene muy bien adiestradas y me responde que el mérito fue de Ahmed —me explicó mi amo—. Son dos pequeñas bestias que apenas hablan. No saben otro idioma que el árabe y el suyo africano que no tengo ni idea cuál es. Ahmed cuidó muy

bien a la madre pero Jack estima que debe tener más mano dura con ellas para que no se amolden a la vida fácil. Por eso las tiene en el sótano encerradas y solo las saca cuando han de darle placer fuera.

Corroboré que era Jack peor amo que Ahmed, mucho más duro y riguroso, que las tenía como animales.

Con otro chasquido de los dedos, las dos negras vinieron a mí a lamerme los pies. Me estremecí. Llevaba sandalias abiertas y sus lenguas ardientes y largas hurgaron entre mis dedos, lamiéndome

cada rincón desde la punta de los dedos a los tobillos.

La madre, a pesar de estar con la cabeza afeitada, era de una belleza espectacular. La falta de cabello le daba un aspecto salvaje mayor, muy agresivo pero al tiempo enormemente hermoso. Con su lengua parecía que quería arrancarme los dedos de los pies.

—Te vas a quedar aquí con estas zorras —me anunció mi amo—. Jack y yo tenemos mucho de qué hablar. Disfruta de la compañía de estas fieras. Desnúdate.

Obedecí al instante, aunque me inquietó mucho quedarme con aquellas dos mujeres que por momentos parecían enajenadas. Ya había estado con ellas en Gran Canaria y me produjeron la misma sensación al principio, pero luego lo pasé bien y no me hicieron daño. Al contrario disfruté bastante.

Me quité la poca ropa que llevaba, además del abrigo y Jürgen la recogió. Jack entonces me llevó al lado contrario de la mazmorra y me encadenó a la pared con una cadena corta y una argolla en el cuello, igual que estaban las dos

negras. Y se fueron.

Me quedé allí, arrodillada, algo desconcertada, la verdad, porque las cadenas no eran lo suficientemente largas para permitirnos el contacto. Las dos negras se quedaron allí observándome, salivando de hambre, como dos perras que saben que tienen la comida a una distancia inalcanzable. Me quedé con las ganas, ciertamente. Si las tenía cierto temor antes de quedarme sola, una vez que se fueron los amos lamenté que me hubieran dejado aislada de ambas. Me hubiera gustado retozar

con ellas, dejar que me comieran viva como la otra vez. Me excité solo de pensar en lo que no sucedería, pero me mantuve relajada y dándoles la sensación a aquellas dos de que me mantenía indiferente.

Estuve unas horas eternas allí, abandonada, con las negras mirándome como lobas privadas de comida. Supuse que ambos amos tenían muchas de qué hablar, habrían bebido, cenado y vuelto a beber mientras nosotras aguardábamos pacientemente su regreso sin otra cosa que hacer que mirarnos en la distancia a

través de una penumbra cada vez más oscura, ya que la escasa luz del día que penetraba por unas rejillas en lo alto de una de las paredes iba desapareciendo paulatinamente.

Pero nada es eterno, salvo la muerte, y los amos regresaron. Me sobresalté al escuchar el crujido de la puerta en aquel silencio sepulcral. Los amos bajaron ya vestidos para una sesión. Jack vestía su clásico atuendo de correas entrecruzadas que tan fiero aspecto le conferían. Jürgen solo vestía pantalones. Ambos iban descalzos y con un flogger

en la mano.

Allí no hacía frío. Tenía calefacción. No mucha pero suficiente para poder aguantar. Pero supe que nos iban a calentar a fondo.

Nos desataron de la pared y nos juntaron a las tres en el centro de la mazmorra. Muy juntas con las bocas pegadas. Noté el roce de unos dedos en mi coño. No sé cuál de las dos negras era, pero una de ellas me acariciaba el sexo intentando dar rienda suelta a las ganas que me tenía y que yo había leído en los rostros de las dos mientras

estábamos aguardando. Pero no fue mucho rato porque enseguida nos levantaron los brazos y nos ataron por las muñecas al techo. Luego nos unieron por los muslos con correas de una forma extraña. Mi muslo derecho al izquierdo de una de las negras y mi muslo izquierdo al derecho de la otra. Se cerró el círculo con otra correa que amarró los muslos libres de las dos esclavas negras. Espero haberme explicado bien. De ese modo quedamos las tres amarradas como un racimo de perejil que cuelga del techo, con los pechos y

las bocas muy pegados. Afortunadamente nos dejaron hacer pie, aunque de puntillas, en una posición incómoda pero al menos tocábamos el suelo.

Jack nos ordenó besarnos y las negras se lanzaron sobre mi boca como fieras. No me mordieron, fueron respetuosas, pero en su afán por besarme y succionarme la boca con aquellos labios enormes y duros me llevé algún golpe con los dientes, que no los tenían pequeños, por cierto. Me excité mucho y lamenté no poder

tocarme, o que me tocaran como antes hizo alguna de ellas. Tampoco podíamos meternos los muslos, porque estábamos amarradas. Solo bocas y refregarnos los pechos. Mis pezones, muy sensibles al roce, se pusieron como piedras, tan excitados como yo misma, que estaba completamente empapada. Comencé a gemir de placer pero nada comparado con las expresiones de mis compañeras de suplicio. O de placer.

Jürgen y Jack comentaban complacidos de vernos gozar así, tan intensamente solo con el roce de

nuestras bocas y nuestros pechos, que ya comenzaban a humedecerse por las babas y salivas que chorreaban de nuestras bocas ávidas de placer intenso.

Fue entonces cuando sentí en primer golpe en mi espalda. Los amos se habían colocado uno a cada lado del racimo de putas que formábamos las tres y comenzaron a descargar azotes con bastante violencia sobre nuestros cuerpos. Del cuello hacia abajo recibí un castigo importante. Traté de no gritar ni lamentarme, mientras seguía con los besos porque los amos nos ordenaron no

parar de comernos las bocas. Pero se hacía difícil porque el castigo era grande. Me escocía la espalda, las nalgas y los muslos. Cada azote era un retorcerse de dolor.

Pero si yo trataba de aguantarme los gemidos, las dos esclavas negras, no. Lanzaban aullidos de dolor como si fueran lobas que claman ante la luna. Supuse que así le gustaba al amo Jack porque me pareció excesivo. Es cierto que gritar cuando te pegan parece que alivia el dolor. Como si doliera menos, como si por la boca, en cada grito,

expelieras parte del dolor que te ha penetrado por la piel de la espalda. Pero aún así, eran exageradas. Unos gritos tan fuertes y desaforados que me dejaban sorda porque los proferían a dos centímetros de mi cara.

De tal modo que me sumé al coro de aulladoras. Poco a poco fui imitándolas y mis lamentos rivalizaron con los de ellas. Esto gustó a los amos que nos pegaron todavía más fuerte. Ya era imposible besarse. Nos retorcíamos de dolor a cada fustazo y como estábamos unidas por los muslos, cuando una

vibraba lo hacíamos las tres. Un golpe en mi espalda me hacia encogerme de forma involuntaria, pataleando y removiendo el cuerpo de mis compañeras.

Comencé a llorar de dolor. Sin sollozar, solo dejando escurrir las lágrimas, aunque sin dejar de gritar con cada azote. Las negras no lloraban aunque les dolía tanto como a mí… O quizá menos porque estaban acostumbradas a mayores palizas que las mías y su umbral del dolor estaba más alto. Lo cierto es que yo ya no

disfrutaba, lógicamente y el flujo se me secó en el coño.

Al cabo de un tiempo interminable, dejaron de pegarnos y soltaron nuestras manos. Por Dios, fue una liberación poder apoyar la planta del pie entera en el suelo. Instantáneamente, las tres nos abrazamos, como hacen los jugadores de los equipos de baloncesto antes de salir a la cancha para conjurarse, aunque nosotras éramos solo tres y lo hicimos para sujetarnos y no caer al suelo, porque la paliza había sido grande. Yo sentía que me ardía toda la espalda,

desde la nuca hasta las pantorrillas. Afortunadamente no me la vi porque allí no había espejos cerca.

El siguiente paso de los amos fue soltar una de las correas que nos unían por los muslos para ponernos espalda con espalda, y volver a atar la correa. Pero antes nos amarraron las manos a la espalda. Así, quedamos igual que antes pero mirando hacia afuera, con los pechos expuestos. Pensé que no era más que darnos la vuelta para pegarnos en la parte frontal. Sí, pero antes nos colgaron por los pechos. Nos ataron las cuerdas

en los pechos haciendo formas de ochos hasta tenernos las tetas bien sujetas a las tres. Y con una polea bajaron un gancho al que pusieron tres puntas, una de cada cual nos unieron a las cuerdas de los pechos. Con un mando eléctrico nos izaron a pequeños tirones. Estar colgada de los pechos en sí mismo no es doloroso si se hace bien, y aquellos dos hombres eran expertos y lo habían realizado muchas veces con sus perras. Lo peor era la polea, que no arrancaba suavemente, sino a tirones bruscos. Jack pulsó dos veces y los tirones fueron tan

violentos que creí que me arrancaría los pechos. Pero solo fueron esas dos pulsaciones al mando. Quedamos colgadas a medio metro del suelo, más o menos. Nos mantuvimos muy quietas, algo que es fundamental para no castigar a los pechos. Si nos hubiéramos puesto nerviosas y pataleado probablemente lo hubiéramos pasado mal. Pero nos mantuvimos tranquilas, sin hacer el menor gesto… hasta que nos llovieron los golpes.

Los amos castigaban especialmente los pechos, que estaban (al menos los

míos) morados como berenjenas por la presión de las cuerdas. Nos pegaron todo lo que les dio la gana y de vez en cuando nos hacían girar sobre la cuerda que nos sujetaba. Fue una paliza memorable que igualó nuestros cuerpos, por delante y por detrás. Gritamos de dolor como poseídas hasta que se cansaron. Sudaban como cerdos del esfuerzo pero se los veía felices de que sus putas aguantaran los golpes sin rogar en ningún momento que pararan de pegarlas. Yo también me sentí orgullosa de mí misma cuando se detuvieron.

Orgullosa de haberle ofrecido una diversión al amo, pero también de no haber desentonado entre aquellas dos fieras de la naturaleza que con el castigo parecían crecerse.

Nos bajaron y nos soltaron. Nos arrodillamos las tres ante ellos en la posición ya descrita a la espera de órdenes. Charlaron un buen rato y se marcharon, dejándonos solas y desatadas. Tuve algo de miedo de que las negras me asaltaran pero estaban muy bien educadas, no movieron ni un músculo. Yo las miraba de reojo y me

parecían estatuas de bronce, brillantes por el sudor y bellas en sus proporciones perfectas. Más la hija que la madre, aunque de ésta me fascinaba su cabeza rapada y deslumbrante.

Al cabo de no menos de media hora regresaron charlando afablemente. Se habían cambiado y vestían ropa de calle. Camisa y vaqueros.

—Vamos fuera, puta —me gritó Jürgen, que repitió la orden que Jack había dado a las negras.

Las tres desfilamos ante ellos con la

cabeza baja (yo la última) y subimos a la casa, completamente desnudas. Ni siquiera calzadas, como le gustaba a mi amo, con tacones altos.

Nos llevaron a la cocina y allí mi amo me dijo que las negras prepararían la cena y yo la serviría, además de colocar la mesa. Me indicó dónde se serviría y después Jack me indicó dónde encontrar manteles, servilletas, cubertería y todo lo necesario para montar una mesa en condiciones.

—Solo dos cubiertos —me dijo Jürgen.

Entendí perfectamente que esa noche me quedaba sin cenar, lo que no era nada extraordinario para mí y me preocupó poco. Estaba acostumbrada. Al pasar frente a un espejo mientras ponía la comida me miré el cuerpo. Lo tenía completamente cruzado de verdugones encarnados como un mapa de carreteras. Las tetas, antes berenjena, estaban ahora completamente enrojecidas por los golpes y ligeramente arañadas por las zonas que habían sido presionadas por las cuerdas de cáñamo. Las dos negras estaban igual, pero sobre

su piel negrísima resaltaban menos los golpes.

Ambas se afanaron en la cocina con agilidad y buen hacer. Eran buenas cocineras y estaban acostumbradas a trajinar allí.

Yo coloqué la mesa poco a poco, sin prisa, porque la cena aún tardaría. A la vuelta al comedor de una de mis idas y venidas, Jürgen me estaba esperando con un tapón anal enorme y unas sandalias de tacón. Ambas cosas eran de Jack, supongo, porque no recuerdo que mi amo hubiera llevado nada de eso.

Primero me puse los zapatos. Muy bonitos. Dorados, de finas tiras que cruzaban los dedos y talón de espuela, sujeto con una hebillita. Eran elegantes y delicados, sin plataformas ni extravagancias. El tapón anal era del mismo color. Una bola gruesa de metal con un tallo estrecho rematado en una pieza plana. Parecía una manzana aún colgada de la rama, aunque, afortunadamente, más pequeña.

MI amo escupió en el tapón y me lo metió despacio, con bastante dificultad y dolor por mi parte, hasta que entró de

golpe. Me sentí invadida por el tamaño de aquel objeto tan grueso. Pero, al tiempo, aliviada de que hubiera traspasado finalmente el anillo anal.

Con resquemor en el culo me marché a la cocina, donde las dos negras seguían trabajado para hacer… ¡Una enorme pizza! Me resultó contradictorio que dos mujeres que parecían salidas de la Edad de Piedra, por su comportamiento tan animal y primario fueran capaces de hacer pizzas de aquella manera, aunque bien pensado la pizza no deja de ser un plato en cierto

modo bastante elemental desde el punto de vista gastronómico.

En realidad hicieron dos pizzas, una para cada amo. Creo que a Jürgen le preguntaron por los ingredientes que quería incorporar a la masa. Se la hicieron a su gusto. Jack fue a buscar el vino y lo sirvió en los vasos que yo acababa de poner. Brindaron y continuaron hablando en alemán.

Cuando la comida estuvo lista la serví en dos bandejas individuales, una para cada amo. Las negras se arrodillaron junto a su amo y yo hice lo

propio junto al mío. Pero Jack nos ordenó que no colocáramos a media distancia de los dos, yo entre las dos negras.

—Adornáis más así: negra, blanca, negra —comentó Jürgen.

Permanecimos así mientras los amos comenzaban a comer. Ellas dos completamente desnudas y yo con mis sandalias y mi tapón anal, al que me había acostumbrado enseguida y casi olvidado de él.

De pronto, Jack lanzó al suelo un

pedacito de pizza, frente a nosotras, y las dos negras se lanzaron como demonios a por él. Sin manos, a cogerlo con la boca del suelo. Chocaron sus cabezas pero ganó la hija, que se comió el trozo de pizza que tan amablemente nos había lanzado el anfitrión. Yo no disputé la comida porque mi amo me tenía dicho que una cosa es que te arrojen de comer y otra cosa es que yo las cogiera. Antes debía ordenármelo. Creo que me porté bien y mi amo me lo aplaudió. Pero me dio permiso para recoger todo lo que nos lanzaran. No

tendríamos otra cosa para cenar esa noche.

—Esmérate y trata de alcanzar alguno de los pedazos o pasarás hambre —me dijo.

Lo cierto es que por el tamaño de las pizzas y lo que se habían comido ellos, no quedaría mucho para nosotras y mucho menos si debíamos dividirlo entre tres. Pero como tenía hambre y siempre fui obediente, decidí luchar por mi comida.

Los siguientes lanzamientos de pizza

fueron una agonía para mí. Estaba colocada en el peor sitio, en medio, y además tuve la sensación de que ellas dos trabajaban en equipo y me bloqueaban o me empujaban. Así, creo que no conseguí llegar más que a uno de ellos mientras ellas se repartían el resto equitativamente. Recibí empujones más o menos disimulados con hombros y caderas para desplazarme y algún manotazo. Naturalmente, todo eso me lo hacían de forma solapada, como sin intención. El amo Jack, en vista de que yo no cazaba un solo pedazo, me dijo

que abriera la boca y me lanzó uno directamente, pero me dio en mitad de la cara y apenas tuve tiempo de relamerme. Las negras se lanzaron sobre mí y se comieron el pedazo de pizza directamente lamiéndolo sobre mi rostro. Hubiera tenido más posibilidades de haber caído en el suelo. ¿Cómo iba a comerme nada que hubiera en mi cara sin usar las manos?

El asalto de las negras fue tan violento que temí que me mordieran y Jürgen que me marcaran, por lo que decidió acabar con el juego. Me llamó a

su lado y me acerqué a gatas.

—Dentro de unos días tiene que hacer un exhibición ante gente muy importante y no quiero que vaya marcada —le dijo a Jack en castellano para que yo comprendiera—. Tus perras son muy feroces y acabarán señalándola.

El amo Jack se encogió de hombros y volvió a lanzarles pizza a sus esclavas. Mi amo me dio un pedazo para mi sola. Lo dejó caer al suelo y yo lo devoré tranquilamente como una perra obediente y hambrienta.

La sobremesa se prolongó todavía un buen rato. Nuestros amos hablaban en alemán y nosotras aguardábamos quietas y con la vista baja.

Finalmente me tocó quitar la mesa, tarea en la que me ayudaron las dos negras. No tardamos nada. La madre, además, limpió el suelo donde habían caído los pedazos de pizza. Las tres teníamos la cara pringosa de comer sin manos. Luego los amos se sentaron cómodamente en la biblioteca, en unos sillones maravillosos en los que se hundían, y mientras las negras fregaban,

yo les serví unas copas. Tuve unos instantes para lavarme la cara y asearme un poco antes de volver a la biblioteca para arrodillarme de nuevo ante los amos. Al cabo de un rato vinieron las negras y se arrodillaron junto a mí. Los amos, indiferentes ante nosotras, charlaban. Supe que se referían a mí en alguna ocasión porque me miraban o pronunciaban mi nombre. Sandy, es lo único que entendía de la charla y sospecho que las negras estaban como yo.

Después de aquella tediosa espera,

los amos se levantaron y los seguimos a cuatro patas, gateando. El tapón anal comenzaba a molestarme. Tenía el ano seco y el aparato se me pegaba a la carne. Eso pica y resulta incómodo si no tienes a nadie que lo remueva de vez en cuando.

En el vestíbulo, donde había un equipo de música, Jürgen metió un disco y comenzó a sonar mi canción: *Sugar Blues*.

—¿A qué esperas, puta? —me dijo —. ¡Baila!

Yo me puse en pie y comencé a bailar como teníamos ensayado, aunque sin quitarme la ropa porque ya estaba desnuda. Me moví lo más lujuriosamente posible y comprobé, por la sonrisa complacida de Jack, que le gustaba. Intercambió algunas palabras con mi amo y poco después me mandó parar. Jack se fue y regresó al cabo de un rato con una especie de collar formado de crótalos, campanillas y cascabeles, todas las piezas de color dorado, quizá de latón o un metal similar que hacía juego con mis sandalias.

Pensé que me lo iban a poner al cuello para que hiciera música mientras bailaba, pero me equivoqué. El amo Jack también había traído dos pequeños alfileres como de acupuntura, que entregó a Jürgen.

Mi amo fue el encargado de explicarme lo que iba a suceder.

—Te voy a atravesar los pezones con estas agujas y luego colgaré de ellas el collar de cascabeles.

Me informó para que estuviera preparada. Me agarró un pezón, lo

aplastó con los dedos y tiró hacia fuera para alargarlo. Con la otra mano me lo atravesó con el alfiler. Sentí un dolor agudo, pero menor al que me produjo cuando me colocó los piercings. La aguja era tan fina que no hubo sangre y segundos después no me dolía. Repitió la operación con el otro pezón. Las agujas sobresalían por cada lado algo más de un centímetro.

Fue entonces Jack quien me enganchó el collar a los pezones con unos lacitos que tenía en los extremos. Pesaba más de lo que había sospechado y tiró de mis

pezones hacia abajo, pero no me dolió en absoluto.

—Ya puedes empezar de nuevo, puta, y mueve las tetas que suenen los crótalos —me ordenó mi amo después de poner de nuevo la música.

Volví a bailar moviendo mucho las tetas, balanceando el collar que pendía entre mis pezones y tiraba de ellos con su gran peso. Me excité y a falta de ropa que quitarme, comencé a sobarme como si me masturbara. En realidad lo hacía pero traté de dar la sensación de que era todo una puesta en escena.

Jack estaba encantado conmigo y les hacía gestos a sus negras, como para decirlas que tomaran ejemplo. Me sentí sumamente orgullosa en ese momento de poder servir a aquellos dos amos que me distinguían entre las otras dos esclavas.

Cuando acabó la música yo me postré ante Jack, como antes había hecho ante JC, el empresario que nos iba a ayudar a lograr actuaciones en la noche madrileña.

El amo Jack pensó que sus perras podían hacer algo parecido y las colocó

en pie a las dos. También quiso que ellas tuvieran tetas musicales, pero en lugar de ponerles un alfiler en los pezones hizo algo mucho más doloroso: las clavó a cada una media docena de alfileres en cada pecho en los que luego enganchó los cascabeles. Pese a todo, las negras aguantaron bien y solo vi algún gesto de dolor en la hija al contraer la boca al pincharla. Pero una vez finalizado el trabajo, las dos mujeres sonrieron y se movieron con soltura al ritmo de *Sugar Blues*.

Pese a todo, Jack me dijo que yo lo

hacía mejor y Jürgen le quitó importancia al decir que lo tenía muy ensayado. Después de esos piropos a uno y otro lado, nos mandaron arrodillar y nos pusieron las correas al cuello. Jack tomó la mía y Jürgen las de las dos negras.

—Ahora vamos a disfrutar de vosotras —me anunció mi señor—. Irás con Jack a su habitación. Pórtate bien, que no tenga queja.

Siempre me decía lo mismo cuando me entregaba a otro que consideraba importante. Yo respondí con un «sí,

amo», también como siempre. Volvieron a charlar un instante, miraron la hora y Jack tiró de mí. Lo seguí gateando, pegada a su costado, como una buena perra, con los cascabeles colgando de mis pezones. Él caminó despacio para facilitarme el acompañamiento. Entró en un dormitorio mientras Jürgen seguía por el pasillo flanqueado por las dos negras, una a cada lado de su cuerpo, también a cuatro patas pero con una agilidad envidiable. Parecían galgas, por su ligereza y elegancia.

La habitación de Jack —que después

supe que no era la suya habitual— era una reproducción en miniatura de la sala de tortura del sótano. Más elegante, con una cama espléndida con baldaquino, gasas y espejos. Diseñada para una sesión elegante de BDSM o sumisión. El suelo estaba completamente cubierto de alfombras espesas por las que daba gusto ir a cuatro patas, no como el duro mármol del resto de la casa que conocía. Decorada en rojo y negro resultaba acogedora y al mismo tiempo inquietante. Pensé que podría ser un lugar excepcional para gozar del sexo

extremo pero también para sufrir lo indecible, porque no faltan una cruz de san Andrés y un pequeño cepo para las manos y la cabeza. Además de diversas cadenas y cuerdas pendientes de la estructura superior del baldaquín.

Nada más entrar, Jack me dijo que me quitara en plug y las sandalias. Le gustaba la desnudez absoluta, tal como llevaba a sus negras. Luego me quitó los cascabeles y las agujas de los pezones. No me dolió apenas. Se desnudó y se tumbó en la cama con mucha tranquilidad. Me dijo que le lamiera

entero, desde la punta de los pies hasta la polla, subiendo lentamente. Eso hice, tomándomelo con gran tranquilidad. Le lamí los pies tal como antes me habían hecho las legras. Supuse que Jack las había enseñado así porque así era como le gustaba a él. Por eso me entretuve lamiéndole entre los dedos, metiendo mi lengua por cada rincón sin prisa ninguna. Le debió gustar porque suspiraba de gusto. Es curioso cómo a cada persona le gustan cosas diferentes o incluso antagónicas. A Jürgen le deja frío que le laman los pies y si me lo ordenaba

hacérselo alguna vez era solo por humillarme, como parte de mi adiestramiento, y no por su placer. En cambio, a Jack parecía gustarle. Poco a poco fui subiendo con mi lengua juguetona mientras él permanecía tranquilo, sin moverse, solo algún gemidito de placer que me daba a entender que lo estaba haciendo bien.

Cuando llegué al interior de sus muslos ya tenía la boca seca y me costaba mucho embadurnarle bien de mi saliva como le gustaba. Pero al llegar a sus testículos y meterme uno de ellos en

la boca, mis glándulas salivales comenzaron a funcionar de nuevo a pleno rendimiento. Más aún cuando al fin me metí su falo erecto en la boca y él me apretó la cabeza para que me entrara hasta el fondo de la garganta. Me ahogaba pero aguanté bien. Eso sí, las arcadas que me provocaba me hicieron salivar de tal modo como no lo había hecho en todo el día. A Jack le gustó eso. Comencé a entender sus gustos. Me quería babosa completamente, con la boca rebosante de saliva por efecto de su pene. Más aún cuando se puso de

rodillas y conmigo tumbada boca arriba en la cama, me siguió follando la boca mientras se aferraba a mis tetas. Me hizo daño en los pechos y me ahogaba con el metisaca de su polla hasta el fondo de la garganta. Pero mis gemidos ahogados y el chapoteo de mi boca inundada le ponían la polla más dura.

Me colocó al borde de la cama con la cabeza colgando y siguió follándome la boca. Las babas se me escurrían hacia abajo tapándome la nariz e inundándome los ojos mientras me daba palmadas en el coño. Pensé en Jürgen con las dos

negras. ¿Qué haría con ellas? ¿O qué harían ellas con él? Eras hembras salvajes pero mi amo sabría controlarlas, sin duda alguna.

Me concentré en el trabajo con Jack que cambió de postura. Me puso a cuatro patas sobre la cama y él, desde atrás comenzó a comerme el culo, que yo tenía bastante abierto y asequible por el plug. Noté su lengua que me entraba en el ojete con facilidad. Jack era un tipo bastante peculiar porque hacía cosas que no son corrientes en otros hombres. ¿Cuántos tipos le comen el

culo a una puta? Bien, es cierto que yo no era una puta, sino una esclava, pero pudiendo elegir, pocos se decantan por meterle la lengua en el ano a una mujer que no es la suya.

Jack me metió la lengua y los dedos mientras me sobaba el coño, clítoris incluido. Me excitó mucho. Era un amo al que le agradaba satisfacer a sus putas y eso eran digno de elogio.

Cuando me tuvo el ano blando y húmedo, me folló el culo. Me metió la polla de un solo empujón, lo que me gustó mucho y no me dolió en absoluto

porque yo tenía ya el ano listo para eso con la comida que me había hecho. Me estuvo follando un buen rato mientras me palmeaba las nalgas con las dos manos. Me dio buenas nalgadas, que resonaban en la habitación como latigazos. Pero no eran muy violentas y me excitaron mucho más. Si no me corrí fue porque no me tocaba el coño y yo no me atreví a hacerlo sin su permiso. Pero estaba a punto.

Se detuvo de golpe y me tomó de la muñeca. Me sacó de la cama y me llevó a la cruz de san Andrés que tenía en la

habitación. Me amarró de espaldas y se fue a un armario volvió con un gran flogger con el que me azotó. Volvía a sacudirme de nuevo con fuerza. Y ya llovía sobre mojado. Tuve algo de miedo de que me dejara marcas que perdurarán el día de mi audición en Madrid, pero el castigo duró poco. En esa posición volvió a sodomizarme con fuerza mientras me agarraba por los hombros y el cuello. Pensé que acabaría corriéndose al fin y me dejaría tranquila. Entiéndanme, no es que me quisiera librar de Jack, pero estaba muy cansada

del trajín de todo el día y me hubiera gustado dormirme. Pero el amo al parecer estaba más descansado que yo y tenía ganas de probarme en todos los aparatos.

Me llevó al cepo. Metió mi cabeza y mis manos y me volvió a encular. Yo no podía moverme, solo permanecer quieta o, a lo sumo, hacer algunos giros de cadera para darle más placer. Acompañó la enculada con fuertes nalgadas que me excitaron mucho. El cepo es un aparato que puede parecer aterrador pero que lo sea o no solo

depende del amo. Estás completamente inmovilizada y a su merced de modo que puede hacerte mucho daño o darte mucho placer. Además, todos tenemos en nuestro subconsciente su origen medieval de tortura y nos asusta. Pero en el fondo es como cuando te atan a la cama. ¿Cuántas parejas habrán jugado a eso, a atarse a la cama? Y no pasa de ser un juego soft. Jack me trató bien en mi inmovilidad y me hizo gozar mucho peor se abstenía de tocarme el clítoris para que no me corriera. Supongo que sabía que eso es lo que necesito. Jürgen e lo

habría dicho. Las esclavas supongo que vamos con un manual de instrucciones (verbal) que se pasan los amos cuando nos prestan. No me cabe la menor duda de que mi amo informó bien al belga de cómo debía tratarme.

—Me gustaría preñarte, zorra, para que tengas una putita para mí —me dijo sin parar de darme por el culo—. Así tendría otra parejita blanca. Me aburro de la madre y la hija negra…

—Soy estéril, señor —respondí como una estúpida. Él lo sabía de sobra.

—Lo sé, y es una lástima porque tienes una genética fabulosa para parir más perras —continuó—. Si pudieras parir y fueras mía te preñaría cada año para que me dieras camadas de putas. Pondría una granja de esclavas. ¿Te imaginas? Una docena de hermanas cerdas como tú luchando, pegándose y arañándose por ser la puta preferida del amo que se lleve la mejor ración de lefa.

El amo Jack estaba en ensoñaciones que, evidentemente, lo excitaban. Pero eran eso, puras ensoñaciones, aunque nacidas de un hecho real: sus dos

esclavas negras, la madre y la hija que Jürgen estaría gozando en ese preciso momento.

Jack siguió diciéndome guarradas de ese tipo durante un buen rato sin dejar de bombear dentro de mi culo. Yo estaba muy excitada y con el ano ardiendo. Solo hubiera necesitado un leve roce en mi clítoris para correrme. Aquella posición de extrema sumisión y entrega, de humillación total al amo me excitaba profundamente.

El amo cambió de agujero. Sacó su polla de mi ano y me la metió en la

vagina. Hizo dos o tres metisacas y después apoyó el pene sobre mi clítoris y se frotó por fuera de mi vagina. Hizo dos acometidas como si no encontrara mi agujero y por fuera me frotó de tal forma que me corrí con un gemido enorme de placer.

—Eres una cerda muy caliente —me dijo visiblemente satisfecho.

Me quedé tan floja y tan blanda como si mis huesos se hubieran vuelto de goma. Afortunadamente, me soltó, me agarró del pelo sin el menor miramiento y me arrastró a la cama. Se sentó y me

colocó arrodillada entre sus piernas.

—Mama —me ordenó.

Yo me metí su polla dura y erecta en la boca y é, agarrándome del pelo con las dos manos, me agitó la cabeza hacia adelante y atrás con energía obligándome a hacerle una mamada rápida, profunda y potente. Se corrió al cabo de un par de minutos en el fondo de mi garganta. No me dejó un respiro. Su pene se convulsionaba al ritmo de su cuerpo mientras soltaba lefa a trompicones en el fondo de mi boca. Me apretaba tanto que sus cojones me

rozaban la barbilla. Tuve varias arcadas, no por asco, sino porque su glande debía de estar sacudiéndome las amígdalas con la energía con la que un monaguillo toca las campanas un día de fiesta solemne.

Cuando sacó la polla de mi boca, el semen y mis babas se escurrieron fuera como una catarata. Sobre mis pechos y mi vientre y corrieron hacia abajo hasta mi pubis y luego el suelo alfombrado. Mis ojos estaba llorosos del esfuerzo y mis fosas nasales inundadas de flujos.

—Grandiosa zorra —me dijo, y me

pegó una bofetada más que considerable.

Se levantó y de un armario sacó una manta, que me arrojó.

—Acomódate ahí mismo y duerme —me ordenó—. Mañana será un día mucho más divertido, ya lo verás.

El amo se olvidó de mí y se acostó. Ni siquiera fue al lavabo a limpiarse. Se metió en la cama tal cual.

Yo me acurruqué a un lado con cuidado de no tumbarme sobre mis babas, que impregnaban el suelo, y cerré

los ojos. La luz se apagó sola. Quizá el amo Jack tenía un mando a distancia y un interruptor a la cabecera.

Traté de ser obediente y recuperar fuerzas para el día siguiente. No me resultó difícil dormirme porque estaba agotada.

Me despertó con una patadita en el culo. Él ya estaba vestido por lo que me sentí mal. Se había despertado y vestido sin que yo me diera cuenta de nada. Debía estar agotada. Pero él no me lo reprochó. Al contrario, parecía muy animado y contento. Estaba vestido de motero, con cuero por todos lados y botas también de conducir.

—Hoy hace un día espléndido, perra —me dijo, radiante, con su español macarrónico—. Baja deprisa a la cocina para que te echen de comer.

Yo me incorporé como si me

hubieran pinchado con un alfiler. Estaba muy avergonzad de haber dormido tanto y tan ajena a lo que me rodeaba. Me dirigí a la puerta, pero él me llamó antes de salir.

—Alto, cerda —me gritó— Las perras van a cuatro patas.

Todavía más avergonzada por la reprimenda, me puse a cuatro paras y salí de la habitación. Recorrí el pasillo y me dirigí a la cocina. Allí estaban las dos negras, completamente desnudas, atareadas en los quehaceres domésticos.

Al verme, la madre me arrojó al suelo una tortilla a la francesa y un chusco de pan duro, del día anterior probablemente. La hija colocó en el suelo un plato colmado de leche. Me abstuve de usar las manos. Estábamos solas, no había por allí ningún amo, pero no me atreví a comportarme de otra forma porque ellas, las negras, me imponían tanto como Jack. Me acerqué a la comida y la tomé directamente del suelo, tanto la tortilla como el pan. Después bebí la leche metiendo media cara en el bol.

Al terminar, me quedé allí en la posición de sumisión. Mirando a las negras trabajar. La madre me hizo unos gestos con la lengua y me señaló los restos y las manchas de grasa que la tortilla había dejado en el suelo. Entendí perfectamente lo que quería decir. Lamí el suelo y lo dejé libre de grasa y de migas de pan. La mamá negra no me volvió a dirigir la palabra. Ni siquiera una mirada. Estaban preparando emparedados que envolvían en film plástico y luego guardaban en una mochila. Además, metieron algunas

bebidas. Yo pude ver varias latas de cerveza. Supuse que nos íbamos de excursión.

Cuando la bolsa estuvo preparada, aparecieron Jack y Jürgen, juntos. El belga traía un atillo de ropa para nosotras mientras que mi amo nos repartió tres gruesos plugs. Lo repartieron todo de muy buen humor. Primero nos insertamos los plugs en el culo nosotras mismas. Le costó entrar porque era muy grueso, pero después de chuparlo un poco para ensalivarlo no hubo problema. Me rellenó

completamente la cavidad anal. Jack nos dio a cada una un vestido ancho bastante feo y una especie de chubasquero de plástico amplio. Nos pusimos las dos prendas y nos llevaron al garaje. Allí subimos a un coche de gran cilindrada y nos fuimos. Subimos las tres detrás. Jack conducía y Jürgen, que iba en el asiento del acompañante, vestía también de motero. Me preguntaba por qué si habíamos cogido un coche.

Viajamos durante algo más de una hora hasta que llegamos a la costa. Desde allí fuimos por una carretera

pegados a la línea costera por una zona muy urbanizada hasta que las casas fueron desapareciendo, la calzada estrechándose y cada vez más metido en zona boscosa. Los dos amos hablaban animadamente en alemán.

Desembocamos en un camino por el que el coche rodó despacio durante un kilómetro más o menos hasta que se detuvo ante una valla con un portón metálico, que se abrió enseguida por control remoto. Seguimos otro tramo por un camino de barro hasta llegar a un caserón. Si la casa de Jack de la que

veníamos era de una sola planta, pero bella y funcional, esta era lo más parecido a una mansión decimonónica, de dos pisos más sobrado, con fachadas de piedra oscura y tejados de pizarra negra remachados con varias chimeneas. Tenía un aspecto imponente y algo intimitadorio. Era el escenario perfecto para cualquier dramático folletín con crímenes y fantasmas.

El coche rodeó la casa y aparcó en la parte trasera. Allí había un cobertizo más moderno, separado unos metros del cuerpo principal de la mansión. A una

orden e Jack bajamos todos. El anfitrión caminó hacia el cobertizo, que abrió con un mando a distancia. Entramos todos en una especie de garaje amplio. Había tres motos cubiertas con una lona. Jack le dijo a mi amo que le ayudará y las retiraron de dos de ellas. En efecto, eran dos motos de gran cilindrada… con sorpresa. En la parte trasera de una de ellas, la más grande, había dos dildos adosados al asiento. Dos buenas pollas de látex negro que apuntaban su erección al cielo del cobertizo.

Jack rebuscó en un baúl que tenía al

fondo y sacó otro dildo con una especie de estructura de plástico con correas. Lo mostró y sonrió.

—Ese es el tuyo, Sandy —me dijo mi amo.

Jack colocó el dildo sobre el asiento de la otra moto y lo aseguró con correas para que quedara igual a los otros. Ya me imaginé lo que iba a suceder.

Nos ordenaron desnudarnos completamente, quitarnos los plugs y subir a la moto.

—Por el culo —me ordenó Jürgen—.

Mirando hacia atrás.

Subí a la moto y me acomodé con el dildo metido en el ano. No me costó nada porque después de más de una hora con el plug, llevaba el ano muy dilatado. Las negras hicieron lo mismo, ambas también mirando hacia atrás.

Cuando estuvimos acomodadas en las motos, nos sujetaron los muslos con correas para que no nos cayéramos, y también por los tobillos. Luego nos esposaron las manos a la espalda.

Finalmente subieron ellos y

arrancaron. Jack salió delante, seguido por Jürgen. El tirón fue tremendo y mi ano lo notó. Pero lo peor fue el frío. El día estaba encapotado con un cielo gris que me recordó al de mi querida isla de La Palma, pero hacía mucho frío, que se multiplicó con la velocidad. Estábamos en noviembre y nos llevaban desnudas.

Condujeron, encabezados por Jack, por un camino de tierra lleno de baches que serpenteaba entre árboles. Como iba la última y mirando hacia atrás, yo solo veía perderse el camino, los árboles y la casa, que desapareció al fondo en el

bosque. Mi culo sufría por el movimiento, con aquel dildo metido muy dentro de mis entrañas. El frío me hacía llorar los ojos… o quizá era el aire. Mi cabello ondeaba al viento como si fuera una bruja montada en una escoba. No sentí el menor placer de aquella cabalgada con botes, curvas y revueltas, a pesar de que el camino no permitía que las motos tomaran una velocidad excesiva.

De pronto las motos se detuvieron. Yo estaba aterida y confié en que el viaje hubiera terminado allí, pero me

equivoqué. Jack se había detenido solo para abrir un portillo en la valla de su finca. Traspasamos la cancela y el belga volvió para cerrarlo. Después continuó la loca carrera, pero ahora por una zona arenosa que acabó finalmente en una playa estrecha y sucia, rematada por espigones cada cierto tiempo. Las motos tomaron velocidad. Lo que aumentó en frío intenso al menos se atenuó en el traqueteo del dildo ya que al corre por una zona arenosa de playa, el movimiento era mucho menor que en el camino.

Jürgen y Jack se pusieron a juguetear con las motos, haciendo círculos en la playa, adelantándose el uno al otro. Así pude ver por primera vez a las dos negras montadas detrás de Jack, muy pegada la una a la otra, probablemente para darse calor, aunque iban muy tiesas en su montura y muy serias. Es seguro que tampoco gozaban del viaje. Estaban tan ateridas como yo. Allí solo disfrutaban los amos que, al fin y al cabo, son los únicos que tienen ese derecho.

Afortunadamente el juego un duró

mucho. Después de cinco o diez minutos de cabriolas playeras, las motos regresaron al portillo y entramos de nuevo en la finca propiedad de Jack.

No se detuvieron hasta llegar a cobertizo. Allí nos desataron y nos ordenaron apenarnos pero tuvieron que ayudarnos porque yo apenas podía moverme y los dientes me castañeteaban.

Parece ser que Jack lo tenía previsto porque nos envolvieron en unas mantas, nos ayudaron a bajar y nos llevaron dentro de la casa. Jamás he pasado

tantísimo frío como aquel día. Pensé que moriría de una pulmonía y me pareció que Jürgen, al dejarse llevar por Jack, pecó de imprudente porque podría haberme constipado y haber arruinado la audición tan importante que me esperaba en Madrid. Afortunadamente si algo tengo es que me pongo mala muy pocas veces a pesar de que no estoy acostumbrada al frío.

El interior de aquel caserón, que por fuera parecía tan inhóspito y desapacible, era un verdadero hogar acogedor, cálido y confortable.

Lo primero que hicieron fue llevarnos a las habitaciones superiores. Jack nos señaló una a Jürgen y a mí que tenía un amplio cuarto de baño con una inmensa bañera. Mi amo me preparó un baño caliente con sales mientras yo permanecía sentada en la cama, arrebujada en la manta con el frío medito hasta los huesos.

Cuando estuvo el baño le condujo amorosamente a él y me ayudó a entrar. Se lo agradecí profundamente. El culo me ardía por la cabalgada pero no me había dado cuenta hasta ese momento

por el intenso frío, que me bloqueaba cualquier otra sensación física.

—Voy a darme una ducha —me dijo al cabo de un rato, supongo que cuando se aseguró de que yo estaba más o menos recuperada.

—¿No quieres meterte conmigo aquí? —le ofrecí o, mejor dicho, le rogué.

—No, tú disfruta del baño y recupérate —me dijo con afecto—. Si se te queda fría el agua échate más. No hay prisa. Vendré a buscarte cuando sea el momento.

No insistí y me dispuse a obedecer con mucho gusto. Después de la cabalgada en la moto, aquel baño era el paraíso para mí, de modo que me dispuse a disfrutarlo. Me relajé al máximo y me quedé allí, medio adormilada, echando agua caliente de vez en cuando para que la temperatura fuese la que me apetecía. Muy caliente. Con el calor y el vapor se puso de manifiesto de forma más ostensible el castigo que había sufrido. Mi piel reflejaba las marcas de los latigazos. No me dolía, pero las líneas rojas

entrecruzaban mi cuerpo por cualquier sitio por el que mirara.

No sé cuánto tiempo estuve en la bañera. Fue mucho. Más de una hora seguramente. Quizá dos.

Jürgen vino a sacarme de aquel paraíso húmedo. Hubiera deseado que se metiera allí conmigo, pero no venía con esas intenciones. Vestía una túnica negra que me asustó al principio. Por un segundo temí que fueran a celebrar alguna misa negra con nosotras o algo parecido. Reconozco que se me aceleró el pulso. Pero enseguida me tranquilicé

con su explicación.

—No quería vestirme de cuero de nuevo —me dijo en referencia a su indumentaria de motero— y Jack no tenía otra ropa cómoda más que esta. ¿A qué me queda bien?

—Sí, amo, parece un monje satánico pero está guapo —le respondí con una sonrisa.

A Jürgen le hizo gracia. Estaba de muy buen humor.

—Sécate bien, el pelo incluido —me señaló el secador que había en una

repisa del baño—, ahora te traigo ropa.

Mi amo se marchó sin más explicaciones.

Obedecí. Me sequé el cuerpo y después hice lo propio con el pelo. No me hice toga ni tomé precauciones con mi pelo, que por aquel entonces tenía bastante más crespo que ahora, por lo que se me rizó y tomó volumen. No diré que se me quedó como a una negra, pero casi.

La ropa que me trajo no era más que una cinta negra de raso. La llevaba en la

mano sujeta por dos dedos como si fuera una rata muerta que sujetará por el rabo. Sonreía. Se colocó detrás de mí para ponerme la cinta al cuello.

—¿Lo ha pasado mal en la moto, verdad? —me preguntó mientras me ajustaba la cinta por detrás con pequeño imperdible.

—Sí, nunca había pasado tanto frío.

—Tuve frío hasta yo —terminó de ponérmela y me abrazó por detrás, como si quisiera darme un calor que ya no necesitaba—. Hasta las negras estaban

ateridas. Sus rostros eran todo un poema. Las vi cuando las tenía justo delante de nuestra moto y pensaba que tú irías peor.

—Fue un suplicio peor lo aceptó como las palizas o cualquier otro que quiera imponerme, amo —comenzó a acariciarme los pechos y me estremecí de placer.

—Fue cosa de Jack, a mí no me ha gustado nada. Además, también pasé frío —jugaba con mis pezones, que se pusieron duros como piedras. Su aliento, mientras hablaba, lo sentía en la nuca—.

Pero es el anfitrión y tenía el capricho.

—Comprendo, amo.

—Como esto de vestirte solo la cinta…

—Es sexy —dije convencida, presa del deseo pero manteniéndome quieta como una estatua mientras mis pezones irradiaban placer por todo mi cuerpo.

—Sí, pero yo te hubiera calzado con unas buenas sandalias de tacón altísimo, ya sabes —asentí con un leve gemido. Jugaba conmigo a través de mis pezones —. Tú cuerpo gana mucho. Quiero que

andes de puntillas.

—Siempre que voy descalza lo hago si no me ordenas usted lo contraria.

—Bien hecho mi pequeña zorra —me estiró los pezones al máximo—. Calzada o descalza vales mucho más que esas dos negras juntas. Son dos fieras pero sin la menor sutileza.

—Usted me ha enseñado mucho…

—Sí, pero incluso en estado puro —me dijo como halago—, cuando te recogí tras la muerte de Goran, ya valías más que ellas.

—Gracias, amo.

—Pero ahora, el capricho de nuestro anfitrión es que entregue a las leonas. Bajaremos al salón principal y allí follaréis las tres para deleite de los amos. Después os follaremos. Así acabaremos nuestra estancia en Bélgica. ¿Qué te parece?

Nunca solía preguntarme mi opinión y me halagó que lo hiciera. Me había informado de que me arrojaría a las fieras y que ellos mirarías como si estuviéramos en el coliseo romano y yo fuera una cristiana condenada a ser

devorada por las leonas. Me agradaba aquel castigo al que sometía mi césar.

—Lo he pasado bien salvo lo de la moto, amo —confesé—. Pese a que los castigos han sido duros, después el placer recibido ha compensado todo. Tengo ganas de follar con las negras del amo Jack. La última vez me gustó mucho.

—Me alegro, perra. Vamos abajo.

El amo cambió el registro cálido para regresar a la dureza que acompañaba sus palabras en estos

casos. Me dio un pellizco en un pezón y me ordenó que lo siguiera a cuatro patas. Estaba completamente mojada por las caricias y ponerme a sus pies me gustó mucho también. Lo seguí y bajé la escalera a cuatro patas hasta el salón, donde el amo Jack estaba sentado en un sofá mientras observaba a sus dos putas negras besarse y lamerse. Ambas llevaban también como únicas vestimentas sendas cintas de raso negro al cuello.

Jürgen fue a sentarse al lado contrario de Jack, en un sillón y yo

continué mi marcha hasta el centro para fundirme con mis dos compañeras de ébano.

Me recibieron con gruñidos de placer. Se olvidaron de lo que estaban haciendo para centrarse en mí. Me tumbaron en el suelo y se echaron sobre mí. No tuve opción. La madre por arriba, besándome y comiéndome la cara por todos lados mientras me magreaba los pechos. La hija por abajo, sumergiendo su cara en mi coño para succionarme la vagina como su comiera almejas en un restaurante francés

mientras su dedos jugaban con mi ano, follándome despacio con dos., tres y hasta cuatro dedos, finos y largos, nudosos y juguetones.

Me llevaron a los límites del placer y apenas me di cuenta cuando la mano de la hija me penetró ano completamente. Me la metió despacio y después el brazo hasta el codo. La madre bajo lamiéndome el cuerpo hasta atrapar el clítoris con sus descomunales labios. Se colocó a horcajadas en mi cara y le lamí el coño con avidez mientras ella hacía lo mismo conmigo. La hija me follaba e

culo con el brazo y al tiempo ayudaba a su madre con lengüetazos en mi vagina desbordada de flujos. Me olvidé de los amos y me centré en mi propio placer. No tarde en correrme con aquel brazo entrando y saliendo de mi ano cada vez más deprisa. Me dilató hasta extremos nunca antes conocidos por mí. Creo que ni cuando me folló el burro en aquella granja remota de la sierra tinerfeña. Al menos yo lo sentí así. Afortunadamente, la excursión en moto me había preparado el ojete a fondo.

Lo malo fue que no habían tenido la

precaución de ponerme enemas. No relataré lo que fue aquello porque el escat no es plato de gusto (nunca mejor dicho) para la mayoría de la gente, aunque sí lo fue para la madre, que inmediatamente después de que yo me corriera con un orgasmo brutal, me lamió la entrepierna entera, desde el clítoris hasta el ano, sorbiendo todos mis jugos vaginales y anales. Y después siguió con el brazo de su hija, dejándolo limpio como una patena.

Ellas no se habían corrido, pero a quién le importaban. El amo Jack les dio

una orden en alemán y ellas se marcharon corriendo mientras yo me quedaba tirada en la alfombra como una muñeca hinchable recién usada. Regresaron una palangana de agua caliente y jabón y dos esponjas. Me limpiaron a fondo cualquier resto de secreción anal y después me pulverizaron perfume. Se volvieron a marchar. Entonces Jürgen se levantó la túnica mostrándome su polla tiesa y me llamó con un gesto. Gatee hasta él, me coloque entre sus piernas y comencé a mamárselas sin manos. A cuatro patas.

Enseguida vino Jack, que se desnudó completamente y se acopló detrás de mí. Me sujetó por las caderas y me folló de un golpe. Sus acometidas me marcaban el ritmo de la felación.

Unos minutos después regresaron las dos negras. Se habían lavado y perfumado también. Una se subió al sillón, creo que la hija, y le ofreció el coño a la boca de mi amo. La otra, la madre, se colocó detrás de Jack para lamerle el culo y los testículos en una tarea difícil porque sus caderas iban y venían, follándome.

Las posiciones cambiaron numerosas veces. Ya pueden imaginarse. Unas veces era la madre la que recibía una doble penetración mientras nosotras dos lamíamos allí donde buenamente podíamos y otras era la hija la que recibía la atención preferente los amos.

Al final, los amos me eligieron a mí para descargar sus pelotas. Jack se tumbó en el suelo y yo me senté sobre él. Me penetró al tiempo que mi amo me enculaba por detrás. La madre se sentó en la cara de Jack, ofreciéndome su jugoso coño, mientras me besaba. La

hija se colocó por detrás, no sé exactamente dónde, quizá besando a mi amo. No recuerdo. El caso es que yo me corrí como una perra salida y después se corrieron los amos. Los dos, uno en cada agujero. Cuando se retiraron, me quedé de rodillas. El semen se me escurría. Los amos ordenaron a las negras que me succionaran los agujeros. Las negras se tumbaron debajo de mí y aplicaron sus bocas a mis orificios. Sorbían con fuerza. La madre me vaciaba el semen del ano y la hija de la vagina. Yo, aunque e acababa de correr

de me excité de nuevo con aquellas bocas lamedoras y succionadoras. Quien haya tenido el placer de gozar de unos labios de mujer negra, gruesos, sensuales y elásticos entenderá de lo que hablo.

Me corrí de nuevo con los chupetones en el clítoris de la hija mientras la madre no paraba de separarme las nalgas con las manos para que su lengua entrara más profundamente en mi ojete.

Quedé completamente exhausta. Agotada y absolutamente complacida.

Como mis amos. Ignoro si las negras llegaron a correrse pero eso ¿a quién le importaba?

Pasamos el resto del día en la cama, descansando y durmiendo. Yo no probé bocado pero no me importó, solo quería cerrar los ojos y descansar. Mi amo, con el que compartía habitación, iba y venía. Supongo que bajó a comer algo un par de veces. Pero la mayor parte del tiempo lo pasó conmigo en la cama. Abrazado a mí. Fueron los mejores momentos del viaje, acurrucada entre sus brazos, dormitando segura y feliz,

como en aquellas escapadas que habíamos hecho a la cabaña donde pasamos la anterior Nochebuena y Navidad, tan cerca de la estrellas con la visión del Teide en el horizonte nocturno. Los golpes dejaron de dolerme.

La audición, si no recuerdo mal, fue a primeros de diciembre de 1999. Marcó un momento importante en mi vida. Desde aquel día mi vida se definió hacia lo que ha sido. No diré que fue definitiva para mi condición de esclava, ni siquiera fue determinante en mi carrera en la prostitución. Era ya ambas cosas y hubiera seguido siéndolas sin audición o si hubiera fracasado. Pero al resultar un éxito hizo que echara raíces en Madrid que marcaron mis siguientes años. Con 19 añitos que tenía ya era una

redomada prostituta a la que las islas se le habían quedado pequeñas, era una magnifica esclava de placer y me perfeccionaba en el sexo extremo. En aquella época yo había vivido en el sexo más que un barco repleto de mujeres adultas, mucho más incluso que las prostitutas ordinarias de Madrid con las que iba a relacionarme.

Pero no adelantaré acontecimientos.

Aquella noche no quedó nada a la improvisación. Fue el propio Juan Carlos quien se encargó de todo. A fin de cuentas el local era suyo y la

audición la convocaba él. Era su prestigio y su credibilidad como proxeneta la que estaba en juego.

—Tú solo ocúpate de traerla sin marcas —le dijo LC a mi amo la siguiente vez que me vio, cuando aún me duraban algunos enrojecimientos de la aventura belga.

Esa siguiente vez fue en su local, donde quiso que fuéramos para que yo me familiarizara con el escenario con la excusa de ensayar el número en el lugar donde sería el espectáculo.

El Continental era una megacasa de putas al borde la M-40, una de las carreteras de circunvalación de Madrid. Quizá llamarlo casa de putas resultaría ofensivo para JC y para todos los que trabajaban (trabajamos) allí. Era mucho más que eso porque estaba regularizado como un local de hostelería o algo así. El negocio era muy simple. Consistía en una especie de cabaret en el que cada noche había espectáculos variados, no siempre relacionados con el sexo. Había barra para copas y un rudimentario restaurante de comida fría. Es decir, que

en las mesas de sus salones se servían sobre todo bebidas pero también algunos tentempiés como sándwiches, aperitivos y bocadillos ya preparados. Tanto las chicas como los clientes pasaban muchas horas allí y había que alimentarlos. Ninguna de las chicas estaba obligada a trabajar allí, pero tampoco se admitía a cualquiera. Normalmente JC tenía una plantilla más o menos fija de veinte o veinticinco mujeres muy guapas que no follaban ningún día. Ellas eran par del espectáculo que se brindaba en el

escenario y que servía también de escaparate de carne. Ellas hacían estiptis y juegos sexuales. Además, JC contrataba de vez en cuando orquestillas y cantantes de medio pelo que, sin embargo, quedaban bien allí y disimulaban lo que era aquello: un prostíbulo.

El edificio era bastante grande, con tres alturas. En el bajo estaban los lugares comunes, como el escenario la zona de contacto, restaurante, vestuarios, y dos salas para encuentros privados, una grande y otra más recogida. En los

dos pisos superiores solo había habitaciones, además de dos pequeñas zonas reservadas en cada piso. En el primero, para los vigilantes, media docena de hombres fornidos que me recordaron de inmediato a mi malogrado amor Goran. En el segundo, para una cantidad indefinida de mujeres de la limpieza que se encargaban de cambiar sábanas, lavar y asear las habitaciones de modo que todo cliente follara con sábanas limpias. Las llamaban las *toalleras*. Nunca supe cuantas toalleras se ocupaban de esto. Había una

encargada, bastante mayor, de la total confianza de JC, y creo que ella traía a las otras, que rotaban frecuentemente. Aquello era enorme pero funcionaba como un cuartel.

Las habitaciones se alquilaban a las chicas que quisieran subirse a un cliente. Naturalmente el que pegaba era el cliente aunque él no lo sabía. O quizá sí, se lo supondría, pero no se le especificaba en la factura. Las puertas tenían un contador parecido a esos que tienen los hornos y cuando se cumplía el tiempo contratado (generalmente por

periodos de 30 minutos), sonaba una especie chicharra y se iluminaban un piloto sobre la puerta, en el pasillo. Si el cliente se demoraba más de la cuenta, uno de los gorilas se asomaba. Entonces podían suceder dos cosas: o el cliente pagaba un extra si quería seguir otra media hora más con la chica o el empleado de seguridad le ayudaba a salir de la habitación amablemente. Cuando digo amablemente no piensen que es una ironía. Allí todo era amabilidad, nada de brutalidades y mucho menos con los clientes, base del

negocio. La cosa era que si se colaba en la habitación un armario empotrado de dos metros con la cabeza rapada al cliente le quedaban pocas ganas de continuar la fiesta. Aun así muy de vez en cuando había algún altercado con algún cliente pasado de alcohol o drogas que los chicos de seguridad resolvían con gran profesionalidad sacando al alborotador por la puerta trasera.

Ni qué decir tiene que yo flipé el día que fui allí por primera vez. Lo más fashion que había visto en mi vida era el Atlas, también algunas casas

particulares de gente rica. El caserón de Ahmed en Tenerife, por ejemplo. Pero como lugar profesional era lo más de lo más. El mejor de Madrid, aunque no el único de España. Había locales parecidos en muchos sitios, especialmente en Levante.

El día que Jürgen me llevó era un día de diario, pese a lo cual había mucho ambiente. Todos los días lo había, aunque en fin de semana se llenaba hasta la bandera y las *toalleras* no daban abasto.

JC nos enseñó el local, aunque creo

que Jürgen ya lo había visitado hacía tiempo. En realidad me lo mostraba a mí porque ese iba a ser mi lugar de trabajo en el futuro. Las chicas también llevaban un porcentaje por las copas que hicieran beber a los clientes. No todos los que estaban allí iban a follar. Muchos solo quería mirar y tomarse una copa, que les salía a precio de oro. Ver el espectáculo y vacilar a las putas. Para evitar la entrada de mirones se cobra la entrada a un precio que no recuerdo pero que era muy disuasorio, aunque incluía el derecho a tomar una copa.

Por eso las chicas eran sumamente amables y persistentes, para que bebieran esa segunda copa en la que sí tenían comisión. Contaré aquí uno de los trucos que usábamos, sobre todo cuando ya eras veterana. Como sobre la primera copa no había comisión, las putas se mostraban remisas a acercarse a los hombres que acababan de entrar. No sacaban nada. Salvo que los vieran con ganas de follar, entonces sí merecía la pena. Pero a ninguna le apetecía pelar la pava y perder el tiempo de charla con un tipo que solo iba a tomarse esa

primera y única copa.

Normalmente, el cliente que ha ido a follar se encarga él solito de buscarse la puta que más le gusta. Bastaba con estar visible e insinuante y, al tiempo, lo suficientemente despabilada para saber discernir qué clase de tipo se te acercaba. Lo cierto es que no resultaba difícil calarlos. A los hombres se les lee el deseo en la cara. Normalmente, el hombre que llega solo, viene a follar. O con un amigo. Cuando vienen en grandes grupos solo buscan cachondeo, beber, tocarle el culo a alguna puta y poco más.

Es cierto que de esas pandillas alguno se anima finalmente a follar, pero no merece la pena arriesgarse a ser devorada por esa marabunta de borrachos por la promesa incierta de un servicio. Mejor dejarlos de lado… Y que JC no se dé cuenta de que te escaqueas porque puede echarte. El dueño, como es lógico, quiere que las chicas se arrimen y hagan lo posible por llevarse clientes a los pisos superiores.

Pero creo que ya me extendí demasiado con esto y los estaré aburriendo con el funcionamiento de la

casa de putas.

El primer día que fui al Continental lo hice vestida con relativa discreción. No iba a trabajar. Llevaba mi minifalda no muy corta y un top de tirantes que dejaba ver el ombligo. Ambos negros. Y unas sandalias de plataforma, sin medias. Supongo que cuando dejé el abrigo en el perchero y me dejé ver sí vestido, en aquel ambiente, bien podía ser tomada por una de las putas, aunque era la que vestía más recatada, pero como iba con JC nadie me abordó ni me dijo nada. JC era bien conocido por

todos y se le respetaba. Aunque era pública su homosexualidad, las chicas que iban a su lado estaban vetadas. Además, siempre iba acompañado por uno de los guardas.

Aquella visita no era para trabajar sino para que me tomaran las medidas físicas. JC me iba a vestir para la audición como a él le pareciera encargó a una de sus chicas que buscara ropa de mi talla. Allí tenían un buen ropero, casi como en un teatro, y varias de las chicas de plantilla eran las encargadas de manejarlo.

Había ropa y calzado de sobra para mí. La primera discusión en la que se enzarzaron Jürgen y JC fue el calzado porque el dueño del local quería ponerme unas bota altas negras mientras que mi amo prefería unas sandalias abiertas de plataforma. Ya saben ustedes que era fetichista de los pies. JC decía que las botas eran muy sexis y que él se jugaba su credibilidad con la audición. Al fin y al cabo era quien había convocado a los amos de la noche. En cambio, Jürgen replicaba que en materia de sensualidad femenina un gay no podía

darle lecciones. Me preguntaron y conteste con la vedad: que las dos opciones eran muy sexy.

Lo cierto es que al final JC se salió con la suya cuando amenazó con cancelar la audición. Mi amo tuvo que dar el brazo a torcer. A mí me hacía ilusión vestir botas, prenda que usaba muy poco. Me las puse de nuevo y me iban como un guante. Eran de tacón fino y muy alto con la caña ceñida justo hasta las rodillas. Jürgen reconoció que estaba muy bien, aunque insistió en las sandalias abiertas.

Para la ocasión, JC planteó una apuesta menos conservadora que la de Jürgen en casa cuando actúe ante el viejo carcamal. Me dio un tanguita negro y una minifalda de cuero, también negra. En el torso me coloqué un sujetador rojo de apertura frontal, de encaje, precioso y encima una chaquetilla torera negra, también de cuero con algunas cremalleras plateadas. Tenía un aire entre motero y roquero bastante sexy que Jürgen tuvo que reconocer. El pelo me lo recogí detrás con un pañuelo rojo que me coloqué como si fuera una gran cinta,

con el nudo en la parte alta que ayudaba a reducir mi gran volumen capilar.

Jürgen no pudo sustraerse a poner algo de su parte y estuvo acertado. Le había gustado la cinta de raso que me puso Jack en su casa de Bélgica y se empeñó en que la llevará. La chica del guardarropa tuvo que ir a buscar una. Naturalmente fue negra. Completé con unos pendientes largos que me llegaban hasta los hombros.

—Vamos a hacer un ensayo ahora —sugirió JC.

—No me he traído el saxo —se excusó mi amo.

—Pues sin música —se empecinó JC —. Supongo que te sabrás la coreografía. Las buenas profesionales saben hacerlo sin música.

—Me la sé, por supuesto, señor. — era cierto. Era capaz de bailar aquella canción de todas las formas posibles que se le ocurrieran a JC.

—No hace falta. Llevó una grabación en el coche.

—Ve por ella entonces. Te esperamos

en el reservado grande.

Jürgen fue al coche acompañado de uno de los porteros mientras que JC me llevó al reservado.

Era una sala con cabida para una veintena de personas diseñada alrededor de un escenario de tarima con una pole, ya saben, la barra para bailar. Estaba toda tapizada en rojo con algunos ribetes negros en los amplísimos sofás que circundaban el escenario. Lo cierto es que iba vestida perfectamente conjuntada para aquel lugar y JC me lo hizo notar.

—Cuando te he vestido así ha sido por algo, guapa. La audición, como la llama tu amo —no pudo evitar una sonrisa de ironía—, será aquí.

Me subí al escenario y probé la pole. Siempre me ha gustado bailar. En el Atlas lo hacía casi todas las noches. La pole también me gustaba, pero no estaba acostumbrada a ella ni mi estriptis diseñado para ella.

Aguardamos a que regresara Jürgen con el disco. No tardó. Llegó con el portero, y JC le dijo a este que fuera a buscar a media docena de personas más.

Quería que actuara con un público más numeroso. Mejor dicho, con público porque hasta el momento, mi auditorio más numeroso había sido ante dos. Bueno, en Bruselas fue ante cuatro, pero las dos negras no cuentan.

JC quería verme ante un auditorio variado para comprobar cómo me comportaba. Se lo dijo a Jürgen después de enviar a llamar a más gente. Al final vinieron más de una docena, entre algunos empleados y clientes acompañados de varias putas semidesnudas.

—Olvida la barra y baila con sabes —me dijo JC, que a continuación hizo un gesto con la mano para que comenzara la música.

Fue oírla y mi cuerpo se movilizó de forma casi automática, como si funcionara con independencia de mi voluntad. Jürgen me había dicho que debía automatizar los movimientos para que me salieran solos, pero que no debía caer en una monotonía rutinaria que destrozaría el número.

Me empleé a fondo como si aquel público fuera ya el que iba a evaluar

definitivamente mi validez para trabajar en el resto de locales de alterne de Madrid.

Creo que no se notaron mis dudas sobre cómo quitarme la falda que, al fin y al cabo, tenía la cremallera en otro lado. Pero básicamente fue lo mismo, pese a que las botas eran un elemento nuevo y muy diferente de las sandalias con las que bailaba habitualmente.

El caso es que acabé mi numerito bastante bien, arrodillada ante JC, como la otra vez, simulando que me masturbaba con una mano mientras con

la otra me acariciaba los pechos. No debió ir mal porque me aplaudieron y JC se levantó y me tendió la mano caballerosamente para que me incorporara. La sonrisa de Jürgen me dio a entender que estaba satisfecho.

—Creo que el detalle del plug en el ano debemos mantenerlo —le comentó JC a mi amo, que asintió—. Con un par de ensayos más con esta ropa y el plug estarás lista —añadió dirigiéndose a mí.

—¿Está en alquiler? —preguntó uno de los clientes que había presenciado el estriptis—. Me gustaría catarla…

JC se volvió hacia Jürgen y se encogió de hombros.

Otros dos clientes expresaron el mismo deseo a pesar de que estaban abrazados a dos prostitutas.

—Eso cosa del propietario —respondió JC, mirando a mi amo.

—Hoy no —dijo Jürgen con firmeza —. No la he traído a trabajar. Pero sin duda tendrán ustedes ocasión muy pronto de degustar este manjar —me tomó la mano, la levantó y me hizo girar sobre mí misma para que me vieran bien…

como si no hubieran tenido ocasión.

Hubo caras de decepción en la clientela y alguna mirada lasciva entre los porteros que capté al vuelo. Había uno que me llamó especialmente la atención. Era jovencito, aunque no tanto como yo, rapado y musculoso, como me gustaban entonces. Como Goran. ¡Y tan diferente a Jürgen! Parece mentira cómo es la naturaleza humana. Me gustaban recios y musculados pero me había enamorado de un hombre que era la antítesis, delgado y casi anoréxico.

Esa noche Jürgen me llevó de garitos

a Madrid. Estuvimos en locales de Malasaña, Fuencarral, Bilbao, Huertas y Chueca. Lo cierto es que yo no sabía por dónde andábamos pero él me iba explicando, que lo conocía muy bien. Me dijo que había gozado de la llamada *Movida Madrileña*, quince años atrás, de la que ya no quedaba nada, aunque la diversión nunca faltaba. Supuse que Jürgen debía ser muy joven por esas fechas. No me explicó, ni yo le pregunté, en qué circunstancias había estado en Madrid porque la mayor parte de su adolescencia y juventud la pasó en el

mundo árabe, en especial en Bahréin, pero imagino que vendría por aquí alguna vez.

Estuvimos de copas toda la noche hasta la madrugada, dando saltos de una zona a otra valiéndonos de taxis. Volví a bailar, pero esta vez sin desnudarme, como una chica más que se divierte en la noche madrileña con su novio. Sí, con su novio, porque Jürgen se comportó como tal. Muy atento, pendiente de mí en todo momento, servicial y cariñoso. Me sentí muy feliz, dichosa y enamorada como nunca. Bebimos más de la cuenta y

en un local nos ofrecieron coca que aceptamos. Nos metimos dos tiros cada uno que nos ayudaron a mantenernos en pie el resto de la noche e incrementaron mi sensibilidad al mil por mil. Y la de Jürgen también porque en el siguiente tugurio me dijo que me quería follar allí mismo. Me llevó al WC masculino y entramos en uno de los retretes. Cerró la puerta, se bajó los pantalones y se sentó en la taza del wáter. Estaba excitado. Me incliné y se la mamé. Decir que aquella polla me supo a gloria es quedarse corta. Me mojé más de lo que

estaba ya, a pesar de que sabía a orines de todo el día sin lavar. Pero notar aquel falo duro entre mis labios mientras con sus manos me sobaba las tetas fue elevarme al paraíso. No nos entretuvimos mucho. Me dijo que me sentara a horcajadas sobre él y me folló mientras me abrazaba y me comía los pechos. Yo culeaba adelante y atrás para darle el máximo placer, pero también para que mi clítoris se frotara contra su pubis. Nos corrimos los dos con grandes gemidos a pesar de que otros hombres entraron en el servicio. Alguien dijo

«¡que aproveche!», pero no molestaron ni nos interrumpieron.

Después de corrernos nos quedamos cinco minutos inmóviles, gozando del momento. Jürgen me besó, me acarició las nalgas con ambas manos y me metió un dedo en el culo, que luego me dio a chupar.

—Vas a triunfar aquí como no te imaginas, mi perra —me prometió. Y le creí.

En los días sucesivos bajamos a Madrid para ensayar el estriptis con la ropa prevista y con la música del saxo de Jürgen. Creo que salió perfecto. Tanto mi amo como JC estaban satisfechos.

La víspera del gran acontecimiento, JC se interesó en el tema musical. Mi amo le explicó que había sido concebido para trompeta pero que a él le gustaba más con saxofón porque le daba mayor patetismo. Le dijo el nombre del tema y justo cuando mi amo

iba a comenzar a tocarlo para mi último pase (privado solo para ellos dos), Juan Carlos exclamó: «¡Desnúdate, perra sugar blues!».

El día D yo estaba nerviosa como no podía ser de otra forma. Era jueves y la sala privada estaba reservada para mi exhibición. Estuve echando un vistazo unos minutos antes de que llegaran los invitados y comprobé que la habían surtido de copas y aperitivos. JC lo había planteado como verdadero espectáculo.

Solo ese día me dijeron que yo no

sería la única en actuar, lo que me decepcionó un poco al pesar que iban a probar a más chicas. Pero JC enseguida me explicó.

—Tendrás un par de teloneras que harán dos estriptis. Primero una y luego otra —me dijo tranquilizándome—. Son chicas de aquí que lo hacen muy bien pero nada parecido a tu número, cielo. Servirán para calentar el ambiente.

Pasé de la decepción a la ilusión. Me trataba como a una estrella del rock, anticipando mí número con dos teloneras. ¿Qué más podía pedir?

Lo cierto es que las chicas eran muy buenas. Ambas rubias, altas, guapísimas. Como nórdicas. Los pechos operados, eso sí, aunque grandes y apetecibles. Primero salió una y después otra. Yo lo veía todo a través de un pequeño aguejerito en uno de los cortinajes. Cuando acabó la primera se fue hacia el auditorio, que bebía y picaba en los aperitivos. Allí fue recibida con sobeteos y piropos y luego acomodada entre dos de los proxenetas invitados. Lo mismo sucedió con la otra. El auditorio estaba formado por

profesionales acostumbrados a aquello. No miraban a las chicas como los clientes, sino como empresarios que evaluaban el margen de ganancia. Por eso creo que los sobos que dieron a las chicas cuando descendieron de la tarima eran más para cumplimentar la vanidad de ellas que por verdadero deseo rijoso de ellos. Imagino que si no las hubieran recibido con ese «entusiasmo» ellas se hubieran sentido fracasadas en su profesionalidad. Me pongo en su lugar.

El escenario había quedado vacío y el ambiente se hizo tan silencioso que

me asusté. Era mi turno. Jürgen se había situado a un lado. Las otras chicas habían bailado con música grabada, yo en directo.

Aguardé a escuchar las primeras notas de la canción para salir de detrás de la cortina con lenta sensualidad. Aquí no había escalera como en casa cuando bailé para JC por primera vez. Era un espacio relativamente pequeño y con una pole en el centro. Pero JC me había dicho que la aprovechara para mi estriptis. Por eso habíamos introducido pequeños cambios. Nada importante.

Solo un par de pases para que la barra formara parte de la coreografía. Estaba nerviosa y excitada. El ano, con el plug introducido, me palpitaba de gusto.

No recuerdo cómo me moví, qué hice o cómo salió. Me refiero a los detalles, por supuesto, porque los pasos me salían automáticos ya que los tenía todo perfectamente interiorizados y automatizados. Tampoco me sentí impresionada por el auditorio, como había supuesto que me pesaría. Quizá me ayudó mi experiencia de dancer en el Atlas.

Me moví lo más sensualmente que pude siguiendo siempre el ritmo que me marcaba la música del saxo de Jürgen. Disfruté y me sentí una mujer muy sexy. El plug que tenía insertado en el culo me daba un intenso placer al moverme y girar las caderas. Noté que gustó cuando el auditorio lo vio y , además, yo me encargue de hacer algunos giros con las nalgas a su vista para que no perdieran detalle.

Cuando acabé la danza, arrodillada mirando a JC, masturbándome y acariciándome los pezones, estaba

realmente excitada. Hubo aplausos y silbidos (de aprobación) y JC subió a la tarima para darme la mano y ayudarme a incorporarme.

—Esta es Sandy y desde hoy está a vuestra disposición —dijo—. Si la queréis incorporara vuestros locales hablad con su propietario, Jürgen —le señaló y mi amo se puso en pie—. Ahora, si no os importa, repetirá el mismo show en el escenario de fuera, para que mis clientes la disfruten. Luego estará en alquiler par quien guste durante toda la noche.

Jürgen asintió y muchos empresarios se acercaron a él para concretar mi contratación. Suspiré aliviada pero no tuve tiempo de nada porque JC me llevó tras la cortina y uno de los empleados me llevó la ropa.

—Vístete —me dijo LC—, que vas a repetir el show ante todo el mundo. Enhorabuena, cielo —me besó la mejilla —, ha sido un triunfo completo. Toda esa cuadrilla se pegará por tenerte en sus garitos.

Cuando estuve vestida de nuevo me llevó fuera. La idea era que Jürgen

volviera a tocar en directo pero estaba sobrepasado por los empresarios que querían contratarme para sus clubes, por lo que JC decidió que fuera con la grabación. Aguardamos a que acabara uno de los números y JC salió para explicar que a continuación actuaría una puta nueva venida de Canarias muy joven y prometedora. Que me vieran bailar y que luego estaría disponible. Logró captar la atención de los asistentes, que en anteriores shows habían estado algo distraídos y más pendientes de las putas con las que

estaban o las que podían estar que de la chica que se movía en la pole.

Aguardé a que sonara la música y salí a bailar. Fue igual que en el pase anterior. Bueno, quizá más distendido. Ahora que lo pienso fue como cuando actúa por segunda vez el artista que acaba de ganar el festival de la canción de Eurovisión. Eso no quiere que pusiera menos empeño, pero sí que estaba mucho más relajada y con la sensación de que ya había ganado.

Como hacía un rato, terminé con el coño mojado y eso creo que lo percibe

el público. JC volvió a subir y bajé de su mano. Me paseó desnuda entre las mesas, solo vestida con las botas, el plug y la cinta en el cuello. Me sentía la mujer más sexy del mundo y me agradó que os clientes alargaran sus manos para tocarme cuando pasaba a su lado. Unos, más tímidos, se conformaban con rozarme las nalgas o los muslos, otros, más atrevidos o quizá más borrachos, intentaban meterme la mano en el coño, sacarme el plug o pellizcarme las tetas. Alguno me hizo daño pero como JC no dejó que me detuviera las cosas no

fueron a mayores. A los que deseaban usarme, JC los derivó a uno de los empleados que venía detrás de nosotros para que los apuntara.

El dueño del local me llevó directamente a las habitaciones reservadas para que los clientes follaran con las putas. Imaginé que tendría que esperar a que ordenarán la fila de clientes (había muchos) pero me equivoqué porque al entrar en una de las habitaciones ya había un tipo aguardando.

—Tu primer cliente —me explicó JC

—. Uno de los mejores, un VIP al que espero que trates bien.

Asentí, encantada. Pensé que debía ser alguien importante, como luego resultó ser y lo atendí muchas veces allí. Era un hombre de algo más de 50 años, bien parecido y con una cara de putero que no podía ocultar. Co el pelo engominado hacia atrás, moreno, nariz aguileña y una boca que se inclinaba ligeramente de un lado cuando sonreía que parecía que se burlaba de ti o que te perdonaba la vida.

Me trató como a una señora puta. Con

respeto pero autoritario. Se le notaba acostumbrado a mandar. Sabía cómo tratar a las personas y no solo a las putas. Me gustó que me abrazara y me besara. Él, vestido de traje caro, y yo desnuda.

Con el roce de su ropa y de sus manos ya me puse a morir de gusto, más cuando agarró el plug y me lo sacó despacio.

—Ese culo debe estar para perderse en él —me dijo.

—No quiero que se me pierda el

primer día, señor —le dije, y le hizo gracia.

—Desnúdame.

Yo estaba deseando hacerlo y lo hice despacio, como si fuera él el que se sometía a un striptis. Comencé por arriba, con la corbata la chaqueta y la camisa. Pero luego me arrodillé para sacarle los zapatos y los calcetines. No me gusta ver a un hombre desnudo en calcetines. Me baja todo. Por eso quise quitárselos antes. Y luego le bajé los pantalones al tiempo que el bóxer. Estaba excitadísimo y tenía una buena

polla. Recé porque fuera un buen amante. Se la mamé de rodillas, despacio, degustando cada pliegue de su glande y de sus testículos, mientras le cogía los huevos con una mano y los estiraba un poquito, probando su peso y textura. Mis dedos se deslizaban hacia atrás, buscando en ano pero sin atreverse a más. No conocía sus gustos todavía y no quería meter la pata.

El hombre respondió bien. Suspiraba de placer pero aguantaba mi mamada sin correrse. Además, su polla estaba muy limpia. Supe que me haría gozar mucho.

La calidad de un amante se sabe en los primeros 30 segundos de mamada, especialmente si es la primera vez que estás con él. Si no se corre es que dará juego. Supongo que él me estaba evaluando también a mí y que debí aprobar el examen porque, como digo, repitió muchas veces más en los meses que siguieron. Para identificarlo mejor lo llamaré Mario, aunque este no es su nombre real.

Mario se movió dos pasos hasta la mesilla y cogió un condón. Me lo dio para que se lo pusiera. Lo saqué del

envoltorio y se lo coloqué en la punta del glande. Luego lo desenrollé sobre su pene con la boca. Me costó bastante porque le venía ajustado y lo hice con sumo cuidado para no lastimarlo. No estaba metido ni a la mitad cuando me dijo que me arrodillara ante la cama. Él se arrodilló detrás de mí y me sodomizó. Apoyé el torso en el colchón y él me agarró del pelo con una mano y de una cadera con la otra. Me la metió despacio pero me entró enseguida porque tenía el ano superdilatado por el plug. Culeó a ritmo creciente y yo le seguí haciendo

redondillas de caderas para imprimir dos tipos de rozamiento a la polla de Mario. Cuando estuvo muy excitado, a punto del clímax, me pasó la mano por debajo para acariciarme el clítoris.

Nos corrimos juntos. Fue mi primer polvo en aquel local y fue muy bueno. Lo mismo que el cliente. Nos echamos en la cama, agotados, él con el condón todavía puesto, lleno de semen.

Se lo quité, lo estiré y dejé caer toda la lefa dentro de mi boca desde lo alto. Me gusta hacer eso porque sé que verlo vuelve locos a los hombres. Mario no

fue una excepción, pero lo exteriorizó con una sola palabra:

—Puta —me dijo.

Lo hubiera besado en agradecimiento pero me abstuve por si le daba asco.

—Es lo que soy. Por eso estás aquí, ¿no? —lo tuteé.

—No, no estoy por eso —me respondió, lo que me desconcertó. Sonrió al ver mi cara de confusión y luego me aclaró—. No estoy aquí porque seas puta, sino porque estás muy buena y eras pura lujuria en movimiento.

Lo he deducido por tu estriptis. Además, JC me recomendó que te subiera a ti hoy.

Como no quería besarlo, me limité a acariciarle los cojones y luego bajé para mamársela y limpiarle los restos de semen que pudieran quedar. La tenía flácida ya pero aun así, su pene era de buen tamaño y agradecido. Él se dejó hacer mientras encendía un cigarro. En aquella época se podía fumar hasta en los hospitales.

Me agarró de una pierna y tiró de mí para que mis agujeros estuvieran más accesibles. Me acarició un rato en culo

y el coño, que tenía empapados, mientras yo se la mamaba despacio, sin prisas, como hacía con Jürgen cuando estábamos en casa. No quería que se sintiera como un cliente con su puta. Eso no lo he querido nunca. Quizá sea eso parte de mi éxito en este mundillo de la prostitución, incluso en el del sexo extreme donde tengo menos margen de maniobra. Me gusta que cada hombre (o mujer) que está conmigo se sienta especial y no como un cliente.

Mario estaba como en su casa, no solo por mi actitud, sino porque era

cliente habitual del local y probablemente conocía ya a todas las putas que llevaban allí más de quince días.

Estaba concentrada en lamerme los cojones cuando noté que me insertaba el plug en el culo. El tapón anal había quedado abandonado en algún lugar cuando me lo sacó y ahora me lo volvía a poner. Lo metía y sacaba despacio, como si jugase con él. Al parecer le hacía gracia el momento en el que la parte más gruesa traspasaba mi músculo anal. Es un instante en que parece que el culo, después de resistirse a la penetración, absorbe el plug con un pequeño sonido que depende de la

humedad del ano. Puede ser un pequeño *«¡chop!»,* que solo se oye si estás en silencio. Cuando era joven, como en aquellos días, mi culo era más sonoro, por llamarlo de alguna forma. Hoy en día, por el uso y abuso, se abre y se cierra con mucha facilidad y en silencio. Ya no ofrece resistencia y admite cualquier cosa del tamaño o grosor que sea.

Pero estoy desvariando. Disculpen. Decía que a Mario le gustaba jugar con mi ano. Me metía sacaba el plug y después lo introducía en mi vagina. Finalmente me lo dio en la boca y lo chupé y lamí como si fuera su polla. Eso se la puso más dura que mis lametones. No sé por qué.

Él mismo se colocó otro condón (allí solo se follaba con preservativo), me colocó bocarriba en la cama, me quitó el plug de la boca y me folló en un memorable misionero. Ya tengo dicho que desde hace tiempo que mi postura favorita es el misionero, aunque pueda parecer demasiado convencional. Pero es la posición donde más a gusto me siento, con más contacto con mi amante, sintiendo su peso, su cara junto a la mía, sus manos acariciándome las tetas o agarrándome de las nalgas para penetrarme más profundamente.

Mario me folló incansable un buen rato. Me volvió loca y gemí de gusto a cada cometida suya. Su pubis me rozaba el clítoris, que tenía hinchado y duro. Su

pene era como una pieza de acero, pero suave y cálida, que entraba y salía en mi cuerpo llevándome a niveles de placer muy intensos. Al final de la follada no se limitaba a meter y sacar media polla, como hacen muchos, en movimientos cortos y rápidos, sino que la sacaba completamente y me la volvía a meter con una energía y una violencia que me mataba de gusto. Mario no tenía miedo a errar el golpe en cada arremetida. Yo tenía el coño tan abierto y encharcado que era imposible fallar. Me corrí como una perra (lo que era) y lo abracé con fuerza por la nuca para atraerlo hacia mí. Me mordió el cuello y la oreja y él también se corrió por segunda vez. Gozó mucho y me besó la boca, que yo tenía

seca y agrietada por el jadeo. Me encantó que lo hiciera. Luego sacó su polla aún dura de mi vagina y se quitó el condón con cuidado. Esta vez fu él el que volcó todo el semen en mi boca. Le gustó verlo desde mi cerca porque estábamos casi mejilla con mejilla. Por un momento pensé que me iba a besar para probar el fruto de sus testículos y aguanté el semen en mi boca, hice alguna pompita y lo llevé hasta colocarlo entre mis labios, juguetona y superlujuriosa. A Mario le encantó verlo, pero no me besó. Por el contrario, se incorporó un poco, se colocó a caballo sobre mi cara y me folló la boca.

—Empápamela bien —me dijo.

Yo, sin tragarme el semen, me metí su

polla morcillona hasta el fondo de mi garganta, con toda la lefa chapoteando entre mis labios y mis dientes, sorbiendo cuando podía y haciendo buchitos de semen y babas.

Mario estaba encantado conmigo y cuando sacó la polla y me tragué todo, se levantó y se fue a duchar. Yo me quedé en la cama, tirada, gozando del momento de placer que aún me duraba. El orgasmo ya había pasado, evidentemente, pero me sentía muy bien conmigo misma, satisfecha, feliz y retozona.

Cuando Mario salió y se vistió. Tomó su cartera y dejó varios billetes verdes sobre la mesilla. Eran de mil pesetas, aún no existían los euros, les recuerdo

que estábamos en 1999. Yo le dije que no hacía falta, que yo no cobraba eso y que además lo hubiera hecho gratis. Pero le dio igual, me dio unas palmaditas en la cara, sonrió y se marcho.

—Nos veremos muy pronto —me dijo al salir.

Minutos después entró un portero y me dijo que me duchara y aseara que tenía más trabajo.

Me duché sin mojarme el pelo y me vestí de nuevo con la ropa del estriptis. Me metí el dinero en el escote con idea de entregárselo a Jürgen, pero no lo vi. Eran cuatro mil pesetas que entregué JC, que estaba en la barra, después que me dijera que mi amo estaba follándose

a una escandinava.

JC me guardó el dinero y me felicitó por la propina.

—Mario no es de los que dejan mucha pasta a las chicas que se folla —me dijo.

—Le dije que no era necesaria esa propina pero no me hizo caso.

—Bueno, no te preocupes, luego le dio tu dinero a Jürgen. Ahora tienes más trabajo —me dijo—. Tu amo quiere que esta noche hagas tres encargos y te he seleccionado a los mejores clientes. Los más pudientes y los que más se gastan aquí. ¿Tengo que repetirte que los trates bien y seas dócil con ellos?

—No, señor. No hace falta.

JC hizo un gesto hacia una de las mesas y un señor gordo vestido con elegancia se levantó y se acercó a nosotros. Yo me erguí, saque cadera y sonreí. Recordé de pronto que me había dejado el plug arriba y me inquieté. Lo mismo este hombre esperaba encontrarme con él puesto.

Me saludó con dos besos, se presentó y JC nos señaló el camino de las habitaciones. El señor gordo se sabía el camino de sobra y estaba impaciente por follarme, por lo que enfiló delante. Lo seguí con el portero detrás de mí. Cuando subíamos las escaleras, me tocó la espalda, me giré y vi que tenía mi plug en la mano.

Se lo agradecí con una amplia

sonrisa y no lo besé porque no me pareció adecuado ni tampoco sabía cómo interactuar con porteros y guardaespaldas. Me lo inserté en el culo inmediatamente. Me entró fácil y el cliente ni se dio cuenta.

El portero nos señaló la habitación, que era otra diferente a la que compartí con Mario (seguramente la estaban cambiando las sábanas) y me encerré con el segundo cliente de la noche. No fue nada especial, lo mismo que el siguiente. Eran gente adinerada, puteros habituales que me dejaron buenas propinas. Volvía a verlos más veces porque quedaron encantados conmigo, pero ninguno como Mario. Me corrí con ambos incluso uno de ellos, el último,

que era un hombre delgado cercano a los sesenta años, me comió el coño con una voracidad digna de un adolescente. Logró que me corriera dos veces. Supongo que era un fetichista del cunnilingus porque siempre me lo hacía. Y es de agradecer porque casi ningún cliente de puticlub le come el chocho a una puta que ha estado follando antes con otros. Aunque se use condón. Suele darles asco besar la boca como para meterse entre las piernas a lamer un conejo. Pero este señor lo hacía y siempre logró que me corriera. De hecho era lo que buscaba, que me corriera con su legua porque con la polla era más mediocre.

Ese fue mi primer día en el

Continental, al que siguieron muchos otros en los meses siguientes, aunque tuve que alternar en otros locales tal como buscaba mi dueño con aquella audición. Jürgen ganó mucho dinero conmigo de formas variadas. Porque estuve en locales de *peep show*, ya saben, esos en los que la gente te ve a través de unas ventanas mientras haces estriptis o te masturbas, muchas veces guiados por los clientes. Tras estos espectáculos, normalmente (no siempre, según el local) algún cliente te contrataba para follarte. El cliente del peep show suele preferir masturbarse a solas y pocas veces accede al contacto. Además, no en todos los locales se admiten contactos.

Pero en ocasiones, sí, y yo tuve algunos casos de esos. Pero eso lo dejaremos para otra ocasión.

Hablemos ahora de cómo me cambió la vida haber triunfado plenamente en aquella audición frente a los principales empresarios de la noche de Madrid.

El primer cambio para mí fue trasladarme a vivir al centro de la ciudad. Jürgen alquiló un piso en pleno Malasaña, el barrio de marcha en aquella época (y en esta). Allí fue donde nació la famosa Movida Madrileña. Un barrio lleno de garitos para tomar copas y compartir con la gente. Cada noche se abarrotaba de jóvenes y no tan jóvenes, fue lugar de excesos para mí como para el resto de los que compartíamos aquello, aunque ya quedaba poco rastro de la Movida, en opinión de mi amo.

Mi trabajo dio para pagar la moto, el coche y el piso. Y aún sobraba según me decía Jürgen porque, como saben, yo no manejaba dinero.

Trabajé mucho. Prácticamente todas

las noches, aunque Jürgen se reservaba algunas para nosotros, ya fuera en viernes o sábado, algo que le agradecía profundamente porque me gustaba salir con él más que con nadie.

La idea de mi amo era que yo probara todo tipo de experiencias dentro de mi trabajo de prostituta, por eso trabajé en locales de alterne, en peep show como dije antes, en barras americanas sirviendo copas con las tetas al aire y en la calle.

En esa época, cerca ya de la navidad de 1999, lo peor fue el trabajo en la calle, por el frío. Es cierto que trabajar en la Casa de Campo o en la colonia Marconi como la peor de las zorras es duro, haciendo mamadas a camioneros

sucios, pero lo peor era el intenso frío y trabajando casi desnuda. Incluso en la calle Montera, en el centro de Madrid, junto a la Puerta del Sol, a veces se hacía insufrible. Siempre he llevado muy mal el frío, no estoy acostumbrada. En mi tierra de La Palma, no siendo muy calurosa, siempre hay una temperatura suave y templada y los días de intenso frío (salvo en las alturas) se cuentan con los dedos de las manos.

La experiencia de la calle, al principio, no fue bien porque fui recibida de uñas por las otras chicas y los proxenetas. Alguna vez estuvieron a punto de pegarme en la calle Montera. Jürgen me colocó un día en la calle Caballero de Gracia, donde se ponen las

más viejas y arrastradas putas de la zona. Duré poco porque, evidentemente, los clientes se fijaban en mí, un bollito de 19 años, y no en las bolas orondas de casi 60 que deambulaban por allí. Acabaron echándome a pesar de que no hice ningún cliente. Era lógico. A caballero de Gracia iban los puteros que apenas tienen dinero, viejos jubilados, solitarios, rijosos, que solo pueden permitirse zorras casi gratuitas. A mí me miraban, pero casi ninguno se atrevía a pedirme precio. Y eso que yo me ofrecía superbarata. Pero desconfiaban.

Jürgen no quiso problemas y no volvió a dejarme allí. Incluso en Montera tuvo que cambiar de táctica, como luego contaré.

Pese a todo, comencé suavemente . Acudía un par de veces por semana al Continental para hacer el número de «Sugar Blues» y follar luego con los clientes que me solicitaran. Otras dos veces a un local de peep show del centro de Madrid, donde en un habitáculo reducido, redondo, sobre un canapé que giraba muy despacio y lleno de gasas y cojines, me desnudaba sensualmente y me masturbaba a la vista de los clientes que se asomaban por unos ventanucos como de ojo de pez. Al final terminé por acostumbrarme, pero al principio me daba la risa de ver sus caras allí asomadas. Tenía la sensación de que yo estaba en un batiscafo sumergida en el fondo del mar mientras

hombres-sirenos que nadaban libremente en el exterior me observaban deseosos de que saliera para poder follarme. Esta idea le hizo mucha gracia a Jürgen hasta el punto que quiso probar la sensación y un día se metió dentro mientras yo le observaba por una ventanita. No tengo que decir que esto fue antes de que comenzara el espectáculo del día.

En el Peep Show no había horario porque funcionaba unas 18 horas diarias seguidas, con diferentes chicas. Íbamos según unos turnos que nos asignaban, y lo mismo te podía tocar a las 12 de la mañana que a las doce de la noche.

Este garito lo regentaba un marroquí, pero el dueño era un español de los que me había visto actuar en el Continental y

que tenía más salas y negocios de otros tipos. En aquella época la mayoría de los prostíbulos eran de españoles aunque era muy fácil encontrar a gente del este o magrebíes como encargados. Aquí no se ejercía la prostitución, pero si era lugar de acuerdos para contratarnos a las chicas, que íbamos a algunas de las pensiones cercanas para satisfacer a los clientes. Ya dije que la inmensa mayoría de los clientes de este tipo de locales van a buscar un alivio rápido y solitario pero a veces aparecía alguno con más pretensiones y con algo de dinero. Entonces, cuando salías de la cabina, el encargado, al que llamaré Abdul por ponerle un nombre, te decía « acércate a la pensión con este señor, que

te quiere echar un polvo». Entonces el tipo se agarraba de tu brazo y te acompañaba, como de novios, a la habitación que ya estaba pactada con la señora que la regentaba. Normalmente, eran magrebíes algo más acomodados que los que miraban, pero también acudía mucho español solitario y al borde de la depresión. En estos casos, a veces tenías que oír unas historias terribles de desamor o de desgracias encadenadas que te ponían al borde de las lágrimas si tenías un poco de sensibilidad. Te daban ganas de no cobrarle o incluso de darle dinero, pero yo no tenía esa posibilidad. Ni qué decir tiene que con esa gente no tenía orgasmos, aunque procuraba ser lo más

cariñosa posible a pesar de que generalmente era gente sucia y desaseada que, además, eran pobres hasta en sabiduría sexual.

Muy de vez en cuando me tocaba alguien más despabilado, que sabía lo que quería. Algún hombre que no le gustaba contratar en la calle, por aquello del pudor de que lo vieran, pero que disponía de algo más de «cash» para alquilar a una puta de *peep show*, siempre más caras que las de la calle.

Tuve uno así a las pocas semanas de comenzar el trabajo, quizá en la segunda o tercera semana. Primero asomó su cara de rata por una de las ventanas de ojos de buey de la cabina donde hacía mi número. Ya lo conocía de alguna otra

vez. Tenía una cara inolvidable, con los dientes superiores adelantados como una rata, y los ojillos redondos y negros. Era magrebí y más adelante supe que era argelino.

Cuando salí de la cabina, el encargado me lo presentó. Me dio la mano con una sonrisa. Normalmente, te dan dos besos o ni siquiera eso, pero este se mostró muy ceremonioso y hasta amable. Luego, sin embargo, no me acompañó del brazo a la pensión. Él fue delante y yo lo seguí, como hacen los musulmanes normalmente, que la mujer sigue al hombre.

Una vez en la pensión el tipo se sentó en la cama y me observó con ojo profesional. Yo moví un poco el culo y

las caderas para excitarlo. Iba con minifalda vaquera y zapatos de plataforma, con una blusa transparente, sin sujetador. Como era invierno, cuando salía a la calle me ponía una chaqueta de larga gorda larga hasta las rodillas. No es que me abrigara mucho pero suficiente para andar los escasos metros que separaban mi lugar de trabajo de la pensión.

Me quité el abrigo despacio dejándolo caer al suelo, a mis pies.

—Ven a comerme el rabo —me dijo el cliente con una voz de siseo, quizá debido a la peculiar forma de sus dientes, pero en buen castellano.

Me adelanté, me puse de rodillas ante él y me metí entre sus piernas. Le

desabroché el cinturón y la bragueta. Le saqué la polla. No llevaba calzoncillos y, para mi sorpresa, estaba bastante limpio y tenía un miembro más que respetable, aunque no estaba excitado. Este detalle no me llamó la atención en ese momento porque quizá, aunque yo pensara que era la puta más experimentada del mundo, no tenía suficiente camino recorrido. Desde entonces sé que cuando te contrata un tipo normal lo suyo es que tenga un empalme de campeonato. Pero aquel magrebí solo la tenía morcillona, gorda y flexible. Me gustó, sinceramente. Además, cuando no apesta (lo normal en estos casos) ya tiene mucho terreno ganado.

Comencé a mamársela despacio. Pensé que merecía la pena hacerle un buen trabajo. Poco a poco fue reaccionando y su pene fue inflamándose estimulado por mis lengüetazos y el frotamiento de mis labios. Comencé a excitarme yo también y mi coño se mojó mucho.

Cuando aquella polla ya tenía unas dimensiones muy considerables, el señor me apretó la cabeza a fondo. Hasta el momento había estado pasivo, con las manos apoyadas en la cama, observándome. Me sorprendió aquella reacción repentina que me metió la polla hasta el fondo de la garganta provocándome arcadas y casi asfixiándome.

Traté de retirar la cabeza de moldo instintivo pero él me la sujetó con fuerza al tiempo que cerraba las piernas y me atrapaba con los muslos. Le eché media papilla y solo entonces él me liberó un poco. Yo iba a sacar la cabeza pero apenas tuve tiempo de coger un poco de aire, porque volvió a meterme la polla entera hasta que sus cojones tocaron mi barbilla. Al tiempo puso sus piernas sobre mis hombros inmovilizando mi cabeza.

Pensé que quería matarme. Lo digo de verdad. Nunca nadie me había hecho algo así. Tuve nuevas arcadas o la papilla me subió de golpe. Me salió por la boca y la nariz, dejándome sin respiración.

Estaba mareada cuando el cliente aflojó la presa y me empujó. Me caí al suelo de costado, a sus pies pensando que había llegado mi hora. Pensé que ahora iba a rematarme, no sé cómo, por lo que me quedé en el suelo, jadeando para respirar deprisa y con los puños apretados por su tenía que defenderme. Yo era sumisa pero no gilipollas. Aunque no hubiera tenido ninguna opción contra aquel hombre, alto y fibroso.

Pero él se limitó a ponerse en pie. Se desnudó rápidamente y me dio sus pantalones.

—Lávalos —me dijo señalando al lavabo que había en la habitación—. Venga, zorra, levanta.

Me incorporé despacio y desconcertada. Tomé los pantalones que estaban sucios de mi vómito y los lavé en el lavabo poco a poco, sin meterlos enteros porque supuse que tendría que salir de allí con ellos puestos. Yo tenía los ojos llorosos y me picaba la nariz por la acidez de mi vómito. Mi cara era un poema, como pude comprobar en el espejito sobre el lavabo.

No había terminado de limpiarlos cuando Cara de Rata (lo llamaré así desde ahora) se acercó a mí por detrás. Lo vi venir en el espejo y me puse tensa. Pero no podía hacer gran cosa. Alargó su mano y la metió bajo mi falda. Me sobó el coño, que ya se me había quedado completamente frío. Me

acarició despacio, apartando con un dedo el tanga mínimo que llevaba. Me subió la falda hasta la cintura, dejando todas mis nalgas al aire. Se pegó a mi culo. Estaba excitado pero su polla tenía restos de mi vómito. Lo sentí frío y desagradable al contacto con mi piel.

Deje de frotar el pantalón, pero él me ordenó que siguiera.

—Me gusta follarme a una mujer mientras friega o hace la comida, ¿sabes?

Seguí limpiando el pantalón a pesar de que ya había eliminado todos los restos de vómito. Él sustituyó sus dedos por el pene, que colocó entre mis piernas, duro, frío y pringoso. Me sujetó por las caderas y comenzó a hace

movimientos pélvicos como si me follara, pero sin penetrarme. Se limitaba a frotarse contra mis nalgas. Su polla iba y venía entre mis piernas hasta alcanzarme el clítoris después de separarme los labios vaginales. Luego se retiraba y la colocaba entre mis nalgas.

Se refregaba contra mí mientras yo estaba allí de pie, ligeramente inclinada hacia adelante, simulando que lavaba. Me comencé a excitar poco a poco cuando comprendí que no tenía intención de matarme sino que era su forma de excitarse. Me avergoncé de mí misma, de pensar lo peor, cuando ya debía saber que los hombres buscan su placer formas extrañas y muchas veces

(demasiadas) haciendo daño a las mujeres. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de eso a esas alturas en las que había tenido clientes que me sacudían? ¡Y con un amo que me daba palizas!

—Las blancas sois orgullosas pero en el fondo no sois diferentes a las de mi raza —me dijo al oído mientras me sacaba las tetas—. Os gustan los hombres dominantes que os follen mientras hacéis las tareas de la casa. Es una lástima que tengamos aquí una plancha o un fogón para joderte bien dentro mientras planchas o cocinas.

Ya me estaba dando tironcitos de los pezones sin dejar de refregar su polla contra mis labios vaginales, chocando

contra el clítoris, siempre por fuera de la vagina. Mi grado de excitación era máximo y él veía mi cara de zorra salida en el espejo.

—Te estás poniendo supercachonda, ¿he, perra?

—Sí, señor —admití en un jadeo—. Estoy muy excitada.

Pese a mi grado de alteración sexual me di cuenta de que acabaría follándome sin condón, algo que a Jürgen no le gustaba con los clientes de este tipo.

—Por favor, póngase un condón.

—Calla, puta.

—Se lo ruego, señor —insistí—, si quiere lo hago yo. Se lo pondré con la boca, verá que placer…

Me pegó una bofetada y después un tirón de pelo hacia atrás.

—Perra, cállate de una puta vez o te estrello la cara contra el espejo —me advirtió. Volví a tener por un instante ese temor a su violencia, que no era solo verbal—. Tú limítate a ser complaciente y una buena puta.

Traté de hablar, incluso hizo un movimiento como para soltarme de sus manos, pero él entonces me agarró de los hombros y me giró de golpe. Me puso ante él. Estábamos pegados y me colocó la polla entre las piernas, como si fuera la barra de una bicicleta, presionando hacia arriba pero por fuera de mi vagina. Me miró severamente. Me metió un dedo en la boca y se lo chupé

como si fuera la polla. Lo hizo durante un par de minutos. Yo no había perdido la excitación, pese a todo. Estaba deseando mamársela de nuevo, aunque me la clavara tan dentro que me hiciera vomitar.

Sacó el dedo complacido, despacio, haciéndolo resbalar entre mis labios húmedos. Luego me besó. Con aquellos dientes de rata que tanto me habían desagrado al verlos por primera vez. Abrí los labios y dejé que me penetrara con la lengua. Su violencia y frenesí me hicieron daño porque me chocó dos veces los dientes con los míos pillando de por medio un labio. Pero lejos de enfriarme, me puso a mil. Besaba muy bien y su boca tenía un sabor y un olor

tan varonil que me rendí completamente. Aquel hombre me había llevado a un estado de excitación tal que mi entrega era completa y absoluta. Lo besé con las mismas ansias que demostraba él, como si aquella fuera la boca de Jürgen. Le pasé la mano por la nuca para atraerlo hacia mí aun más aunque no tenía intención de separarse un milímetro de mí. Al contrario, empujaba tanto que yo me clavaba el lavabo en la espalda mientras su miembro seguía jugando entre mis muslos, chapoteando en unos labios vaginales inundados de flujo pringoso.

Lentamente bajó sus manos y me agarró de las nalgas. Me levantó hasta sentarme en aquel mínimo lavabo. El

pantalón, ya lavado, había caído al suelo pero el lavabo contenía algo de agua. La sentí fría en mis nalgas y un poco en la espalda cuando me acomodó allí, despatarrada, con los hombros apoyados en el espejo.

Fue entonces cuando me penetró. Su polla me entró despacio pero inexorable en un coño completamente vencido a su poderío sexual. Suspiré de placer y me corrí. Le bastó una acometida para que yo me derramara en un éxtasis brutal a pesar de la incomodidad de la postura. No tengo que explicar a las damas que esto leen la diferencia tan brutal entre follar con condón y hacerlo a pelo.

Según me estaba convulsionando de placer por el orgasmo, me pegó tres

bofetadas en la cara que solo lograron excitarme más. Mi orgasmo culminó con un squirt que admiró a mi cliente y me premió con unos tirones de pezones que me hicieron daño.

Él no se había corrido aún y no parecía tenerlo previsto por el momento. Cuando se dio cuenta de que mi orgasmo había acabado y estaba desmadejada como una muñeca, sentada en el lavabo, me bajó de un tirón de pelo.

—Te has corrido enseguida, como una puta lujuriosa y te ha gustado que te pegara.

Tuve que admitir que era cierto. Lo hice con un gesto de la cabeza. Él me mantenía agarrada del pelo, con las tetas fuera y la mini subida hasta la cintura.

Se me había mojado algo.

Se escupió en la mano y la puso delante de mi cara.

—Chupa —me ordenó.

Obedecí. Lamí el escupitajo de su mano. No había terminado cuando él me la restregó por toda la cara. Me la apretó fuerte contra la boca y la nariz sin soltarme el pelo que me sujetaba con la otra. Luego me escupió directamente en la cara i siguió restregándome.

—Tienes cara de puta, ¿nunca te lo han dicho?

—Sí, señor, muchas veces —reconocí. Era verdad, mucha gente me había dicho que pese a mi juventud tenía cara de guarra.

—Me gustan las putas que además de serlo lo parecen. Y que les gusta ejercer la prostitución. ¿A ti te gusta?

—Me gusta ser una puta, señor. Nadie me obliga.

—Ya veo que te corres con el primero que llega…

—No, señor, no con todos —admití —. Con muchos clientes tengo que fingir.

—¡Vaya, pero conmigo te corriste bien, zorra!

—Sí, señor. Usted folla muy bien.

Cara de Rata soltó una carcajada y me zarandeó la cabeza con dos tirones de pelo.

—¿Sabes por qué? Porque tengo

media docena de cerdas como tú a las que me follo a diario antes de enviarlas a hacer la calle.

Aquella confesión me sorprendió. Pensé que era un putero pero en realidad parecía ser un proxeneta. No tuve mucho tiempo para pensar. Siguió hablando.

—Pero son unas zorras negras todas ellas que trabajan porque no tienen más remedio. Ninguna es como tú, tan entregada y tan salida. Un día de estos trabajarás para mí y te follaré mientras me haces la comida.

—Señor, yo tengo amo y…

Me pegó un bofetón en la cara para que me callara. Escupió en el suelo y me ordenó lamerlo. El suelo era de losas de

azulejo de mala calidad y estaba sucio, pero obedecí sin rechistar. Me arrodillé y lamí el escupitajo. El aprovechó el momento para colocarse detrás de mí, en cuclillas y sodomizarme violentamente.

Me dolió. Me penetró con fuerza en un momento en el que mi culo no estaba dilatado, aunque sí húmedo aún por el flujo del coño y la corrida.

Grité de dolor pero él me sacudió varias nalgadas y me sujetó apoyándose en mi espalda.

—Calla, perra, y sigue lamiendo el suelo.

Escupió a un lado y sin sacarme la polla del culo, con dos tirones, me colocó la cabeza junto al escupitajo.

—¡Lame, lame, lame!

Lamí el suelo sin parar a pesar de que ya estaba limpio como una patena, pero a él le gustaba verme así, humillada mientras me sodomizaban con fuerza.

Cara de Rata comenzó a gemir de gusto. Yo le veía de reojo en lo alto, casi sentado en mis nalgas mientras culeaba en redondillas como solía hacer yo. Me llamó la atención la forma de follarme el culo, tan diferente de otros hombres que hacen metisaca. Quizá era obligado por la postura pero él no la sacaba. La mantenía dentro y solo hacía círculos.

Volví a excitarme, aunque no al ritmo de él. Acabó corriéndose dentro de mi

culo y pensé que Jürgen me castigaría por ello. Después de correrse, Cara de Rata se puso en pie y a mí me colocó en cuclillas. Me agarró la cabeza y me la metió en la boca. Todavía estaba dura y tenía un fuerte sabor a mi ojete sucio. Se la lamí a fondo, limpiándosela en cada rincón.

El semen que Cara de Rata me había inyectado en el ano comenzó a escurrir y a gotear en el suelo. Noté que me burbujeaba. Había sido una ración de leche merengada.

Cara de Rata me apartó cogiéndome del pelo y me señaló el charquito viscoso que había en el suelo, entre mis piernas.

—Lámelo —me ordenó—. No vamos

a dejarle a la señora la habitación llena de parches.

Aquel hombre sabía cómo tratar a una sucia zorra. Me arrodillé de nuevo y lamí el semen mientras él se vestía. Lo sorbí e hice gárgaras con la lefa de Cara de Rata. Le encantó verlo. A todos les gusta. Sin excepción.

Cuando terminé de limpiar el suelo me asee y salí de la pensión con mi cliente. Para mi sorpresa, mi amo estaba abajo.

—¿Qué tal, Jamal? —le preguntó a Cara de Rata sin mirarme a mí—. ¿Te gusta la puta?

—No está mal —el muy cabrón rebajó la opinión que tenía de mí, no sé

con que objetivo—. Ha sido un buen polvo, pero se resistió cuando la follé sin condón.

—¿Se resistió? —Jürgen me miró, alarmado, como si fuera lo peor que le podían decir. Lo cierto es que siempre me decía que me portara bien con los clientes, que no quería recibir quejas. Pero también me había dicho varias veces que siempre usara condón con los clientes.

—Sí, bueno, solo un poco —Cara de Rata rectificó algo su primera impresión —. No le gustó que no me pusiera un preservativo, pero con dos hostias se le pasaron las exigencias. Luego se portó como una buena zorra. La vedad es que es una joya.

Jürgen me cogió por la muñeca y me metió de nuevo al portal. Allí, oculto a la vista de la gente, me dio dos hostias.

—¡Te tengo dicho que seas complaciente con los clientes y no les rechistes! —me soltó otra hostia que me dejó la cara ardiendo.

Yo pedí perdón y bajé la vista.

—Vete al peep show y espérame allí, zorra hija de puta. Ahora voy yo que tengo que hablar con Jamal de negocios. Ya te ajustaré las cuentas luego.

Me marché cabizbaja y a punto de llorar por lo que consideraba una gran injusticia, aunque ya sé que el amo tiene derecho a pegar a la esclava sin motivo. Pero una cosa es que el capricho del

Dueño le lleve a pegarte por gusto, algo que asumes como lógico y natural, y otra que lo haga porque has sido mala puta.

Cuando me iba tuve tiempo de escuchar a Cara de rata que trataba de echarme un cable diciendo que lo había hecho divinamente todo.

Llegué al Peep show y el encargado me dijo que me preparara para otro pase. Normalmente estábamos en la cabina una media hora. Entré al espectáculo sin ganas y probablemente con la cara más seria de lo normal porque de pronto vi al encargado por uno de los ojos de buey que me hacía una seña estirándose la boca con los dedos. Me ordenaba que sonriera. No me costó cumplir. Me desnudé con hacía

siempre, me toqué, pero sin ganas, y excité a los clientes que miraban y se pajeaban en sus cabinas.

Al salir me tropecé con Jürgen, que me estaba aguardando con una sonrisa. Me dio un brazo y un beso con una gran sonrisa.

—Has hecho bien en resistirte un poco cuando te quiso follar sin condón —me dijo para mi sorpresa. Como mi cara debió de ser de confusión completa, me lo aclaró—. Te pegué solo para que lo viera el cliente.

—¿No te importa que me haya follado a pelo? —pregunté cada vez más desconcertada.

—Este sí podía follarte sin condón.

Lo conozco y está sano —me tomó de brazo y me quitó de en medio de la puerta de la cabina porque iba a entrar otra chica—. Es un proxeneta para el que vas a trabajar tres semanas después de Navidad. En enero.

—Ah, bueno, haré lo que digas... Yo —no sabía qué decirle porque no tenía ni idea de sus planes.

—Vístete que nos vamos a cenar y a tomar unas copas —le dijo muy animado —Te explico durante la cena.

Me llevó a un restaurante cercano y me explicó que me quería poner a hacer la calle como puta barata y que para no tener problemas con las otras putas o los proxenetas lo mejor era integrarme en una cuadra de chicas con chulo. Así lo

llamó, *cuadra*, porque nosotras éramos como el ganado. Y ese chulo era Jamal (nombre supuesto), un argelino que llevaba muchos años en España y estaba perfectamente asentado en el negocio. Sus chicas, todas negras nigerianas, trabajaban en la Casa de Campo sin problemas. Tenían su espacio hecho y eran respetadas por las demás.

Jürgen me explicó su plan a largo plazo. Era primera vez que lo hacía y no volvió a hacerlo nunca más. Su intención era endurecerme en todos los campos de la prostitución y del sexo extremo en los meses que quedaban hasta finales de junio porque en esas fechas me enviaría a Bahréin con Ahmed para pasar el verano. Quería que fuera con la

suficiente experiencia acumulada para estar a la altura del amo árabe.

Tuve un vértigo enrome al saber aquello. Porque, además, me dijo que aunque me acompañaría, se volvería enseguida y me quedaría allí sola durante todo el verano, más o menos. Yo ya había viajado al extranjero, pero siempre con mi amo, nunca sola.

Pero Jürgen me consoló y tranquilizó. No debía preocuparme si era obediente, sumisa y complaciente, algo que tenía ya muy asumido. No obstante, yo tenía a Ahmed idealizado. Me imaginaba su casa como un palacio de las Mil y una Noches con cientos de mujeres bellísimas como Tamita o la que había subastado Jürgen. ¡Y qué hombres!

Ayudantes negros fornidos, de pollas descomunales. Bellísimos. Yo allí sería una Cenicienta.

Mi amo se río a carcajadas cuando le transmití estos pensamientos y me dijo que, al contrario, sería un princesa con mis zapatitos de cristal y que Ahmed quedaría encantado conmigo.

Me tranquilizó a medias y enseguida desvío la conversación hacia lo que me esperaba en los próximos días y semanas, que no era otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar.

Lo de Jamal sería después de Año Nuevo, es decir, ya en el año 2000. Caí en la cuenta, entonces, de que mi 20 cumpleaños sería en Bahréin, lejos de casa y de mi amo, bien diferente de

aquel en que cumplí mi mayoría de edad en el barco de Arty y mi amiga Bárbara…

Creo que Jürgen, que estaba en modo encantador, se apiado de mí.

—Pues celebraremos hoy tu veinte cumpleaños —me dijo entusiasmado—. Haremos lo que tú quieras. ¿Qué te apetece hacer?

Aquel repentino ofrecimiento me abrumó. Naturalmente, estaba halagadísima de que mi amo se pusiera a mi disposición para que decidiera yo, pero eso mismo me llenó de responsabilidad porque yo era ya incapaz de tomar una decisión medianamente compleja, de organizar o de decirle a mi señor lo que había de

ser. De modo que salí por donde pude de la forma más sencilla. También con lo que más me apetecía.

—Quiero ir a bailar y después que me folles hasta que amanezca y este hechizo se deshaga, como el de Cenicienta.

Jürgen asintió, complacido. Llamó al camarero, pagó la cuenta y nos fuimos de la mano. Estuvimos en varios garitos del centro. Bailamos, bebimos y nos drogamos. Sí, nos metimos varias rayas de coca. Yo iba como flotando. Nunca me había sentido tan ligera y tan poderosa, tan pletórica. Porque al efecto de las drogas había que sumarle mi felicidad, que era un elemento mucho más poderoso que cualquier

estupefaciente. No sentí el frío a pesar de que hacía mucho y yo iba medio desnuda, con el vestuario del trabajo.

Todo el mundo nos miraba y no creo que fuera por mi aspecto de zorra (les parecería que Jürgen se había ligado a una puta esquinera), sino porque nos veían felices. Me los hubiera follado a todos si Jürgen me lo hubiera ordenado, de uno en uno o todos a la vez. No hubiera dejado un pipiolo sin vaciarle los cojones. Pero esa noche ara solo mía y de mi amo y señor, de mi vida, de mi razón de vivir.

Llegamos al apartamento nuevo muy tarde, quizá serían las cinco o las seis de la madrugada. No sé. Era noche cerrada y el frío era intenso, pero

cuando crucé la puerta del piso ya estaba desnuda. Mi amo me había quitado la ropa en el ascensor, tenía la falda por la cintura y uno de sus dedos metido en el culo.

La noche fue salvaje. Me folló durante horas y me corrí media docena de veces. Jürgen lo hizo en tres ocasiones. En todas ellas me inyecto su semen en el coño, bien dentro, sin alardes ni caprichos. Como un hombre enamorado hace con su chica. Me hubiera gustado quedar preñada de trillizos esa noche. No recuerdo muy bien cómo se desarrolló todo porque iba cargadísima de alcohol y drogas, algo que además de excitarme sobremanera me provoca cierta amnesia. Lo cual es

bueno en términos generales, al menos en mi caso, porque si bien es cierto que momentos importantes como este se me pierden en el limbo de la memoria para quedar como acontecimientos difusos que solo entreveo a través de una confusa niebla, también ha servido (mucho más importante) para olvidar muchos episodios de mi vida posterior a este que fueron dramáticos, infames, nefastos, a partir de que Jürgen me abandonara. Mejor no recordarlos… Ni ponerse tristes ahora por ellos porque les estoy relatando momentos muy felices. Mucho.

Aquella noche salvaje de placer sexual nos dejó completamente agotados y pasamos todo el día siguiente en la

cama, abrazados, amándonos de vez en cuando con extrema suavidad. Metiéndonos más coca, aunque apenas sin beber. Jürgen anuló todas mis citas y la suyas. Fueron 24 horas de ensueño.

Jürgen hizo un alto en nuestro encamamiento para salir a la calla a comprar una tarta. Como me había prometido, celebramos por adelantado mi vigésimo cumpleaños.

Hasta que tocó despertar y volver a la realidad. El trabajo me esperaba de nuevo.

Hice dos trabajos de sexo extremo en los días siguientes. Uno lo consiguió Jürgen directamente y el otro vino a través de JC. En realidad de parte de uno de los jefes de la noche que había asistido a mi presentación en el Continental, pero que se nos acercó a través del gordo JC.

Les contaré solo esta segunda y fue muy pocos días antes de Navidad. Se trataba de una pareja de mediana edad. Un matrimonio atractivo de mucho dinero. Estuve en su casa, un chalet no muy lejos, precisamente, de donde vivo yo en la actualidad.

Me llevó Jürgen en el coche y me

dejó en la puerta. Fui vestida elegantemente, con vestido de noche negro de tirantes, escotado. Hasta los pies. Sandalias de tacón fino y sin ropa interior. Naturalmente, llevé un abrigo encima porque hacía mucho frío. No sabía nada de lo que tendría que hacer ni de lo que harían conmigo.

Me abrieron la verja de la casa y tuve que caminar un poco hasta llegar al porche de la casa. Allí estaban, con la puerta abierta, recortados ante la luz interior de la vivienda, los dos componentes del matrimonio.

Vistos así, al trasluz, tenían buenas figuras. Altos y esbeltos. Ya era de noche aunque todavía era pronto, sobre las ocho de la tarde. Era la hora a la que

me habían citado, justo antes de la cena.

El hombre se adelantó a recibirme. Vestía traje oscuro, con corbata. Muy elegante. No era guapo de cara aunque irradiaba personalidad. Estaba delgado y tenía facciones duras y manos fuertes y nervudas. Me dio dos besos, se hizo a un lado y me presentó a su esposa.

Ella vestía un traje también negro, como yo, aunque incluía algunos adornos plateados a juego con sus sandalias. Era elegante, rubia de bote y con la piel algo quemada por exceso de sol o rayos uva. Su cutis, debido a eso, era seco y sus facciones tan duras o más que las de su marido, aunque la dulzura de sus ojos verdes suavizaban el conjunto.

Me saludó dándome dos besos. Sus manos, que me puso en los hombros al besarme, estaban frías y húmedas, de tal modo que contrastaban con la sequedad aparente de su cutis. Probablemente estaba tan nerviosa como yo por la situación aunque tenía la sospecha que ellos estaban más acostumbrados a situaciones así. Probablemente ellos, que aparentaban los cincuenta que me habían anunciado, llevaban muchos años practicando el sexo *extreme* mientras que yo era una principiante.

Me invitaron a entrar y una vez en el vestíbulo de la casa, el marido me explicó lo que se me exigiría:

—Obediencia absoluta. Nada más —me dijo con severidad.

—Sí, señor, eso haré —contesté bajando la mirada.

—Mi mujer te dirá lo que has de hacer.

Ella me acompañó a la cocina, donde estaba la cena aún empaquetada. La había pedido a una empresa de catering y solo faltaba calentarla y servirla.

—Tendrás que poner la mesa en el comedor y luego servirla. Mientras comemos estarás a nuestro lado para lo que se te ordené.

Asentí y a continuación me llevó al comedor, me mostró la mesa que había de preparar y dónde encontrar mantelería y cubiertos. Después regresamos a la cocina. Allí había una

bolsa con ropa a estrenar y un par de zapatos.

—Estás preciosa tal como has venido, pero ponte esto que te hemos comprado especialmente para ti —me señaló los zapatos—. Espero que sean de tu número. Cuando estés vestida, ve poniendo la mesa. Ah, y trátanos de señor y señora.

Me dejó sola en la cocina sin aguardar respuesta. Desempaqueté la ropa. Era una especie de salto de cama rojo de encaje de una sola pieza. Como un pijama corto, con pantaloncito y tirantes finos que se cruzaban en la espalda desnuda, todo en una pieza, tipo body. Con pespuntes negros y lazos en el pecho y en los laterales. Era muy sexy y

elegante. Lo mismo que los zapatos. Eran muy altos, con una suela gruesa que daba la sensación de ser plataforma sin serlo. Eran del tipo *peep-toe* porque tenían la puntera abierta por donde mostraba un par de dedos. Lamenté haberme pintado las uñas de un rojo en diferente tono al de los zapatos, lo que no me gustaba cómo quedaba, aunque no era culpa mía porque desconocía que me fueran a cambiar la ropa. Además, los zapatos tenían el talón al aire, sujeto con una tira y hebilla. Me recordaba a los modelos que se usaban en los años cincuenta. Muy lindos, desde luego.

Me vestí sin prisa y salí poner la mesa. El matrimonio estaba en un sofá, cada uno con un libro. No sé si fingían

leer o lo hacían de verdad, pero ambos alzaron la cabeza para mirarme cuando entré y me siguieron con la vista mientras ponía la mesa. Susurraron algo que no entendí y que sin duda era sobre mí. Nada malo, probablemente, porque lo acompañaron con sonrisas agradables.

Estaba colocando los cubiertos cuando el marido se levantó y vino hacia mí, despacio, con un vaso vacío que había cogido de la mesita auxiliar de donde estaba sentado. Me dio el vaso, que contenía un par de cubitos a medio derretir, y me hizo una seña hacia el mueble bar.

—Ponme otra copa —me ordenó.

—Sí, señor.

Tomé el vaso sin mirarle a la cara y me dirigí a la vitrina para rellenarle la copa. Supuse que era Whisky por el olor, pero pregunté para no meter la pata. Además, había de varias marcas.

—Sí, ese —me confirmó con una sonrisa—. Luego, mientras yo le servía un par de dedos de alcohol, se volvió hacia su mujer, que nos observaba sentada en el sofá—. Creo que la criada ha sido una magnífica elección.

—Lo pasaremos bien. Lo intuyó —contestó ella.

Le entregué la copa y me disponía a ir a la cocina para calentar la comida, cuando él me retuvo del brazo. Yo me quedé quieta.

Me palpó el culo con la otra mano, muy suavemente. Deslizó sus dedos entre mis piernas hasta rozarme el coño. Pero no pasó de ahí.

—Sí, va a ser una noche memorable. Adriano tiene muy buen ojo para estas cosas.

Me soltó y con un cachete en las nalgas me dio a entender que podía seguir a lo mío. No sabía quién era ese tal Adriano, pero me lo podía imaginar: el empresario de la noche que me había propuesto. Uno de los que habían visto mi estriptis por invitación de JC.

Calenté la comida, la serví y respiré hondo cuando me dispuse a llevarla al comedor. Dominaba la escena cuando se trataba de sexo pero estaba más insegura

como camarera. Seguramente esta faceta a los amos les importaría menos, pero el escenario era tan apabullante para mí que estaba muy nerviosa y quería ser tan buena camarera como prostituta. Por otro lado, me excitaba servir la mesa en paños menores. Yo también pensé que aquella podría ser una buena noche.

Cuando me vieron aparecer con la bandeja, se sentaron a la mesa, uno a cada lado. No era una mesa muy grande pero sí estaban lo suficientemente separados para no poder tocarse el uno al otro.

En contra de lo que había supuesto (en especial después de que el señor me metiera mano) no me tocaron durante toda la cena. Diría que casi me

ignoraron, hablando de sus asuntos. Solo se fijaban en mí para pedirme alguna cosa. Que les rellenara el vaso o que retirara los platos.

Eso fue hasta los postres, que había tarta. Una tarta excesivamente grande para dos personas.

Terminé de retirar los cubiertos de la comida y puse los postres. A mí, que cenó muy poco, aquella cena me pareció excesiva, con dos platos y postre con una tarta de y trufa.

Coloqué los platillos y las cucharillas y regresé fui a por la tarta, que coloqué en medio de la mesa. Supuse que sería el cumpleaños de alguno de los dos… pero en realidad la tarta era en mi honor.

Dije que iba a la cocina a por la paleta para servirla pero la señora me sujetó por el brazo.

—No hace falta, querida. Esta tarta se come sin utensilios. Sobran incluso los platillos, aunque la cucharita tendrá su gracia —me dijo ella—. Ven.

Me colocó de espaldas a la mesa y la tarta y me empujó suavemente hacia atrás. Yo me veía tumbada sobre la mesa y la tarta y me resistí un poco, pero ella me sonrió ye me dijo que no opusiera resistencia, que precisamente se trataba de eso, de que yo me sentara sobre la tarta.

Me dejé caer y el marido me acercó la tarta, que se me quedó contra el final de la espalda. No me senté exactamente

en ella pero enseguida la señora me acomodó.

—Querida, levanta las nalgas y plántalas bien encima de la tarta. No tengas miedo.

Obedecí. La tarta se chafó y se apastó con mi peso. Sobresalió espachurrada por todos los bordes de mis nalgas, se me metió entre las piernas y me empapó la bonita lencería.

No importó. La señora me separó las piernas, se arrodilló y metió su cara entre mis muslos. Me lamió la tarta, la vagina y la lencería. Yo me apoyaba con las manos en la mesa.

El marido me bajó la ropa hasta la cintura y me embadurnó los pechos de

tarta y luego la cara. Me lamió entera. Ambos estaban vestidos pulcramente aunque aquel juego comenzó a mancharles la ropa.

Como el hombre estaba de pie y la mujer arrodillada, la entrepierna del marido le quedaba cerca a la señora, que se giró y le bajó la bragueta. Metió la mano y le sacó la polla. Le puso perdido el pantalón pero no les importaba. Comenzó a lamerle el pene que ya tenía tieso y se lo llenó de tarta. Por un momento se olvidaron de mí, que seguía sentada al borde la mesa, completamente empapada de nata y trufa. Los contemplé feliz, la verdad, me gustó el juego que se traían y también me excitó convertirme en un pastelito para

cenar.

La señora me llamó y bajé al banquete. Me puse de rodillas y se la mamé. Fue una mamada compartida con la señora. Ella por un lado y yo por el otro. Chupando y lamiendo al tiempo que nos besábamos. Hacer eso me gusta mucho y me excité mucho más.

El marido aprovechó para embadurnarme bien la cabeza y el pelo de tarta que recogió de la mesa. También a su mujer la impregnó de dulce hasta que nuestras cabezas fueron una masa de nata y trufa espachurrada.

La señora me masturbó sin dejar de lamerle el pene al marido y besarme. Yo hice lo mismo con ella. Los tres teníamos nuestros sexos en manos de los

otros y gemíamos de placer. Hasta que el marido me agarró del pelo y tiró hacia arriba suavemente hacia arriba para que me pusiera en pie. No fue violento pero no me soltó y me llevó por la casa hasta el garaje, al que accedimos por una puerta interior. Estaba vacío de coches, aunque había otros cachivaches apilados. No había calefacción por lo que había una temperatura bastante fresca. No diré que hiciera frío pero en comparación con la casa, el cambio de temperatura fue brusco. Sentí un escalofrío.

Mientras el marido me ataba las manos y pasaba la cuerda por una argolla del techo, la mujer encendía una estufa de gas similar a esas que se ven

ahora en las terrazas de las cafeterías. Agradecía que la señora fuera tan sensible como yo al frío.

Quedé atada del techo, con los brazos en alto, unidos por las muñecas. No era una posición forzada. Simplemente me colocaron como dispuesta para recibir una tanda de azotes. Me pareció lo más razonable en esos momentos. Y hasta me apetecía si no eran muy violentos.

El señor me arrancó el body. Lo destrozó literalmente y me hizo algo de daño con los tirones. Lamente que rompiera aquella prenda tan sexy, aunque estuviera pringosa de tarta.

Me quedé completamente desnuda ante ellos, que también se desnudaron. La estufa de gas me calentaba toda la

parte frontal, demasiado quizá, pero me dejaba la espalda fría en un contraste de temperatura muy desagradable, aunque no era el momento para remilgos.

—Está espectacular, ¿no te parece querida? —dijo el hombre refiriéndose a mí mientras esparcía la tarta por mis pechos y el resto del cuerpo por donde la ropa había evitado que me manchara mucho—. Solo con esos zapatos y vestida de dulce.

Ella no respondió. Simplemente sonrió. Se abrazó a mí y me besó apasionadamente mientras me lamía y sobaba. Traté de responder con mi boca, peor su lengua era huidiza y se me escapaba hacia los diferentes rincones de mi cuerpo sin que sus manos pararan

un momento de acariciarme las zonas más sensibles.

Logró excitarme muchísimo y me retorcí de placer. No pude evitar gemir con cada caricia. El marido miraba delante de mí, con su pene tieso cubierto de de una mezcla sucia de nata y trufa.

La mujer se arrodilló a mis pies y metió su boca entre mis piernas. Me lamió el clítoris de una forma rápida y vigorosa mientras me sujetaba las nalgas con las manos. Me corrí como una furcia. Aquella lengua era diabólica y sus dedos me penetraron el ano en el momento preciso. Dos dedos, uno de cada mano, me entraron en el culo en el preciso momento en el que mis muslos comenzaban a tiritar de placer por el

orgasmo. La sodomización me excitó mucho más.

Había cerrado los ojos en el último momento llevada por el clímax, por eso no me di cuenta de que el hombre se había colocado detrás de mí. Cuando me folló el culo, sustituyendo su pene los dedos de la mujer, aún no me había relajado. Su polla me entró de un golpe, con fuerza y potencia, lubricada por la dulce sustancia de la tarta, todavía suave y fluida. Después descubrí que cuando se seca, los mejunjes azucarados se vuelven más pringosos y en lugar de facilitar la penetración, la frenan.

El hombre me folló con fuerza el culo, con energía, agarrado a mis pechos y lamiéndome la oreja. Me llamó puta y

cosas parecidas para excitarse hasta que se corrió. Me llenó a medias el culo de semen, pero la sacó cuando aún no había terminado de soltar esperma y su mujer, que seguía allí arrodillada, por delante de mí la cogió con la boca y succionó buena parte de la lefa que los testículos de su marido seguían bombeando. Yo lo notaba en sus convulsiones y sus gemidos pegados a mi oído.

La mujer subió con su boca llena de lefa y me besó. Compartimos el semen de su marido. Me lo pasó y después me ordenó que se lo devolviera. Jugamos con aquella bola cada vez más grande por la adición de saliva de ambas y algo de tarta. Hasta que ella me la escupió entre los pechos y la dejó escurrir por

mi estómago y mi vientre hasta mi pubis depilado.

Cuando el chorretón me alcanzó el clítoris, allí estaba ella con la boca abierta para recibirlo. Lo volvió a sorber y lamer con una lujuria y una ausencia de repugnancia que he visto en muy pocas mujeres. Tragó todo y subió con su lengua por mi cuerpo siguiendo el camino que había recorrido el semen del marido hasta mis pechos. Lamió todo y se lo comió. Luego me dio unos chupetones terribles en los pezones que me dolieron y me excitaron casi a partes iguales.

El marido supongo que seguía a mis espaldas porque no podía verlo. Ella se comportaba con una energía enorme. A

fin de cuentas aún no se había corrido. Era la única de los tres que seguía sin alcanzar el orgasmo. Y creo que era porque tenía cierta dificultad en conseguirlo y no porque hubieran decido que ella sería la última en correrse.

Me lamía con desesperación y entonces tuve una idea que fue maravillosa y que cuando lo pienso a posteriori no entiendo porque ella misma no me lo ordenó antes. Adelanté la rodilla y se la puse entre las piernas. Coloqué mi muslo en su vagina, que ardía. Al notar el contacto ella se acopló como una lapa. Me abrazó en un gran beso. Me sujetó fuerte mientras me besaba hasta hacerme daño en los labios y culeó deprisa, cabalgando mi muslo

como si alguien la estuviera follando de verdad. Se puso a mil, superexcitadísima. Cuando pensé que se iba a correr en esa posición, apareció el marido, se colocó detrás de ella y le metió los dedos en el culo. Le pegó varias nalgadas que resonaron en el vacío garaje y la mujer se corrió con una violencia tremenda.

Fuera ahora el marido el que se arrodilló ante nosotras dos y lamió el coño de su mujer, chorreante de flujos orgásmicos. Su nuca se apoyaba en mi pubis mientras lamía el de su mujer y me acarició con el pelo mi clítoris, que agradeció la nueva estimulación... Aunque solo fue eso.

Cuando acabaron, se levantaron y se

fueron unos minutos dejándome allí colgada. No me importó. Estaba cómoda, me había corrido y había contribuido al placer de la pareja. Ser un dulce postre al servicio de los amos me había resultado muy placentero.

Regresaron al cabo de unos minutos. Seguían completamente embadurnados en tarta. Ambos llevaban floggers cortos y comenzaron a azotarme. Ella por delante y él por detrás. Desde el primer momento noté que ella golpeaba mucho más flojo, como si quisiera acariciar mi cuerpo. En cambio él pegaba duro y cada vez más fuerte, sobre todo en mis nalgas.

Estuvieron un buen rato azotándome. Mientras él no me flagelaba fuerte las

sensaciones fueron buenas. Gemía de placer tanto como de dolor y me gustaba ver a aquella mujer gozando de mi cuerpo. Me fijé que tenía el vientre algo blando. Era madre. Era una cuarentona, como su marido, y tenía buen tipo, pese a ese detalle de flacidez en el abdomen. Sus pechos, en cambio, era grandes y se notaban algo caídos pero rellenos. También había dado de mamar al hijo.

Estaba disfrutando de la visión de aquella mujer, bella también de cara aunque con la nariz algo larga, cuando el marido me pegó un azote en la espalda que me hubiera doblado de no ser porque estaba atada al techo. A ese golpe siguió una seria de tres o cuatro más que me hicieron saltar las lágrimas

de dolor, aunque apenas emitido un quejido.

Pero ella me vio y se debió apiadar. O quizá es que el hombre se excedía en lo que tenían previsto. A mí Jürgen no me había dado instrucciones por lo que supuse que tenían campo libre para actuar como quisieran conmigo.

—¡No la pegues tan fuerte, hombre! —se quejó ella.

El marido, al que yo no veía al estar detrás de mí, debió de sorprenderse por la reconvención de su mujer y se detuvo unos segundos, probablemente perplejo.

—Pero, coño, para esto hemos pagado cien mil pesetas, ¿no? —preguntó, molesto—. Para caricias hay

miles de putas dispuestas y mucho más baratas.

—Aún así. La pegas muy fuerte.

—Porque quiero que le duela y que llore.

—Pues ya está llorando —le advirtió él.

Entonces el marido se vino frente a mí y me levantó la cara. Tenía lágrimas acumuladas en los ojos.

—¿Lloras en silencio? —me preguntó. Asentí con un gesto de la cabeza—. Pues lo que me excita son los gritos de dolor así que si quieres complacerme y que termine antes de pegarte, grita. Gime de dolor como una cerda. ¿Entendido?

—Sí, amo.

Así me gusta. Me dijeron que eras buena. No me decepciones. Querida —dijo refiriéndose a su esposa—, ponte tú ahora por detrás.

Cambiaron de posición y el marido me azotó por delante. Me golpeó duró en las tetas. Me pegaba de izquierda a derecha y derecha a izquierda para evitar un accidente con mi cara. Los pechos me ardían mientras bailaban enloquecidos de un lado al otro al ritmo de los azotes.

Grité de dolor y lloré con ganas. Los azotes de ella apenas los sentía. Eran caricias que quedaban tapadas por la paliza que me daba él.

Al poco de comenzar a gritar, se le produjo una erección. Era cierto que le excitaban mis gritos de dolor y debía ser bastante porque se le puso muy grande a pesar de que se había corrido no hacía mucho.

Fue ella la que quiso aprovechar el momento (quizá también para librarme de tanto azote) y se fue hacia él y le agarró la polla y lo masturbó mientras se besaban a escasos centímetros de mí. El amo dejó de golpearme, pero comenzó a sobarme el pecho dolorido y rojo mientras su mujer lo pajeaba con fuerza y lo besaba para que el pene no perdiera consistencia.

Me soltaron y entramos dentro. Fuimos a una habitación pequeña con

una gran cama que apenas cabía allí. Estaba cubierta con una gran sábana blanca. La tenían preparada para no manchar, aunque vi que ya tenía restos de tarta por algún lado. Seguramente la habían preparado cuando se corrieron ambos y me dejaron sola.

Entonces tomó el mando ella, para mi sorpresa porque imaginé que era él el que llevaba la iniciativa. En estos casos siempre hay uno que manda y otro se somete. Pasa en todos los tríos a los que me han llamado. Nunca están en plano de igualdad, al menos cuando practican sexo conmigo.

Ella lo empujó sobre la cama, boca arriba, y se subió encima, a horcajadas para sentarse sobre su miembro, que se

metió en la vagina inmediatamente. Comenzó una cabalgada frenética durante unos segundos. Yo estaba allí de pie. Nadie me había dicho qué hacer. Fue él el que me llamó para que me sentara en su cara. Me apresuré porque intuía que el orgasmo no estaba lejos. Me senté sobre su boca y enseguida comenzó a morderme la vagina y a lamerme mientras sus manos separaban mis nalgas y sus dedos entraban en mi ano. Pero yo estaba más pendiente de lo que tenía delante. La mujer, sin dejar de culear sobre la polla del marido, me agarró de la cabeza y me atrajo hacia ella para besarme con pasión. Pese al metisaca que la hacía botar con fuerza, logramos acompasar nuestras bocas en

un besuqueo sucio, más de lenguas que de labios que acompañamos con abundante salivación, que me escurría entre los pechos. Ella me tironeaba los pezones doloridos por los azotes pero no me importé. Me excité muchísimo. Las dos lenguas del matrimonio me daban un placer descomunal pese al dolor anterior.

No diré que nos corrimos los tres al tiempo porque no sería verdad pero lo hicimos en un intervalo muy corto. Creo que él fue el primero. El tipo se arqueó de tal modo que parecía una pieza de acero combada que quisiera elevar la polla hasta el cielo. Su esposa siguió debatiéndose en aquella cabalgadura sin concederle un segundo de tregua. Luego

me corrí yo, cuando el marido me sorbió el clítoris una vez que recuperó el resuello. Solté tal chorretón de jugos que me retiró de su cara porque se ahogaba. Lancé un gemido fuerte como le gustaba al amo. Entonces bajé mi cabeza hasta el lugar donde se producía la cópula y lamí allí como pude. El chapoteo de semen era enorme y el pene seguía erecto, pee a la corrida. Me cuidé de lamer la lefa que escurría sobre el pubis del hombre sin interferir en los botes de ella, que gemía de placer y se frotaba las tetas con fuerza.

De pronto paró se sacó el rabo del marido.

—¡Cómeme el coño! —me ordenó en un jadeo.

Yo me lancé a por ella como si tuviera hambre de meses. Chupé su vagina con especial dedicación al clítoris y se corrió enseguida. No paré de lamer y sorberlo todo. Semen, flujos vaginales, sudor… Todo lo que empapaba aquellos dos pubis satisfechos lo lamí y lo tragué con grandes lenguetazos en los que no escatime gemidos y ruidos al sorber. Lugo me metí la polla en la boca, que ya se aflojaba a marchas forzadas, y la limpié a fondo.

—Túmbate boca arriba, cariño —me ordenó la señora.

Lo hice en sentido contrario al marido. Sus pies quedaron cerca de mi cara. La mujer entonces se sentó en mi

boca como antes yo había hecho con su marido.

—Sórbeme todo el semen que vaya escurriendo, Sandy.

Creo que fue la primera vez que pronunció mi nombre. Me gustó y traté de agradarla lo mejor posible. Aspiré su coño para extraer hasta la última gota del semen de su marido. Ella se dejaba hacer y noté que se relajaba porque su culo se aplastaba contra mi cara hasta dejarme sin respiración. Con mis manos fui separando sus nalgas para dejar hueco a mi nariz. Respiraba y me sumergía de nuevo entre sus carnes, como una buceadora que busca perlas. Las perlas que me recompensaban a mí eran el continuo goteo de lefa en mi

boca.

No entiendo cómo hay mujeres a las que no les gusta el semen, en especial si es de sus maridos o parejas. No hay manjar más grande para una hembra que el fruto del placer de un macho. El semen es el agradecimiento que ellos nos brindan de forma visible y ostensible. Muchas mujeres fingen los orgasmos. Ellos no pueden. Son sinceros y honrados y siempre nos premian con el fruto de sus testículos, amasado y guardado para nosotras. ¿No es para estar felices cuando nos lo regalan?

El hombre se levantó y se fue. Quedamos nosotras solas. Comenzamos un 69, por iniciativa de ella, y nos lamimos completamente la una a la otra.

Ella incluso me limpió la tarta de mis zapatos. Los lamió como una perra esclava y después me los quitó y me chupó los pies.

Al cabo de un buen rato, ambas estábamos calientes de nuevo. Muy calientes. El marido regresó con un strap-on, ya sabes una arnés con una polla de látex. Imaginé que nos iba a follar con eso ya que no tenía fuerzas para que se levantara por tercera vez en tan poco tiempo. Pero no fue así. Entregó el arnés a la señora y la ayudó a ponérselo mientras yo observaba tumbada en la cama.

Cuando estuvo lista, la mujer se tumbó sobre mi y me folló con la polla de látex como si fuera un hombre,

mientras su marido miraba. Al cabo de pocos minutos yo me corrí y el marido estaba medio empalmado solo de mirarnos. No sé si se había tocado porque cuando la dama se echó sobre mí para joderme en un magnífico misionero yo me concentré en ella y me olvidé de él.

Al correrme, la mujer se levantó y le ordenó al marido que se pusiera a cuatro patas a mi lado, lo que le entusiasmó. La esposa se colocó un condón en el strap-on y lo enculó. Lo hizo con cuidado pero tampoco necesitó demasiado preparativo. La polla de látex le entró enseguida y muy profunda. El tipo gimió de gusto. La mujer se inclinó hacia adelante, se apoyó con una mano en su

espalda y con la otra le buscó la polla metiendo la mano entre las piernas por detrás. Seguía semierecto y tiró hacia atrás del pene sin dejar de cabalgarlo. El hombre gemí de placer como un cerdo e el matadero. Yo estaba fascinada del poder que ejercía aquella mujer sobre su marido y el placer que era capaz de darle tratándolo como a una hembra. Y cómo el tío gozaba al ser sodomizado con aquel aparato que se había encastrado su mujer.

—Ven, puta —me dijo ella, sacándome de mi estado de fascinación —. Metete debajo y cómele el rabo y los cojones hasta que se corra.

Me apresuré a obedecer. De hecho estaba deseando que me dejaran

participar en aquella fiesta matrimonial. Ahora el 69 lo hice con el marido. Yo le comía la polla mientras su mujer lo enculaba, y él me lamía el coño empapado.

Me ayudé de la mano para pajearlo fuerte hasta que volvió a correrse. Lo hizo en mi boca y no dejé escapar ni una gota. Supuse que la esposa, como la vez anterior, me quería como receptáculo para guardarlo y entregarle después toda la lefa.

Pero no fue así. Saó la polla de latex del culo del marido y me la hundió en la boca haciando que el semen me rebosara por todos lados. Echó al marido con doz azotes en las nalgas y volvimos a quedarnos solas. Aquella mujer usaba al

marido como simple juguete sexual.

Ella estaba muy excitada, pero por el momento prefería hacer el papel de macho con aquel nabo artificial que sabía a mierda del ano del marido. No me disgustó lamerlo. Al contrario, me excitaba, aunque estaba recién corrida y no me calenté mucho.

Pero aquella hembra era un portento sexual y volvió a llevarme al clímax unos minutos después. Primero sacó su polla de mi boca me colocó de rodillas en la cama. Me besó, sorbió todo el semen de mis labios y lamió el que se me había esparcido por la cara cuando me penetró la boca con el pene de látex. Luego, con la boca a rebosar de mis babas y el semen de su marido, me agaró

de un brazo y con un gesto me dio a entender que me pusiera a cuatro patas como había estado su esposo.

Cuando me coloqué, me aplastó la cabeza contra la cama y me alzó las nalgas con un tirón de caderas para colocarme con el culo alzado. Me separó las nalgas con las manos, me metió dedo en el culo y después un segundo. Luego escupió todo en mi ano medio abierto y me folló con el strap-on. Como a su marido. No tuvo tanta delicadeza como con su esposo, pero mi ano estaba para recibir lo que hiciera falta. Me folló con dureza mientras me daba fuertes nalgadas con ambas manos. Me excité muchísimo. Que usara la lefa del marido como lubricante en mi ojete

me encantó. Deslicé una mano hacia mi coño y me froté con fuerza toda la raja que volvía a humedecerse mucho.

Ella se dio cuenta de que me masturbaba y le gustó. La polla de látex reventándome el culo a toda velocidad, poniéndome el anillo anal en combustión por el rozamiento, me llevó al clímax y estaba a punto de correrme cuando ella sacó su polla de mi culo, se arrodilló detrás de mí y me comió el coño al tiempo que me frotaba el clítoris con la mano.

La dedicación de aquella mujer para darme placer era muy rara y la premié con una soberana corrida que me hizo convulsionar mucho. Se me cerraban los muslos inconscientemente y ella me los

sujeta separados y me pellizcaba para que no la privara del placer de sorberme los jugos.

Normalmente, en más del 90 por ciento de los casos en los que me han contratado, el objetivo es dar placer al cliente. Mi placer es irrelevante y así me lo había enseñado Jürgen. Pero aquella mujer era una de los pocos casos que conocí que gozaba dando placer a la puta de turno. Al menos esa fue mi visión al principio, pero era completamente errada. La señora trabajaba para su propio placer, que era el de beber, lamer y sorber los jugos sexuales de los otros, ya fuera su marido o yo. Su placer lo obtenía gracias al orgasmo de los demás. Nos exprimía.

Nos ordeñaba.

Cuando me lamió todo lo que que quiso, se masturbó con ambas manos sin sacar su cara de entre mis muslos. A mí su lengua y sus labios ya me irritaban la vulva cuando se corrió retorciéndose en la cama.

Al cabo de unos minutos se puso en pie, salió de la habitación sin decirme nada y al cabo de pocos minutos regresó vestida con una bata y sin el arnés. Me trajó una gran manta, me dio un beso y se despidió de mí.

—Hasta mañana —me dijo—. Descansa, te lo has ganado.

Me arropé con la manta y me acurruqué en la cama llena de flujos por

todos lados. Estaba muy cansada y hambrienta, pero me quedé dormida enseguida.

Dormí tan bien que fue la señora la que vino a despertarme a la mañana siguiente. Me besó y me entregó la ropa con la que había acudido a la cita.

—Vístete que vamos a desayunar —me dijo y se marchó.

Me apresuré en vestirme. No me sentía limpia sin ducharme pero no estaba entre mis derechos darme una ducha en casa de los amos si ellos no me la ofrecían. En cambio la señora estaba radiante, se había bañado y perfumado y vestía un vestido sedoso muy elegante.

Estaba en una especie de cenador

cubierto cerca de la piscina. Era un lugar recogido y agradable, caldeado por el sol radiante de una mañana, sin embargo, bastante fría. Al verme llegar, la señora, que ta estaba sentada en una de las sillas, me invitó a acompañarla. Era un lugar sumamente agradable. Me sirvió zumo de naranja natural de una jarra que había en el centro de la mesa y poco después llegó el marido con una bandeja con dos desayunos. Uno para mí y otro para la señora. Aluciné de ver al amo de camarero, aunque lo hacía de forma muy distendida y natural.

Ella le invitó a sentarse pero él lo rechazó.

—Ya he desayunado en la cocina. Prefiero dejaros solas para que habléis

de vuestras cosas.

Yo no terminaba de sorprenderme en aquella casa. Ahora la señora me sentaba a su mesa y me trataba como a una de sus amigas de la alta sociedad. Porque era evidente que aquella casa y en la zona en que estaba solo podía ser propiedad de gente con mucho dinero.

—Nos ha gustado mucho tenerte en casa —dijo eufemísticamente la señora — y queremos que vengas en más ocasiones. ¿Te apetece?

—Sí, señora, todas las veces que ustedes quieran. Yo también he gozado mucho. Muchísimo, en realidad. Ha sido una experiencia maravillosa.

A la señora la hizo gracia muy

expansividad. Yo era joven por aquel entonces. Hoy día no se me ocurriría permitirme ese arrebato tan espontáneo.

—Me alegro de que disfrutaras. La idea que tenemos en mente para la próxima vez es traer también a otro hombre —la dama dudó un momento y luego añadió—. Un puto, quiero decir. No un amigo, sino contratar a un hombre como tú un prostituto, si existe esa palabra. ¿te importaría?

Esta vez fui yo la que sonreí. Me hizo gracia la dificultad que tenía aquella mujer para decir determinadas cosas en situaciones normales. No, desde luego, para hacer otras cuando estaba metida en faena.

—Por supuesto que no, señora, pero

eso deberá hablarlo con mi amo, Jürgen. Él es quien decide todas estas cosas.

—Claro, naturalmente.

Terminamos el desayuno mientras hablábamos de muchas otras cosas. Atraía por acento me preguntó por mi tierra. Yo le hablé de las Islas Canarias. Nada, vaguedades para pasar el rato. Ella me dijo que le gustaba mucho y que iba de vacaciones de vez en cuando.

Al cabo de un rato volvió el marido, esta vez acompañado por Jürgen. Me puse en pie y fui hacia él. Me arrodille a sus pies y le besé los zapatos. No me levanté hasta que él me lo ordenó. Mi comportamiento no sorprendió a los anfitriones porque supongo que sabían de sobra lo que sucedía y cual era

nuestra relación de amo-esclava. Pero cuando me levanté percibí unas sonrisas de complacencia que me gustaron. No había rechazo ni incomprensión, más bien al contrario.

Ya en el coche, de vuelta a casa, Jürgen me hizo contarle paso a paso lo que había sucedió en la casa. Asentía de vez en cuando, complacido. Cuando acabé me dijo que lo había hecho bien y que los clientes quedaron muy satisfechos, según le había contado el marido nada más llegar. Me apretó una mano y me sentí feliz y a gradecida como una perra a la que le premian con una golosina después de hacer bien un difícil ejercicio.

Hablábamos de forma distendida e

igualitaria. Era una de esas veces en las que el amo me permitía tratarlo de tú a tú. Me permití entonces la licencia de transmitirle una duda que me había venido en la casa. Le dije que me había parecido rara la sesión de azotes, como forzada, impuesta de forma artificial en aquella noche que pasamos juntos.

—Tengo la sensación de que han querido que fuera una sesión de BDSM pero sin saber qué hacer…

El amo sonrió y me dio la razón.

—Es cierto, perra mía. Llevas tantas palizas encima que no se te escapan nada —me reconoció—. Es un matrimonio que se está iniciando en el BDSM pero no saben muy bien. Te han pegado de una forma muy… intuitiva.

Sin criterio ni formación alguna. Quizá para la próxima vez necesiten contratar también un máster que los dirija.

—Él me pareció muy entregado, de hecho ya te he dicho que se dejó sodomizar por ella…

—Es que es una pareja en la que la dominante es ella. Sin saberlo, son un matrimonio cuckold, en el que él es la parte débil, está sometido a la mujer y dedicado a complacerla, incluso buscándole hombres para que se la follen mientras él mira.

—Pues no fue el caso conmigo —me atreví a contradecirle.

—Porque en esta ocasión buscaban alguien a quien azotar y es muy difícil

encontrar hombres para eso en Madrid. Tendrían que haberse gastado una gran fortuna para traerlo del extranjero…

—Una pequeña fortuna he costado yo. Hablaron de cien mil pesetas…

—¿Te parece mucho? —Jürgen esbozó una sonrisa burlona.

—Es un dineral.

—En qué poco valoras tu trabajo, Sandy.

Me encogí de hombros, desconcertada. ¿Cien mil pesetas era poco dinero? Esa cantidad superaba el sueldo mensual de muchos trabajadores en España e aquella época, si no recuerdo mal.

—Es un precio de oferta, querida —

continuó mi amo—. Aún no te conoce nadie en este mundillo. Has de hacerte un nombre. Dentro de poco tu precio se duplicará o triplicará. Quizá hasta se multiplique por cinco por diez…

Me marearon esas cifras. No sabía hablaba en sentido figurado. ¿Quine pagaría por mis servicios diez veces más que el matrimonio con el que había pasado la noche y por qué? ¿Un millón de pesetas? ¡Qué locura!

—Claro, que tus servicios no se quedarán en simples azotes y unas enculadas de novatos. Sufrirás más. Bastante más.

Me quedé callada el resto del viaje. ¿Podía sufrir más que con las palizas que él mismo me había dado? Recordé

algunos momentos, como aquella Navidad en la sierra de Tenerife… Me estremecí. Era indudable que podría ser peor. Sin duda. No hay límites para el dolor, siempre se puede incrementar más. No es como el amor, que una vez entregado todo no queda nada en la reserva para entregar más adelante. Así me sentí yo con mi amo, rebosante de amor por él e incapaz de entregarle una pizca más. Era imposible que lo quisiera más. No me reservaba ni un ápice.

En los días antes de Navidad hice varios trabajos en el Continental, bailé *Sugar Blues* tanto en la pole general como en pases privados e incluso acudí una vez más a casa del matrimonio del que les acabo de hablar. Fue una sesión parecida a la que ya les he relatado, sin una cuarta persona como me había comentado la señora y tampoco hubo un máster en BDSM que los asesorara. Todo eso vino después.

En estas fechas prenavideñas, sin embargo, conocí a alguien que luego ha sido fundamental en mi vida, tanto a veces pienso que ha sido un factor de equilibrio emocional en los días malos y una tabla de salvación en pésimos. Le

hablo de Óscar. Imagino que la mayoría de ustedes que me leen desde el primer libro y los que me siguen en Twitter estarán contentos de que por fin aparezca este hombre en los relatos. Y me imagino al propio Óscar leyendo esto con la expectativa para ver qué digo de él. ¿No es así, Óscar?

Óscar era empresario de la noche. Tenía entonces dos whiskerías en sendos barrios de Madrid. No era de los importantes y, por ello, no había estado en aquella primera audición que montó JC para introducirme (nunca mejor dicho) en el mundillo madrileño de la prostitución.

A Óscar llegué, sin embargo, como no podía ser de otra manera, por mi

trabajo de prostituta en el Continental. No me vio la primera vez pero sí en las siguientes. Se fijó en mí y le gustó el número que tan ensayado tenía de Sugar Blues.

Como todas las cosas importantes, Óscar llegó de una forma inesperada, tranquila y casi diría que irrelevante, sin sospechar lo que sería después para mí en un futuro no muy lejano.

Una noche, después de mi número de *Sugar Blues*, repetido por enésima vez en la barra del prostíbulo, y después de que acabara con unos clientes a los que había calentado con mis contoneos, Jürgen me lo presentó en una de las barras.

Ellos estaban tomando unas copas

cuando me acerqué yo.

—Sandy, te presentó a Óscar. Quiere contratarte —me dijo mi amo, que solía ser muy directo en todo.

Yo supuse que se trataba de otro cliente con el que acostarme y le sonreí dispuesto a subírmelo a una de las habitaciones. El tío me resultó muy agradable a la vista, era guapo, amable y bien vestido, cosa que no podía decirse de todos los que iban por allí. Era unos veinte años mayor que yo, al menos eso calculé porque le eché sobre los 38 o 39 años. Me apeteció follármelo porque, además, el cliente anterior me había dejado con la miel en los labios y con ganas de correrme. Había tenido que fingir un gran orgasmo ante la

incapacidad del tío, que ya iba muy caliente y se había corrido sin darme opción a mí. Así eran la mayoría de los clientes que me follaban en el Continental.

—Bien —respondí, dándole dos besos—, preguntaré qué habitación está disponible.

—No, querida, no soy un cliente —me dijo Óscar—, quiero contratarte para una fiesta en uno de mis locales. Una celebración navideña. Me gusta el numerito de estriptis que haces y mis putas tienen dos pies izquierdos.

No entendí eso de los pies izquierdos y me dejó algo confundida.

—Que no saben bailar —me aclaró

Jürgen.

—Eso es. Son sensuales, mueven el culo con erotismo pero solo son zorras que sirven copas con las tetas al aire. Nunca hemos preparado un número como el tuyo.

—¡Oh, claro! —admití como no podía ser de otra forma—. Haré lo que Jürgen me diga…

Nos interrumpió la llegada de una de las putas fijas del local. Una bielorrusa alta, rubia y con unas tetas de plástico descomunales. Ahora la recuerdo con unos pechos como los míos actuales, pero entonces me parecían asquerosamente grandes y contranatura. Imagino a Will, el adorable gerente del Atlas, diciéndome en mis inicios allí

que prefería las tetas naturales y que como las mías no había ninguna, ni siquiera las de mi gran amiga Bárbara…

La zorra recién llegada le hizo dos carantoñas a Jürgen y lo encandiló. Le tomó de la mano y tiró de él para llevárselo arriba. Pero mi amo se resistió un momento. Solo los instantes necesarios para darme las instrucciones pertinentes.

—Óscar te explicará lo que quiere de ti —me dijo. Luego se volvió hacia él —. ¿Te importaría llevarla a casa si yo no he regresado en un par de horas?

Óscar asintió y mi amo se marchó con la bielorrusa. Los seguí con la mirada y comprobé que por el camino se les unía otra puta de características

similares. Los tres subieron al piso superior.

Yo no soy celosa, eso que quede claro. No lo soy por naturaleza y después por educación. Me han enseñado que el amo tiene derecho a usar todas las mujeres que quiera, para eso es un macho y además dominante. Un máster, un domador de putas. Y Jürgen necesitaba otros coños que le alegraran la vida. Con uno, el mío, no tenía suficiente, lo que hacía que me enorgulleciera de él. Porque lo consideraba mío. Bueno, en realidad era al revés, yo era de él, pero ustedes me comprender. Yo era la puta exclusiva de mi amo y aunque me había dicho por activa y por pasiva que no me amaba y

que solo me tenía como negocio, lo cierto era que yo, Sandy Durmmond, era la que ocupaba su cama la mayoría de las veces. Las otras zorras pasaban pero yo me quedaba, ya fuera como amante fija, como objeto de comercio insustituible o como lo que fuera. Pero ambos éramos pareja: amo-esclava, sí, pero unidos por un vínculo que habíamos sellado no hacía mucho ante otra gente como nosotros.

Por eso no me importaba que se follara a otras, aunque fuera por parejas.

Pero Óscar interpretó mi mirada como un atisbo de celos que no me atrevía a exteriorizar. Sabía que era una sumisa sexual pero no alcanzaba a comprender todavía el nivel de nuestra

relación. Estaba acostumbrado a las miserias de sus chicas y de su propia mujer, otra zorra que sacó de detrás de la barra para llevarla al altar y de la que hablaré más adelante.

—¿Te molesta que tu chico se vaya a la cama con esas dos? —me preguntó con toda crudeza. Lo bueno de hablarles a las putas es que no hay que andarse por las ramas ni iniciar rodeos como con una dama a la que tratan de conquistar.

—En absoluto —contesté con una sonrisa—. Mi amo es muy dueño de entretenerse con otras. Es muy hombre y tiene para repartir.

La respuesta me salió algo chulesca. Ventajas de las putas, que no tenemos

que hacernos pasar por damiselas remilgadas. Pero a Óscar no debió parecerle sincera mi respuesta y me miró de forma extraña, entre irónico y condescendiente. Quizá incluso apiadándose de mí.

—¿Me invitas a una copa? —pregunté recordando que JC nos tenía dicho que procuráramos inducir a los clientes a hacer gasto. Si no querían follar, que bebieran. Óscar no era cliente pero tampoco podía permitirme el lujo de estar de cháchara en la barra. JC no lo entendería.

—Por supuesto, pero vayamos a una mesa.

Óscar me tomó de la mano y buscó una mesa libre. No había muchas

disponibles pero sí las suficientes para poder elegir una tranquila. Nos sentamos y pedimos dos gin tónics al camarero.

—¿De veras tienes 19 años? —me preguntó, supongo que para abrir el fuego. Yo asentí—. Pues aparentas unos cuantos más.

—¿Cuántos?

—Veinticuatro o veinticinco.

Creo que era completamente sincero. Siempre he parecido mayor de lo que soy. Ojalá esa percepción se mantuviera hoy día, a punto de cumplir 36 con veinte años sobre mi cuerpo de violencia sexual, palizas y golpes.

—Sí, eso me ha abierto muchas puertas antes de tiempo, pero es algo

que me resulta satisfactorio. Hubiera preferido ser más aniñada.

—¿Por qué? —Óscar parecía sorprendido—. La mayoría de las chicas quieren crecer rápido para vivir la vida.

—Yo solo quise ser mayor de edad para poder escapar de casa de mi hermana —argumenté—. Por lo demás, de haber parecido más infantil podría haber hecho más dinero en Tenerife con algunos clientes que buscaban menores.

Creo que Óscar paso de sorprendido a asombrado, lo que me provocó placer.

—¿Te hubiera gustado que te explotaran sexualmente cuando eras menor de edad? —me preguntó algo molesto—. ¿Jürgen te hubiera entregado

a pederastas?

Callé unos instantes para reflexionar. Creo que me había metido en un berenjenal por hablar demasiado. Justo lo que mi amo me tenía dicho que no hiciera: ser bocazas. Traté de salir del paso lo mejor que pude y, sobre todo, con sinceridad.

—No, creo que Jürgen no lo hubiera hecho. Tuve un amo anterior, un serbio, que sí —guarde silencio unos instantes. Pensé en confesarle que me acostaba con mi papá desde niña, pero me arrepentí. No lo entendería. Poca gente entendía el amor que sentía por mi padre —. A mí no me hubiera importado. Como dices, mi cuerpo siempre ha parecido mayor. Creo que mi mente

también. He vivido mucho y deprisa en estos últimos años. ¿Se puede ser mayor de edad teniendo menos de 18 años?

—No entiendo lo que quieres decir. O eres mayor de edad o no lo eres. Depende de tu carné de identidad —me dijo con una lógica aplastante.

—Pero no te fijes solo en el DNI —trate de hacerle comprender mi punto de vista—. Yo soy una mujer más madura de lo que dice mi DNI, no solo en lo físico, sino en lo mental. Probablemente encuentres allí —señalé hacia el escenario en el que dos chicas hacían un número lésbico para calentar más el ambiente— chicas con más edad que yo pero mucho más infantiles…

—Eso es cierto, pero la ley es la ley

y dice que es ilegal la prostitución de menores.

—¿Nunca te has follado a una menor? —al fin logré desviar la conversación.

—Aunque lo hubiera hecho, depende de la edad. No siempre es pederastia. Depende de la edad del varón, de la chica, etc. El asunto es complejo. Lo que está claro es que la prostitución con menores está penada.

Lo miré intensamente. Aquel hombre no era como en resto de los proxenetas que había conocido en aquel lugar. De hecho no era un proxeneta, sino un empresario del sexo que luego conocí muy bien y que jamás forzó a las chicas que trabajaban para él ni utilizó a ninguna que viniera forzada.

Me cayó muy bien y estaba deseando trabajar para él. Caí en que no sabía qué quería de mí, al menos con detalle.

—Dice Jürgen que quieres contratarme para un trabajo muy concreto. ¿De qué se trata? —pregunté después de dar un trago largo a mi copa. Él apenas bebió de la suya.

—Quiero hacer una cena de navidad con unos amigos —me explicó—. Ya sabes, la típica cena que se hace en las fechas previas a estas fiestas. Y quiero rematarla con tu estriptis. Es un número fantástico.

—Gracias. ¿Nada más? ¿Sin sexo posterior? —pregunté intrigada.

—Por supuesto que sí. Tendrás sexo,

aunque no estarás sola en eso. Mis chicas de las whiskerías también estarán disponibles. Pero tú serás la reina. Habrá unos veinte comensales, todos varones y después de verte bailar seguro que todos ellos quieren follarte. ¿Lo has hecho con veinte a la vez?

Tuve cierto vértigo. Naturalmente, había estado con mucha gente. Solo en mi collarización creo que había más. Pero no había hecho un trabajo profesional con veinte machos.

—Podré hacerlo si no se pelean entre ellos. Solo tengo tres agujeros —Óscar lanzó una carcajada—. Y dos manos.

—No te preocupes. Como te digo, habrá otras seis chicas que harán de camareras durante la cena y después

estarán a disposición de los invitados. Tu misión será calentarlos, algo que no creo que resulte muy difícil porque lo haces muy bien y ellos son de rápida combustión.

—¿Solo sexo? ¿Sin violencia?

—Sí, nada más que sexo. Al que se atreva a darte un azote le parto la cara —me dijo con una sonrisa.

—No hace falta que seas tan duro. Me gusta un poco de violencia —confesé—. Me excita.

—Ya me ha dicho Jürgen. Pero a esos animales no puedes decirles eso porque les das la mano —me tomó una mano— y se toman el brazo entero —me la besó. Era un tipo adorable.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estarás en la cena?

—Por supuesto que sí. Soy el anfitrión.

—¿Y me follarás?

—Sí, el primero —hizo una pausa—. Pero antes de la cena. No me metería entre esa jauría sedienta de sexo ni de broma.

—¡Anda que me animas! —protesté en broma porque su opinión de los amigos a los que me iba a entregar no era precisamente tranquilizadora.

Me sonrió y se puso en pie.

—Ven, vamos a bailar.

Lo seguí a la zona de baile. El show de las chicas lesbianas había acabado y había sido sustituido por música romántica para bailar agarrados. Era la mejor forma de fomentar entre los clientes más fríos las ganas de subirse a alguna de las chicas a las habitaciones.

No obstante, solo había tres o cuatro parejas bailando. El resto estaban sentadas entre las mesas haciendo gastar en copas a los clientes, la mayoría de los cuales les metían mano y las besaban con la complacencia de ellas. Para eso estaban allí.

Me agarré del cuello de Óscar y él me rodeó la cintura con sus manos, que poco a poco fueron deslizándose hasta mis nalgas, donde se quedaron atoradas,

palpándome a su gusto. Yo no me quedé atrás y mientras bailaba le metía el muslo entre sus piernas para calentarle. No noté que estuviera erecto.

Me habló al oído, muy cerca. Tanto que sentía su aliento haciéndome cosquillas en la oreja. Le pregunté por su local y me dijo que tenía dos. Uno en pleno centro de Madrid, en un edifico muy viejo, y el otro en uno de los distritos periféricos, y que estaba sopesado la idea de abrir un tercero porque la cosa marchaba.

Recordé que le había visto un anillo de oro en uno de los dedos.

—¿Estás casado? —le pregunté en un susurro.

—Sí, y tengo un hijo.

—¿Y qué piensa ella de tu negocio?

Se encogió de hombros y sonrió.

—Si no hubiera sido por el negocio, no la hubiera conocido. Empezó siendo una de mis chicas toples.

No sé por qué no sorprendió aquella confesión. Iba con lo poco que había descubierto de su carácter desprendido de Robin Hood de las putas. Así se lo dije y se partió de risa.

—¿Yo un Robin Hood de la zorras? —no paraba de reírse—. La verdad es que tienes mucha gracia, Sandy. No solo eres una belleza sino que eres divertida.

—Guapa, graciosa…

—Y madura. Tenías razón cuando

decías que no hay que fiarse del DNI.

—Ya te lo dije —asentí complacida.

—Lo malo es que la policía y el juez no atienden a chistes —me reconvino—. Solo miran la ley.

Nos quedamos mirándonos unos instantes. Muy cerca. Hasta que suavemente lo atraje hacia mí con las dos manos, que puse sobre su nuca sin dejar de bailar. Él se dejó hacer y lo besé suavemente. Al principio fue solo un tanteo. Como si él explorara el terreno. Nuestras lenguas jugaron sin dejar de mirarnos. Luego los labios se pegaron. Me gustó el tacto y el sabor de aquel hombre. Su pene, que estaba pegado a mi cuerpo y que yo trataba de estimular no parecía inmutarse ante mis

provocaciones. Por un instante se me pasó por la cabeza que podría ser gay, como JC. ¡Dios Santo, la Internacional Gay controla el mundo del puterío madrileño! Pero no podía ser posible, que estupidez. Quizá era como Jürgen, que además de saber controlar bien su entrepierna, estaba acostumbrado a tratar con putas y no era de «gatillo fácil».

Después de un par de minutos de besarnos con una intensidad que hubiera derretido a cualquier varón normal, Óscar retiró la cara un poco para mirarme mejor.

—Besas muy bien y musleas mucho mejor —me dijo.

—Gracias. ¿Qué es eso de muslear?

—le pregunté, aunque sabía de sobra a lo que se refería. Un término que yo jamás había usado ni oído hasta ese momento.

—Frotarme la polla con el muslo para que me excite —me dijo con naturalidad—. Lo haces muy bien. Pero es muy burdo.

—Contigo no ha dado resultado —le respondí con una sonrisa, muy lejos de sentirme descubierta y mucho menos avergonzada por ello.

—Estoy acostumbrado a tratar con mujeres, no te sientas decepcionada por el efecto de tus poderes femeninos. Eres pura lujuria, nena. Tu boca es como para correrse —calló un instante en el que no dejamos de bailar y el no paró de

sujetarme el trasero—. Te diré algo. Eres la puta más sexy que conozco. No es normal que con tu juventud una zorra esté tan bien preparada. Jürgen ganará mucha pasta contigo.

—Muchas gracias —me sentí halagada de verdad.

—Pero no te voy a contratar para que bailes con los clientes y mucho menos para que te entretengas morreándolos.

—Ya supongo —acerqué mi pubis al suyo, que no estaba mucho más alto y me froté con descaro—. Se trata de follar.

—Y hacer mamadas. También de poner el culo… No habrá preservativos.

Asentí y le dije que era mi amo quien decidía esas cosas y yo las aceptaba.

Pero le advertí de que no usar condón podría echar para atrás a los hombres. A la mayoría no le gusta usar a una mujer que está pringada del semen de otros.

—Eso será problema de ellos —me dijo encogiéndose de hombros—. Pero para eso están las otras putas.

—¿Con ellas usarán condón?

—No, estarán en igualdad de condiciones que tú, pero si te cubren de semen hasta el punto de que des asco, ellas lo lamerán y te dejaran lista para seguir usándote.

Se me vino a la cabeza esa situación y me puse muy cachonda. Dos o tres putas lamiéndome todo el cuerpo para lavarme la lefa que un grupo de

hombres ha dejado sobre mí para dejarle lista para el uso de otro grupo de hombres salidos e impacientes…

—¿Y tú no quieres usarme? —le dije con voz sensual—. Ahora estoy muy limpia y también muy cachonda.

Óscar sonrió y miró su reloj de pulsera. Hizo un chasquido de fastidio con la lengua.

—No, es hora de irme. Te llevaré a tu casa como le he prometido a tu amo.

Me tomó de la mano, fuimos a la barra y pagó las copas. Después recogimos nuestros abrigos en el guardarropa y salimos al exterior. Hacía un frío espantoso y yo iba muy vaporosa bajo el abrigo. Me abrazó

como si fuera su mujer y me gustó mucho. El que me daba no era el trato habitual entre una puta y su cliente, y mucho menos entre el chulo y su zorra. Caminamos por la gravilla del aparcamiento y me ayudó a subir a su viejo coche. No dejaba de sorprenderme. Todos (y cuando digo todos, es todos) los empresarios de la noche tiene cochazos, grandes y nuevos. Todos menos Óscar, que apenas daba importancia a las apariencias y parecía el tipo más desprendido del mundo.

¿Creen que estoy haciendo una descripción demasiado laudatoria de Óscar? ¿O que le hago la pelota ya que hoy día es mi agente? Pues no, creo que me estoy conteniendo bastante en los

halagos.

Me llevó a casa a una velocidad moderada mientras hablábamos de mí. Me preguntó más cosas, algunas que no tenía claras de mi relación con Jürgen. Dijo que era una clara situación de dependencia y yo no traté de contradecirlo. A fin de cuentas, ¿no es dependencia lo que tiene una persona de su amante cuando está enamorada?

Lo que más le chocaba era que lo tratara como mi amo. Me dijo que conocía el BDSM e incluso había conocido algunos casos de parejas así, pero que en la mayoría de los casos era un juego y no para las 24 horas del día. En cualquier caso, no entendía que yo no viera una sola peseta y todo lo que

ganaba se lo quedara mi amo.

—Las putas sois egoístas por naturaleza y adoráis el dinero —me dijo.

Aquello me molestó y por primera vez le contesté con algo de descortesía, de lo cual me arrepentí al minuto siguiente, y no solo porque mi amo me hubiera abofeteado de haber estado allí sino porque aquel hombre no se lo merecía. Pero yo era joven e impulsiva aún, de vez en cuando.

—Yo no soy una puta —le dije endureciendo la voz, mirando al frente, a la carretera—. Soy una esclava sexual que cumple el papel que le encomienda su amo. Ahora hago de puta contigo y mañana puedo hacer de ponygirl con

otro o de lámpara, mesa o gato muerto…

Óscar me miró sorprendido por mi respuesta, pero no percibí que se ofendiera. Seguí hablando.

—Creo que son los proxenetas quienes adoran de verdad el dinero…

Decir aquello y reducir la velocidad fue todo uno. Estábamos a punto de abandonar la M-30 para entrar en la ciudad.

—Tú no serás una puta pero yo tampoco soy un proxeneta —me dijo con el mismo tono que había empleado yo—. ¿No has aprendido nada de lo que hemos hablado en el club? El proxeneta tiene putas a las que obliga a trabajar. Yo no tengo putas, todas las mujeres que

trabajan para mí lo hacen libremente y cobran un salario que les permite vivir. Alguna incluso mantiene a sus hijos y a algún marido borracho.

Quería que me tragara la tierra. Le había dicho lo peor que se le puede decir a un empresario de la noche que se considera (y lo es) decente. Me hubiera gustado dar hacia atrás a la manivela del tiempo para corregir aquella sarta de estupideces que había dicho desde que subí al coche. Como si aquella birria de automóvil provocara interferencias en mi cerebro y me obligara a decir gilipolleces. Ahora solo faltaba que se arrepintiera de haberme contratado y anulara el acuerdo con Jürgen. Mi amo me mataría. Estaba a punto de llorar

pero me contuve y solo rompí el silencio espeso que se había hecho entre ambos para pedirle perdón una vocecita que apenas me salió del cuerpo.

No me di cuenta de que estábamos casi en casa. Óscar aparcó el coche algo lejos y pensé que me tocaría ir andando. No me importaba con tal de acabar con aquella situación tan incómoda. Pensé en invitarlo a subir conmigo para que me follara peor no atreví tal como estaban las cosas.

Abrí la puerta del coche.

—¿Dónde vas?

—A casa, ¿no? —respondí en un susurro asustado.

Óscar sonrió condescendiente y

rompió de golpe el mal rollo que se había instalado entre nosotros. O el que yo creía que se había formado.

—He parado aquí para que me la chupes —me dijo sin el menor atisbo de rencor y malestar hacia mí—. Quiero probar el género. Luego te ordenaré que hagas de lámpara o de gato muerto. Ya veré.

El alma se me inundó de felicidad. Le desabroché el pantalón, metí la mano bajo su slip y le saqué la polla. Estaba deseando hacerlo desde que lo conocí. La tenía como suele decirse morcillona. No estaba excitado pero tampoco la tenía hecha un guiñapo. Me agaché y me la metí en la boca. Se la chupé despacio mientras le pajeaba con suavidad.

Él no me dijo nada. Ni me dio instrucciones ni me tocó un pelo. Simplemente me dejó hacer mientras dejaba caer los brazos a lo largo de su cuerpo. Me estaba examinando y procuré hacérselo bien. No tardó en ponérsele dura. Le acaricié los cojones como pude. Hacer una mamada en un coche, con los pantalones y los calzoncillos puestos y una palanca de cambios de por medio no es sencillo. Pero me esmeré y trabajé sin prisas.

Creo que él puso mucho de su parte para que todo fuera bien e hizo por correrse pronto. Cuando al cabo de unos diez minutos de mamada, cada vez más intensa, noté que la polla se le ponía tensa y daba una primera palpitación, me

sentí muy feliz. En ese momento, Óscar me colocó las manos sobre la cabeza y apretó para que su polla me entrara hasta el fondo. Aguanté las arcadas cuando su glande me alcanzó el fondo de la garganta. Se corrió en lo más profundo de mí sin un gemido. Me permitió que me la sacara un poco para que respirara.

—Trágate todo el semen, que no se me manche el pantalón —me ordenó—. Solo faltaría que mi mujer me hiciera una escena.

Me hizo gracia aquella demostración de temor hacia su mujer en el momento justo en que acababa de correrse. Pero yo no iba a dejarle mal. Retuve todo en mi boca y lamí una parte de lefa que se

había escurrido hacia mi mano. Se la dejé limpia como una patena.

—¿No quieres follarme? —le ofrecí —. Si quieres subir a casa…

—No, otro día —se enfundó la polla y arrancó. Dos minutos después estábamos ante el portal de casa—. Tiempo habrá más adelante —añadió cuando detuvo el coche—. Nos vemos.

Me bajé y me fui a casa sin mirar atrás. Estaba contenta de haber conocido a aquel hombre… diferente.

LA VERSIÓN DE ÓSCAR SOBRE CÓMO CONOCIÓ A SANDY

Quiero que me perdonen esta intrusión en el relato de Sandy. A ambos nos pareció ofrecer a los lectores mi versión de cómo la conocí. Yo soy Óscar, el actual agente de la puta Sandy Durmmond. A quienes hayan leído los libros anteriores de Sandy no les resultaré desconocido. Tampoco si la siguen por Twitter porque en esa red social irrumpo sin avisar igual que en este libro.

Dicho esto les prometo que no les defraudaré, aunque solo sea por la

revelación que les haré un poquito más abajo, no tardando mucho.

Yo era empresario nocturno y tenía un par whiskerías de topless y prostitución en Madrid. Nada muy importante pero muy saneado y más que suficiente para vivir con holgura. Evidentemente no era de los más destacados en la profesión, por eso JC no me invitó a esa audición de las que les ha hablado Sandy. Digamos que yo era del segundo nivel, como tantos en Madrid.

Por aquel entonces estábamos en vísperas de las fiestas navideñas de 1999, cuando ganaba espacio la psicosis del año 2000, que parecía que el mundo se iba a hundir, los relojes digitales a reventar el internet a colapsar. Yo, y los

que eran como yo, estábamos más preocupados por los negocios. En concreto, yo quería dar una buena cena de navidad a un grupito de buenos amigos y mejores clientes. Los VIPS de mi negocio por llamarlos de alguna forma. Quería organizar una cena en uno de mis locales que estuviera servida por mis chicas como camareras y amenizada por un buen estriptis. Y cuando digo bueno quiero decir bueno. Cualquier de mis putas podría haberlo hecho encantada (alguna se cabreó por no haberla elegido) pero es que ellas eran buenas follando, poniendo copas y agitando las tetas mientras servían gintónics en las mesas. De bailar poco y mucho menos con sensualidad.

Por entonces había oído hablar de una tal Sandy que lo hacía de lujo en el Continental. Me informé bien y resultó que era una de las pupilas de Jürgen, un alemán que conocía desde hacía tiempo. Jürgen eran un conseguidor profesional de chicas para grandes capos. Se le daba muy bien encandilar a las jovencitas para luego entregárselas a los grandes millonarios que no tenían tiempo ni ganas para ir de putas. No es que fuera un proxeneta como yo tampoco lo era. Que yo sepa, lo mismo que yo, Jürgen jamás forzó ni obligó a nadie. Si que le había visto, tiempo atrás abofetear a algunas putas que, en lugar de mandarlo a tomar por culo, luego le besaban la mano. Tenía un poder

acojonante para someter al sexo femenino a pesar del aspecto tan extremo que tenía con esos piercings por todo el cuerpo. Pero eso parecía encantarle a sus putas. O al menos tenía un imán para un tipo de mujer determinada y él sabía luego como reducirla a su voluntad.

Hacía tiempo que no lo veía.

Fui al Continental una noche que JC me dijo que bailaba Sandy. Quería verla antes de contratarla. Ya de entrada les adelanto que me impresionó. Primero por cómo movía el culo al ritmo de una música muy sensual que, según me dijo JC mientras tomábamos una copa, había elegido Jürgen, su amo. Cuando JC me digo que el alemán era su dueño tuve

que explicarme con detalle el tipo de relación que tenían. «Otra a la que dará de hostias», pensé para mí.

La chica era muy joven y me terminaba de creer que solo tuviera 19 años. No solo por su aspecto sino por la madurez y la profesionalidad que tenía. He tenido trato con muchas mujeres dedicadas a esto y puedo asegurar que no había conocido a nadie igual. A las chicas que tuve en mis clubes con 20 años acabé echándolas por estúpidas. Así como lo leen. Los clientes se pirran por follarse a una veinteañera pero son remilgadas, ponen pegas para todo y al final no cumplen como deben. Un culo tierno es un placer de dioses pero que la dueña de ese culo se esté lamentando

con que si le duele o si no se traga el semen y cosas así… mejor una buena hembra de 30 años, bien follada, resabiada y que te sonría mientras te come la polla aunque esté apestosa porque ese día no has tenido tiempo de lavarte.

Como decía, JC me puso al día sobre la chica, que atraía todas las miradas mientras bailaba, cosa muy difícil en un prostíbulo tan grande donde cada cual está a lo suyo con una zorra sentada en sus rodillas.

El culo de Sandy hipnotizaba y cuando terminó de bailar y se quedó en pelotas arrodillada, con las piernas separadas mostrando al público su coño jugoso mientras fingía masturbarse, hubo

desbandada para pedir cita con ella.

JC me la ofreció pero le dije que no. Me había puesto la polla morcillona pero no soy de los que se dejan llevar por el primer impulso. En mi negocio sería fatal. Ya lo hice una vez y acabé casado con un niño. Era muy joven.

Sandy recogió la ropa y se marchó.

—Hace solo tres clientes por noche —me dijo JC—. Decisión de su amo. Y uno ya suele estar apalabrado. Los otros dos puestos son para los que más corran.

—¿Por qué solo tres? —pregunté sorprendido del negocio que se perdía —. Hoy podría hacer treinta…

—Cosas de su dueño. Dice que no quiere que se desgaste —JC se rió de la

broma, aunque había algo de cierto en ello—. No, en serio, lo que pasa es que la quiere para sexo extremo, ya sabes, palizas, BDSM, cuerdas, azotes…

—Entiendo.

—Ahí es donde gana pasta con ella. Aquí nos la deja casi regalada. Por cinco mil pelas se folla cualquiera de estos —señaló a la gente que ocupaba las mesas a nuestro alrededor.

—¿Solo cinco mil?

—Sí, a primera sangre.

A «primera sangre» era un término que se usaba antiguamente en los duelos, especialmente a espada, en los que el vencedor era aquel que le causar una herida sangrante al rival. Así se

evitaban muchas muertes. JC, que era muy novelero, lo usaba para referirse a la corrida del cliente. En lugar de sangre se refería al semen. Es decir, que el servicio de Sandy acababa cuando el cliente se corría.

—No creo que le duren mucho los clientes —auguré.

JC se rió y me dio la razón. Luego me puso la mano en la pierna y me preguntó por mi mujer. Había sido una de sus chicas.

—¿Qué tal con Tania? ¿Sigue tan guapa como siempre?

—Sí, hecha un bombón —respondí con cierta desidia porque no iban bien las cosas con mi esposa y además no me

gustó que me tocara así. Aunque no era la primera vez que lo hacía. Andaba detrás de mí desde que me conoció. Pero nunca me consiguió. Yo por entonces tenía un alto concepto por mi culo y no se lo dejaba a nadie. Aunque lo que JC lo quería era que yo lo follara a él no él a mí. En cualquier caso, tiempo después si he dejado que me sodomizaran pero siempre fue por unos «altos ideales». No me arrepiento—. Y sabes que soy muy macho —le dije retirándole la mano—. Solo me gustan las tías.

—Hijo, por eso te quiero, porque eres muy macho… ¿Crees que me gustan las mariconas?

—Tú te haces a cualquier cosa —le

respondí con una carcajada porque el plumón que le salió en su respuesta me hizo mucha gracia—. Quiero conocer a Sandy.

—¿Seguro que no quieres follártela?

—Completamente. Hoy no.

—Pues tendrás que esperar a que termine con su trabajo. No tardará —me aseguró JC—, mientras tanto lo mejor es que hables con su propietario, que es quien debe autorizarte, no yo. Ven.

JC se levantó y lo seguí hasta una de las barras. Allí estaba Jürgen tomándose una copa mientras magreaba las nalgas de una rubia.

JC nos presentó aunque ya nos conocíamos. Al decírselo hizo una

mueca y optó por retirarse, aunque se levó a la rubia.

—Vamos, zorra, a trabajar, que aquí no se te ha perdido nada.

No éramos amigos pero, como digo, habíamos coincidido muchas veces antes de que desapareciera de Madrid e incluso había estado en mi local del centro de Madrid.

Tras estrecharnos las manos le dije que hacía mucho tiempo que no le veía y me dijo que se había tomado un tiempo descanso, que se había ido a Canarias hacía un par de años y que se había dedicado sobre todo a la música. Pedimos unas copas y allí, acodados en la barra, hablamos de banalidades, de lo que habíamos hecho cada uno hasta

que le dije lo que quería.

—No suelo contratarla para fiestas y esas cosas pero contigo haré una excepción —me dijo, condescendiente.

— Ya me ha dicho JC que la reservas sobre todo a trabajos de sexo duro y que aquí la pones muy barata. No te pido que me la dejes a un precio tan bajo pero estoy dispuesto a hacer un esfuerzo económico para agradar a mis VIP.

Jürgen me puso la mano en el brazo con el que sostenía mi copa. Naturalmente no fue lo mismo que cuando JC me puso la mano en la pierna. El alemán no era gay y su gesto fue muy imperativo.

—Olvídate de la pasta. Te la cedo

gratis —me dijo. Pensé que había bebido más de la cuenta y empezaba a desvariar.

—No puedo aceptar, yo…

—Que no, que está decidido. Le vendrá muy bien.

Me di cuenta del poder absoluto que Jürgen tenía sobre Sandy, pero lo que me dijo después me dejó de piedra.

—Mira —continuó el alemán—, estoy adiestrando a Sandy a marchas forzadas para que llegue al verano medianamente preparada. Ella no es mía. Pertenece a un jeque árabe llamado Ahmed, que me la compró hace unos meses. De hecho por eso la he traído a Madrid.

—¿El jeque está en Madrid? —pregunté desorientado.

Él negó con la cabeza y entonces me explicó con detalle cuál era la situación. Con un español muy bueno, pero con un acento que le hacía parecer muy rudo, me explicó que había conocido a Sandy por casualidad en Tenerife, donde él estaba con su grupo de jazz. Ella era menor y había sido por casualidad, más por una fatalidad, al morir su dueño. Él la había recogido debido al enorme potencial que tenía. La había explotado, collarizado y sometido completamente a su voluntad. Era una sumisa ejemplar incapaz de desobedecer una orden. También me contó algo de su vida anterior, aunque muy por encima.

Jürgen no pudo evitar que le saliera el alma de conseguidor y se la ofreció a un jeque de Bahréin con el que había trabajado y al que conocía desde hacía muchos años porque había vivido en aquel país del Golfo, donde su padre había sido miembro de la embajada alemana. Ahmed se mostró interesado y en una de sus visitas a Tenerife, donde tenía una casa, conoció a Sandy. Era morena, lo que suponía un hándicap grande para el jeque, que las prefería rubias o pelirrojas, pero eso ya lo sabía antes de ir a verla.

Ahmed quedó encantado con ella y decidió comprársela por cincuenta mil dólares. Al cambio de entonces, con el dólar a unas 150 pesetas, era la nada

despreciable cantidad de siete millones y medio de pesetas de la época. Una pasta.

Pero el acuerdo fue que Jürgen siguiera adiestrándola para enviársela a Manama, la capital de Bahréin, al verano siguiente, es decir, en 2000. Y le dijo exactamente para qué la quería, además para follársela, naturalmente. Pero esto no lo voy a adelantar, ya que ha de ser la propia Sandy quien lo cuente en su momento.

Esto que acabo de contar, que Ahmed era el dueño de Sandy desde 1999, no lo ha sabido ella hasta el verano pasado, en 2015, que se lo dijo su actual dueño y marido. He considerado que deberían saberlo ustedes para que entiendan

mejor cuál ha sido la vida de Sandy desde entonces y comprendan mejor a su esposo. Pero tengan en cuenta que por aquel entonces Sandy no sabía nada y creía que Jürgen era su verdadero dueño, del que, por otra parte, estaba enamorada.

Jürgen me hizo prometerle que no le diría nada a Sandy y después me preguntó detalles de esa cena prenavideña. La idea de que Sandy fuera usada por una veintena de hombres le pareció bien y muy educativa para los planes de adiestramiento que tenía él. Me la dejó gratis y acabábamos de cerrar el trato cuando apareció ella.

Mirarla dolía. No miento, era de una belleza descomunal y cuando estaba

recién follada aumentaba (esto lo aprendí después, naturalmente). Y ella venía recién follada.

Sandy se acercó a Jürgen y lo besó con una sensualidad que hubiera parecido estudiada de no ser porque resultó muy natural. Solo cuando Jürgen nos presentó se dignó a mirarme de frente, aunque al llegar me había echado unas miradas que no me pasaron desapercibidas, algo que ella, probablemente, buscaba.

—Quiere que bailes el *Sugar Blues* en una fiesta particular.

—Lo que usted mande, amo —dijo ella con una sonrisa casi de agradecimiento por permitirla exhibirse.

Si me gustó su aspecto y su actitud, su acento canario terminó por cautivarme. No hubiera creído que tenía 19 años de no ser porque JC, que era muy serio para los negocios, me lo había asegurado.

Sandy llevaba un vestido blanco muy vaporoso y transparente que dejaba verlo todo, desde sus pezones erectos hasta su pubis rasurado. Aun así, era holgado de modo que cuando movía los brazos, los tirantes se separaban de sus tetas y dejaban verlas con facilidad. Tenía unas peras grandes sin exagerar, y algo cargadas, quizá demasiado para su edad de adolescencia, cuando las carnes son prietas y se sujetan solas casi desafiando a la gravedad. El culo sí

respondía a esos cánones. Tenía forma de corazón invertido, era perfecto, respingón y relleno, de esos que al tenerlos cerca no puedes evitar morderlos.

Usaban unas sandalias muy altas, con plataforma transparente y solo sujetas en el empeine y los deditos por dos tiras plateadas. El típico calzado de zorra de burdel. Me decepcionó en ese sentido aunque reconozco que es lo gusta a los clientes. No obstante, me admiré de que pudiera manejarlas con tanta soltura porque lo normal es que esas sandalias lleven ataduras que las fijen al tobillo o al talón. Ella los llevaba como chanclos.

Podría escribirles cien folios describiéndola porque aquel primer

encuentro me fascinó, aunque naturalmente, puse cara de póquer para ocultar mis pensamientos. No hay nada peor que dejarle a una puta que te lea el pensamiento, sobre todo si has quedado prendado de ella. En estos casos siempre pienso en Tania, mi mujer, para que se me bajen los posibles ardores.

Pero no quiero terminar esta descripción de Sandy sin decirles que lo que más me impactó fue su olor. ¿Cómo describirles un olor? Yo no soy Camilo José Cela pero déjenme que lo intente, quizá los hombres me entiendan. Olía a chocho recién follado. ¿Poco original? Joder, ¿cómo es el olor a hembra sexual? No sensual, no. SEXUAL. Mira que había olfateado mujeres, me las

había follado, comido el coño, enculado y después dormido a su lado. Tienen un aroma característico a zorras cachondas cuando les has hecho una buena faena. Quizá desprenden unas feromonas especiales cuando están satisfechas sexualmente. Sandy desprendía un aroma a hembra recién follada, satisfecha y encantada de sí misma, olía a coño rebosante de jugos dulces, esos que emanan cuando ya te las has tirado, no los previos… Es difícil de describir pero se siente de forma muy vívida en la nariz cuando se evoca. Y es un aroma que he revivido desde entonces muchas veces y que me golpea la pituitaria cuando la veo después de mucho tiempo. ¿Será el olor que emite mi puta cuando

quiere que me la folle?

Porque aquella noche en que me la presentó Jürgen quería, sin duda alguna, que me la follara e hizo todo lo posible por llevarme al huerto. Lo más que consiguió, sin embargo, fue bajar al pilón como ya ha contado ella en el capítulo anterior.

Jürgen hizo un gesto a una de las putas que andaba mariposeando por allí y cuando se acercó la cogió por la cintura. Sandy le lanzó (a ella) una mirada asesina sin perder la sonrisa.

—Me voy a echar un polvo —dijo con naturalidad el alemán—. Quédate con Óscar que te explicará con detalle lo que quiere de ti. Sé obediente como siempre, ¿entendido?

—Sí, amo —replicó ella sin quitarle la vista al escote descomunal de la rubia que se iba con su dueño.

—Óscar, ¿te importaría llevarla a casa luego? Sin prisa.

—Naturalmente —asentí. Era lo menos, después de dejármela gratis.

Cuando se alejaba Jürgen, Sandy lo siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Cuando retornó sus ojos a mí, durante unos segundos todavía le brillaban de ira, aunque esa sensación se le disipó enseguida. Me pareció una mujer celosa, como todas las putas (¡son las mujeres más celosas del mundo aunque pueda parecer un contrasentido!). Luego, cuando la he conocido más a fondo, he descubierto

que no son celos, simplemente que le duele que su amo no esté con ella. Sufre por cada minuto de separación.

—No tengas celos —le dije estúpidamente para consolarla—. No es propio de las putas. Además, por lo que sé, tu amo te adora.

Ella me miró de arriba abajo como si le hubiera hablado en chino y no me contestó. Su voz se volvió melosa aunque algo áspera, con ese acento canario que tanto me gusta.

—¿Me invitas a una copa? —me preguntó adoptando su papel de zorra profesional.

—Claro, pero mejor sentaditos en una mesa. La barra no es para hablar de

negocios sino para ligar.

—¿No quieres ligar conmigo? —me acarició con la mirada de tal forma que no pude por menos que admirarme. Era una prostituta de primera, podría estar ganando miles de pesetas o de dólares en cualquier punto del planeta trabajando de puta de lujo. Sin embargo, su amo la tenía en un prostíbulo de carretera (el Continental no dejaba de ser eso por muchas pretensiones que tuviera).

—¿Es cierto que tienes 19 años? —le pregunté cuando estábamos acomodados en una mesa—. No me lo puedo creer.

—Estoy muy desarrolladita desde siempre pero si quieres te enseño el DNI.

—No hace falta, creo a tu amo y a JC.

—Mejor, porque no sé dónde lo he puesto —hizo un gracioso mohín haciéndose la despistada.

Pedimos dos copas al camarero que se nos acercó y ella siguió la conversación.

—¿Me contratarías si fuera menor?

—Por supuesto que no.

—Te saldría más cara. Las putas menores de edad se cotizan mucho…

—Es un delito. Pero además tú me vas a salir gratis —hizo un gesto de sorpresa—. Tu amo te cede a coste cero. Por la vieja amistad.

Sandy se olvidó de su precio y se

centró en eso del delito.

—Pues yo he cometido muchos delitos…

—Quien los comete es quien te folla, no tú —tuve la sensación de que me estaba vacilando. Ella sabía que la pena sería para el hombre, no para ella. En ese momento tenía la duda de su me tomaba el pelo pero después supe que así era cuando me enteré de las peripecias con su padre y su hermana, como saben los que han leído los libros anteriores.

—Los buenos bocados merecen el riesgo —me dijo entornando los ojos—. El premio es enorme. Lo he visto y sentido en quienes me han usado siendo menor. Aunque supongo que el placer

del hombre que se quiere follar a una niña estriba en que además de ser menor lo parezca y yo parezco mayor de edad casi desde los catorce años.

—Eso da igual desde el punto de vista penal. Lo que cuenta es lo que diga el DNI.

—¡Entonces me alegro de haberlo perdido, jajaja!

Me pareció que era una bobada explicarle los riesgos penales en los que incurrieron aquello que se acostaron con ella cuando era menor. ¿Para qué? Era algo pasado y a ella le importaba un bledo, de modo que pasé a explicarle en qué consistiría su trabajo en la fiesta. Le dije que quería que, al final de la cena de navidad que iba a dar para mis

amigos y mejores clientes, hiciera su número de Sugar Blues en mi whiskería, donde tenía un pequeño escenario. Era muy pequeño pero suficiente, a mi entender. Cuando acabara, las chicas que servirían la mesa ya la habrían retirado y sería el momento para empezar a disponer de ellas. No estaría sola. Había seis chicas más, todas ellas de mis dos negocios, que estarían a disposición de los clientes para lo que les apeteciera. Sin restricciones y también sin preservativos.

—El uso del condón debe decidirlo Jürgen —precisó.

—Ya lo he hablado con él. No se usarán. Mis clientes están limpios y mis chicas también. Y supongo que igual

estarás tú.

—Sí, me analizan todas las semanas.

—Perfecto. Lo que no habrá es violencia —le expliqué—. Ya me ha dicho tu amo que tú la soportas y que incluso te gusta, pero mis chicas, no.

—Yo haré lo que ustedes decidan. Si me quieren azotar…

—No, nada de golpes —zanjé— Al que se sobrepase lo echaré.

El nivel de complacencia y servilismo de aquella mujer me alucinó. Sin duda, era todo un negocio para Jürgen. O para Ahmed, su dueño real. Bien explotada haría millonario a su propietario en pocos meses. Me parecía mentira en una casi adolescente.

—¿Y tú? —me preguntó.

—¿Yo qué?

—¿No piensas utilizarme? Soy una puta muy obediente —dijo eso y dejó caer un tirante, por casualidad, dejando un pecho al descubierto, supongo que también por casualidad. Estaba claro que quería que me la follara en el Continental. Pero yo no estaba por la labor.

—Hoy no —dije con contundencia, aunque de forma amable y correcta.

Ella recoció su tirante y se tapó el pecho, algo decepcionada. Luego apuró su copa.

—¿Me pides otra? —supongo que buscaba que al menos consumiera. Lo

que ella no sabía es que estaba invitado por JC.

—No, mejor vamos a bailar. ¿Te apetece?

—Claro, me encanta bailar —pareció iluminársele la cara.

Nos levantamos y fuimos a una zona despejada donde algunas parejas bailaban lento. Allí solo se ponía música lenta. Ella me echó los brazos al cuello y colocó su boca muy cerca de la mía, prácticamente a mi altura. Ella era una muchacha relativamente alta, menos que yo, pero con los taconazos que llevaba, nos igualábamos. Me fije entonces bien en su rostro que hasta ese momento me había parecido muy bello y armonioso, con algunos rasgos

ligeramente exagerados. Tenía cara de puta, siempre lo he dicho siempre lo diré, pero no de puta chabacana, sino de nivel. Cualquiera que no la conociera y se la encontrara por la calle podría pensar que lo era solo por su rostro, que emanaba sexo por todos los poros. Pero cuando nos abrazamos para bailar pude mirar cada rasgo por separado. Los ojos eran grandes de un color indefinido, creo que cambiante. Eso me desconcertó porque según la luz, variaban del gris claro al azul e incluso el azul verdoso. Con el tiempo, después de 16 años de conocerla, aún no podría decir de qué color son. Creo que en este tiempo esos matices que he mencionado se le han oscurecido un poco, o quizá sea la

mirada, que no la tiene tan franca y clara como cuando la conocí. Además, ahora como entonces siempre usas maquillaje negro para oscurecer la mirada y resaltar sus bellísimos ojos, sean del color que sean. La boca era grande y sensual. No de labios muy gruesos, pero si expresivos y hasta burlones. Siempre tenía lo boca entreabierta, no sé si de forma inconsciente o estudiada para ser más sexy. Daban ganas de morderlos, desde luego. Lo más vulgar eran su nariz y sus pómulos, aunque no feos. Es lo que se operó el año pasado, junto con los pechos y la barbilla. El puente de la nariz era alto pero atractivo y sensual y solo se percibía cuando la mirabas el perfil. Yo no la hubiera tocado nada

porque el conjunto era espectacular, aunque es cierto que su cara se hacía algo redondeada y eso no gusta a todos los hombres.

El cabello era negro y fosco, casi arisco. Es lo que yo por entonces llamaba pelo polla porque se asemeja al que los hombres tenemos en el pubis. Con el tiempo también se le ha suavizado mucho y no necesita alisárselo a cada momento.

El cuerpo ya lo he descrito. Solo añadiré que sus hombros eran anchos y altos, preciosos para llevarlos desnudos porque se asemejaban a los de las nadadoras, aunque menos musculados. Cuando la ceñí por la cintura mientras bailábamos, no pude resistirme a palpar

ese culo prodigioso que no hacía falta adivinar porque con las trasparencia que llevaba se veía perfectamente. Me agarré a sus nalgas mientras ella me atraía por el cuello y me metía el muslo entre las piernas en un viejo truco femenino que las chicas conocen desde los catorce años. Ese recurso tan burdo y manido para excitarme me defraudó un poco. Ninguna de mis putas lo hubiera usado. Pero en cierta forma me alegré de que detectar un signo de adolescencia en ello. De no haberlo hecho, de no haber detectado un fallo en su comportamiento habría llegado a pensar que estaba bailando con un cíborg diseñado para seducir. Aquello la hizo más entrañable a mis ojos y más humana.

—No se te da mal muslear —le dije un poco a mala leche. Había descubierto su punto flaco y quise comprobar cómo reaccionaba ante una contrariedad, cuando detectan sus armas y su táctica.

—¿Cómo? ¿Qué es muslear? —se hizo la sueca.

—Meterme el muslo para sobarme la polla y ponerme cachondo. Es un recurso muy pobre para una zorra de tu alto nivel —seguía dándola un poco de caña, pero ella encajó muy bien.

—¡Oh, eso! ¿No te gusta? Es mi forma de bailar. Busco el contacto total.

Dicho eso pegó su pubis al mío y se refrotó. Yo la tenía morcillona y así se quedó. Tengo ya muchas tablas con putas

cachondas como para que me excite un frotamiento bailando, aunque la zorra de turno esté buenísima.

No pude contenerme y besé aquellos labios afrutados sin dejar de amasar sus nalgas. Me metió la lengua y jugó con la mía. Besaba increíblemente. Y me acariciaba la nuca sin dejar de frotarse. Nuestro contacto era máximo. Seguía tratando de seducirme.

—Besas muy bien, Sandy.

—Gracias. Y follo mejor.

—No lo dudo, por eso te he contratado. Para follar.

—Pero no contigo… —insistió inasequible al desaliento.

—A su debido momento.

—No quieres que subamos. Estoy mojada… Me he puesto más cachonda que tú, por lo que veo.

—Tú ya venías cachonda —le dije —. Desde que viniste a la barra se te nota que vas muy caliente. ¿Mal follada?

Ella asintió con un gesto. Estuve tentado de subírmela pero aquello ya era una cuestión de principios. No iba a dejar que una puta me impusiera su voluntad. Hice como que miraba la hora y dije que era momento de marcharnos. Jürgen no había dado señales de vida y quería pasarme por mis locales a ver cómo iba el negocio. Estaba en el Continental para contratar a Sandy, no por placer. El día que me la follara (no muy lejano) sería mi club.

Salimos al aparcamiento, subimos al coche y nos marchamos. Durante el trayecto le pregunte cosas de su vida y de su relación con Jürgen.

—Soy una esclava sexual. Él es mi amo y yo su sierva.

—¿Pero haces todo lo que te manda?

—Todo.

—¿Sin excepción? —ella asintió—. ¿Pero aunque te resulte repulsivo? —cada vez estaba más sorprendido de su entrega.

—No sé —pareció pensárselo un momento, como si buscase en sus pensamientos algo realmente asqueroso — ¿Qué puede resultar repulsivo para ti?

—Pues por ejemplo comer mierda. El *scat* es algo poco frecuente pero tiene sus seguidores y…

—¡Oh, eso no es repulsivo, al menos para mí! —me dijo con desparpajo—. Es cierto que no gozo con ello pero tampoco me repugna. Además he aprendido a convivir con ello.

Aluciné. ¿Ya lo conocía?

—No me digas que ya lo has practicado.

—Sí. Y a veces le limpio el culo a Jürgen con la lengua después de cagar.

—¿Y luego lo besas? —ya me puse en lo peor, que al alemán también le gustara.

Ella respondió con una carcajada y

negó con la cabeza.

—No, a mi amo le asquea la mierda pero dice que me conviene practicar todo tipos de perversiones. Para estar entrenada. No te cuento otras cosas porque no quiero que vomites.

Sandy hablaba con una libertad y un descaro que no había visto en nadie antes. Decía las cosas sin el menor rubor y pronunciaba palabras como mierda y demás como si estuviera en el comedor de su casa hablando con su madre.

—¿Y no te paga por hacer ese tipo de cosas?

—No. Ya te digo que soy una esclava sexual. Las esclavas no cobran, solo

obedecen. Hago lo que me mande Jürgen: lo mismo sirvo para una sesión de BDSM, para hacer de estatua feladora en una fiesta o de gato muerto si es preciso.

Me hizo gracia aquello de gato muerto, pero no me convenció.

—Pero tú además eres una prostituta y a las zorras les encanta el dinero. Las mías no darían un beso sin cobrar.

Aquella frase le dolió. Y creo que su contestación fue la primera vez que sacó los pies del tiesto.

—A nosotras no nos gusta el dinero. A quien les gusta la pasta es a los proxenetas, que se lucran con el trabajo de las putas.

Que me llamara proxeneta me tocó los cojones. Es algo que me subleva. El proxeneta es el tipo que obliga a las mujeres, que les dice con quién y cómo y además se lleva toda la pasta. Yo soy empresario del sexo. Pero del sexo consentido y mis chicas en los dos clubes que tengo figuran como camareras, tienen su Seguridad Social, sus cuentas corrientes y todos los derechos laborales cubiertos. No como putas, evidentemente, porque es una profesión alegal en España (no ilegal, sino alegal). Y yo solo me llevó porcentaje de su trabajo. Ellas están contentas y pueden marcharse cuando les dé la gana. Las trato tan bien que incluso me casé con una de ellas, joder.

Le expliqué todo esto a Sandy de un tirón y quizá con más vehemencia de la necesaria. Se acojonó, la pobre y me pidió perdón. Me dijo que no había querido llamarme proxeneta, pero yo ya estaba encendido. Me cuesta cabrearme pero cuando lo hago es con todas las consecuencias. Por eso preferí callarme, incluso cuando ella me pidió perdón no la contesté.

Ya estábamos muy cerca de su casa y tuve una idea. No se iría así. Tampoco quería follármela aunque lo hubiera hecho con dolor para castigarla. Le hubiera taladrado el culo en frío. Pero eso es lo que buscaba ella desde el principio. Busqué un término medio que además me sirviera para probarla (en

ambos sentidos: sexualmente y valorar su capacidad de reacción) .

Aparqué el coche a unos doscientos metros de su casa. Ella inmediatamente abrió la puerta para bajarse.

—¿Adonde te crees que vas? —le dije con dureza. La pobre pensaba que la dejaba allí, a distancia de su casa para castigarla.

—A casa —me dijo en un hilo de voz que me dio mucha pena, pero me mantuve firme.

—No he parado para que te bajes, sino para que me hagas una mamada. Empieza.

Se le iluminaron los ojos, que brillaron en la noche oscura. Yo no hice

absolutamente nada. Ella se ocupó de desabrocharme el pantalón y sacarme la polla. La tenía en el nivel más bajo de la noche. Ni siquiera morcillona. Y no hice nada para que engordara. Que se ocupara ella. A ve de lo que era capaz.

Se esmeró mucho. Me acarició primero, incluidos los cojones. Yo ni la miraba. Me mantenía con la vista al frente e incluso pensando en otras cosas. En mi mujer, por ejemplo, para que no se me pusiera dura fácilmente.

Sandy me lamió delicadamente y después me succionó la polla de tal forma que pensé que la había metido en el tubo de una aspiradora. Joder, no se imaginan la acción combinada de la succión y la lengua rodeando el glande a

toda velocidad. O mejor dicho a velocidad creciente.

Cuando les he descrito a Sandy lo he hecho solo de sus características físicas, no de sus habilidades, porque no las conocía, salvo la del baile. Pero cuando comenzó a mamármela supe al instante que estaba ante una superdotada de la felación. Hoy día, 16 o 17 años después, puedo asegurar que es la zorra que mejores mamadas hace de las que conozco. Y he conocido a muchas en todo mi vida, de muchas nacionalidades y razas. No soy yo el único que lo dice. Todos los que la conocen coinciden en ello y es su función más requerida, más incluso que la de follar. Acostarse con Sandy y no permitir que te haga una

mamada hasta el orgasmo es un delito de lesa humanidad.

Ni que decir tiene que poco a poco, pese a mis esfuerzas en contra, logró que se me pusiera dura como un bate de béisbol. Me la chuperreteaba con mucho ruido de babas pero sin darme ni una sola vez con un diente, a pesar de que no los tiene pequeños. Era ya, a sus 19 años, una maestra del francés.

Cuando estaba a punto de correrme, y por joderla un poco, le apreté la cabeza para que se tragara la polla hasta la garganta. Para que mi corrida la ahogara allí en lo más profundo de sus tragaderas de fulana. Ella no opuso ninguna resistencia cuando mi glande le alcanzo la glotis o lo que haya allí al

fondo de la garganta de una zorra. Las putas normales, instintivamente, tiran hacia afuera porque se ahogan. Es lo normal y natural. Sandy, no. Aguantó como una profesional que toda la lefa de mis cojones se vaciara en el fondo de sus tragaderas. Solo entonces aflojé un poco. Ella alzó la cabeza, respiró con una pequeña tosecillas y se tragó todo sin dejar escapar una gota.

—Limpia bien, que no se me estropee el pantalón. Tengo otra puta en casa que es tan celosa como tú.

Ella estaba feliz y me relamió toda la polla de nuevo, desde el glande hasta los cojones.

Me abroché y llevé el coche hasta la puerta de su casa. Me detuve en doble

fila y le dije que se largara.

Ella me miró agradecida y se fue. Creo que fue un empate técnico.

Ya retomo la narración yo, Sandy. Espero que les haya entretenido el punto de vista de óscar que tampoco es muy diferente al mío. Es lo que pasa cuando dos personas cuentan algo que han hablado mucho a lo largo de los años. Tienden a igualar los relatos, aunque luego ambos lleguen a coincidir en uno que es falso. Pero si están de acuerdo, es el real. Porque al final la verdad no lo que sucedió, sino lo que nosotros creemos que sucedió.

El caso es que después de aquella mamada que le hice en el coche me subí al piso tan feliz, con el sabor de su semen en la boca, paladeándolo. Ya les he dicho antes que siempre que termino

un trabajo con felación lo primero que hago es enjuagarme la boca y lavarme los dientes. Pero con Óscar no lo hice, quería llevarme a la cama su sabor y dormir paladeando el *taste*, como dicen los yanquis de su lefa abundante y deliciosa. Me dormí imaginando qué hubiera sido si me hubiera follado. Si en lugar de haberse marchado se hubiera quedado y subido conmigo. El placer de sentirlo dentro de mí. Pero eso ya llegaría, tenía que aprender a ser más paciente, una de las virtudes de la buena sumisa.

Cuando desperté a la mañana siguiente, algo tarde ya, Jürgen estaba durmiendo a mi lado. No m había enterado cuándo regresó. Imaginé que

habría llegado muy tarde si había estado con aquellas dos jacas rubias con las que subió a la habitación del Continental.

Me levanté sigilosamente sin hacer ruido para no despertarlo y preparé un buen desayuno con frutas, galletas y café, además de embutidos y queso de sándwiches. Lo hice con todo mi amor porque amaba a aquel hombre que no me amaba a mí.

Yo entonces no sabía eso que les acaba de contar Óscar. Pensaba que mi dueño era él y no un exótico jeque árabe que vivía al otro lado del mundo, aunque tenía casa en todos lados.

Y por supuesto que no era celosa. No es que animara a mi dueño a follarse a

odas las chicas que le gustaban pero me sentía orgullosa de él como macho. Mi macho debía ser así, poderoso y follador, que llegará más allá de mi coño, pero que luego volviera, como siempre, a mi cama. Como había hecho aquella noche.

Cuando tuve listo el desayuno lo puse en una bandeja, pero antes de llevárselo a la cama me pinté un poco los ojos y los labios. Sobre todo la boca, con un pintalabios muy rojo, como le gustaba a mi hombre. «Has de tener la boca como el coño», me decía a veces.

Cuando estuve lista le llevé la bandeja, la dejé en la mesilla y me calcé los taconazos de la noche anterior. Por lo demás seguí desnuda, como había

dormido. Me deslicé a su lado y le retiré el edredón. Me coloqué a sus pies y le hice una mamada lenta. Tenía la polla pringosa de lefa y probablemente también de flujos de puta. Al principio la tenía algo áspera porque esos fluidos estaban ya solidificados, pero en cuanto me la metí en la boca, se licuaron en mi boca con mi saliva y adquirieron esa textura aceitosa que seguro que todas y todos conocen cuando el semen seco se humedece. Lo chupe con delectación. Amaba con pasión a mi dueño y alimentarme de su semen era la mayor de mis aspiraciones. Ya no quedaba ni rastro del sabor de Óscar. Ahora era la presencia de mi macho alfa la que me desbordaba todos los sentidos.

Jürgen gimió un poco, en sueños, al tiempo que su polla, de forma automática respondía al estímulo. Sabía que Jürgen lo haría. Le conocía muy bien y por muchos polvos que hubiera echado hacía pocas horas, su pene no se resistiría a una felación.

Al principio masculló alguna incongruencia y dijo algo así como «quitaos, zorras», que acompañó con una leve sacudida como si quisiera apartarme de su lado. Pero yo sabía que estaba confundido. Pensaba en las bielorrusas o lo que fueran aquellas pécoras rubias. Lo tranquilicé con un susurró al tiempo que le acariciaba los testículos.

—Tranquilo, mi amor, soy yo, tú

Sandy, tu esclava…

Se calmó su polla tuvo una erección descomunal. Poco a poco fue saliendo de su sopor, pero sin moverse. Solo me acarició un poco el pelo. Cuando fue plenamente consciente de lo que estaba sucediendo, lanzó unos gemidos como de si fueran ronroneos y me aniño a seguir.

Se la mamé despacio, sin prisa, pero sin pausa y sin sacármela ni un momento de la boca. Acompañé la mamada con caricias a sus cojones y su vientre, sus muslos y sus pezones. Hasta que se corrió en mi boca casi tan en silencio como había estado hasta ese momento. Recogí en mi boca todo su semen, que no era poco pese a que esa noche había

vaciado sus cojones varias veces, y lo escupí en una de las tostadas que le había traído. Lo esparcí con el dedo todo lo que pude hasta que el pan lo absorbió todo y después me la comí. Me gustaba que los fluidos de mi amo me alimentaran.

La vida hasta la cena de navidad de Óscar, que fue sobre el 20 o 21 de diciembre fue bastante rutinaria. Hice alguna aparición por el *peep show* y seguí trabajando en el Continental. Una de las noches apareció por allí Jamal y me echó dos polvos bastante violentos después de que hubiera terminado el trabajo habitual allí.

Jamal, ya les he dicho, era el tipo que

Jürgen había buscado para que yo pudiera hacer la calle de forma segura en Madrid. De forma segura y sórdida, que era lo que buscaba mi amo. Quería que me acostumbrara a lo peor en sexo y por eso me llevaría a la casa de Campo, a la Colonia Marconi y a los dos puntos del centro de la ciudad, Montera y Caballero de Gracia, donde se practicaba la prostitución más barata.

Ya que lo ha contado Óscar no hay problema para que yo lo repita. Estaba adiestrándome para que no me chocara lo que iba a encontrarme en Manama, con Ahmed. Yo entonces no sabía que el árabe era mi dueño y tampoco que cumpliría mis primeros 20 años de existencia en un país tan lejano e irreal.

No les aburriré con más detalles y me centraré ahora en la cena que Óscar dio a sus clientes y amigos. Sé que fue sobre el 20 o 21 de diciembre porque durante la orgía posterior que luego les contaré, hubo algunos tipos que frotaron en mi coño, para que les diera suerte, los décimos de lotería que habían comprado para el sorteo Extraordinario, que es siempre el 22 de diciembre.

La víspera me acerqué por el garito de Óscar para ver el espacio donde debía bailar, consultarle la ropa que quería que llevara y entregarle un disco compacto con la canción grabada. Era una versión interpretada por el propio Jürgen solo con el saxo. Recuerdo que hizo varios intentos y que se lamentó de

que no estuviera en Madrid su grupo de jazz para meter algún instrumento más, pero a mí me gustaba así. El saxo de Jürgen y yo. Su sexo y yo a solas. Me sentía follada por él cada vez que bailaba al ritmo de su música, lo que me hacía ponerme muy cachonda. Y eso lo notaban los clientes que me veían. Supongo que muchos pensarían que fingía el calentón, pero no era cierto y el final del estriptis masturbándome con el coño empapado es algo que no se puede fingir.

Jürgen me llevó en coche por la mañana al local de Óscar. En el único momento en que estaba cerrado y las señoras de la limpieza hacían su trabajo. Me llevé un pequeño *trolley* para meter

varios modelos con el fin de que Óscar eligiera. Lleve cuatro o cinco pares de calzado diferente. Desde botas altas hasta sandalias mínimas. Eso sí, todo con un tacón descomunal.

Óscar me estaba esperando y me recibió con dos besos como su fuera su prima que acaba de llegar del pueblo. Dejé la maleta a un lado y me enseñó el local. Era pequeño pero muy bien aprovechado, con un escenario al fondo muy pequeño con una barra en el centro. Me dijo que la pole se desmontaba, de modo que si prefería sin barra, era cosa mía. A mí me daba igual. Había comenzado a bailar esa pieza sin barra pero en el Continental lo hacía con ella. Me había acostumbrado y al final, si soy

sincera, la barra es un gran apoyo y da mucho juego. No es necesario hacer malabarismos con ella para que el show resulte erótico.

A un lado de la barra había una escalera de hierro forjado de caracol, tan estrecha como el local y que vibraba enormemente cuando subías, tanto que parecía que se iba a venir abajo en cualquier momento. Conducía a un piso superior que las putas de Óscar usaban para llevarse a los clientes a la cama y también para descansar un rato y tomar un refrigerio, porque tenía cocina y cuarto de baño. Era un piso normal de dos habitaciones. Naturalmente, Óscar cobraba por su uso (que las chicas repercutían en el cliente) y eran ellas las

encargadas de mantenerlo limpio, cambiar las sábanas y fregar los platos. Las señoras de la limpieza, de una contrata especializada, tenían prohibido subir.

Eché un vistazo al escenario y óscar me explicó que iba a quitar la peñas mesas redondas que había en el local para sustituirlas por tablas anchas sujetas por caballetes que tenía en el piso. Así la mesa sería ancha y corrida, mucho mejor para una cena de navidad. Me pareció bien. Lo peor, que no me atañía a mí, era que las putas que harían de camareras tendrían que subir y bajar la escalera de caracol para servir la mesa, ya que la mayoría de los platos estarían arriba. Solo unos pocos, con los

entrantes y la bebida, estarían abajo, en la barra del garito, al comenzar la fiesta.

En ese momento no había nada dispuesto, naturalmente, ya que la empresa de catering que Óscar había contratado al efecto lo traería poco antes de comenzar la cena. Lo que sí vi en un lado de la barra fue fuente enorme de cristal llena de preservativos. No habría menos de un centenar.

—Pensé que sería una fiesta sin condones —le dije.

—Y así será. Esto lo tengo aquí siempre. Un regalo de la casa para el que quiera usarlos —me explicó—. De todas formas, mañana no estarán prohibidos los condones. Quien quiera usarlos porque le parezca más seguro,

que lo haga.

—Te refieres a los clientes, naturalmente, ¿no?

—Por supuesto. La decisión de follar con condón será de los hombres. Las putas mañana no podréis exigir nada.

Asentí. No esperaba otra cosa. Las putas nunca tenemos derecho a decidir nada.

—Ven, vamos arriba y me muestras la ropa que has traído —cogió el trolley y me precedió en la escalera de caracol, que subió con dificultad debido al maletón—. Cundo se vayan las limpiadoras bajamos y hacemos un ensayo general — me dijo una vez llegó arriba, resoplando.

Abrió el trolley sobre una de las camas y se sorprendió de que hubiera traído tantas cosas.

—Demasiada ropa para un trabajo en el que estarás desnuda la mayor parte del tiempo.

Le reí la gracia y saqué todo. Lo que más ocupaba era el calzado. Había llevado cuatro pares, incluyendo unas botas altas por encima de la rodilla.

Fue lo primero que me hizo probarme pero las descartó un minuto después de ponérmelas.

—Esto, como es lógico va en los gustos y perversiones de cada cual pero a mí me gusta lamer los deditos de los pies de la cerda que me follo y las botas

son un gran impedimento. Por muy sexy que resulten a la vista. En la práctica no lo son. Al menos para mí.

—¿Eres fetichista de los pies? —le pregunté mientras me descalzaba.

—Sí, mucho. Y de los tacones.

—Como Jürgen —me gustó que tuvieran esa coincidencia—. No me deja ir descalza. Siempre con tacones. Y cuando no es posible, tengo que caminar de puntillas como si los llevara.

Aproveché que me acababa de quitar las botas y estaba descalza para dar un paseo por la habitación andando de puntillas. Supongo que a estas alturas ya se habrán dado cuenta de que trataba de calentarlo, y que el hecho de haberme

traído tanta ropa no era para que tuviera un buen muestrario para que eligiera, sino para vestirme y desnudarme delante de él. De hecho, algunas de las prendas que había llevado eran super eróticas pero imposibles para un estriptis, como la que me puse en primer lugar.

Me desnudé completamente delante de él, haciéndolo muy despacio. Óscar me miraba impasible. Luego saqué de la maleta un body negro de lycra elástica y me lo puse dándole la espalda. No quería que lo viera de frente hasta el último momento. Era una prenda que me encanta. Una de las últimas adquisiciones. Era un body de tirantes pero que se cruzaban en el pecho. Ya saben, se cruzaban en el pecho y el tiran

de la izquierda iba a parar al hombro derecho y viceversa, pero por debajo dejaba una abertura en forma de triangulo con el pico hacia arriba de tal modo que las dos tetas quedaban fuera y al descubierto. En mi caso, que las tenía en abundancia, rebosando por el triángulo, frondosas. Por abajo no era tampoco un body normal de esos que se unen en la entrepierna con un corchete. No. Era como una camiseta sin braga, pero que se prolongaba en una especie de cartucheras a ambos lados de los muslos, en cuyos extremos tenía unas largas cintas que se ataban a cada muslo. Así, la prenda, en lugar de fijarse en el coño, cerrando el body y tapando la parte más importante a la hora de follas,

la dejaba completamente descubierta y aseguraba la tensión del body con esas cintas al muslo que hacían las veces de ligas. O como me dijo una vez mí amo, parecían esas cintas con las que los pistoleros del lejano Oeste americano ataban sus cartucheras a la pierna para sacar más rápido sus armas.

Me coloqué la prenda de forma rápida y con mucha destreza, me subí a unos andamios de tacón con forma de chanclo y me giré. Óscar alzó las cejas. Le gustaba lo que veía. Pero profesionalmente no le convenció.

—Muy guapa pero ya vas enseñando las tetas. Se supone que debes descubrírtelas durante el baile. Es uno de los alicientes de un estriptis —dijo

con toda lógica.

—Puedo ponerme una badana encima, o una camisa…

—¿Y esas ligas?

—Se desatan de un leve tirón de uno de los extremos. ¿Quieres comprobarlo? —le propuse insinuante, dando dos pasos hacia él.

Me coloqué a solo unos centímetros y acerqué mi cara a la suya. Él aguantó con media sonrisa. Me besó levemente en los labios y tiró del lacito, que se soltó fácilmente.

—¿Ves? —susurré, muy excitada—. Es cuestión de hacerlo bien.

Óscar puso una mano en mi pecho y me lo acarició. Suspiré de placer.

Estaba completamente segura de que me iba a follar sobre la cama.

Me pellizcó un pezón hasta hacerme daño y se hizo a un lado. Fue a la maleta y sacó todo. Rebuscó y eligió. Unas medias negras de rejilla, un corsé negro con encajes por abajo y en la zona del pecho que se abrochaba por delante con cuatro corchetes, una minifalda de cuero negro, unos guantes calados, también negros y una levita de esas cortas con los faldones traseros muy largos. Lo remató con una gargantilla que hacía juego con los guantes y después, de un armario, sacó una chistera negra.

—Póntelo todo que voy abajo a ver si han terminado las limpiadoras.

Me frustró que no me follara en ese

momento pero no desesperé. Sabía que lo haría aunque había que dejarlo que fuera a su ritmo. Óscar siempre ha sido así. Nadie le dice cuándo ni cómo. Nadie le pone las reglas y eso lo fui aprendiendo desde ese día. Es uno de sus grandes atractivos. Es un hombre dominador que controla el escenario. No es lo que llamaríamos un amo, un máster o algo similar porque no sigue las reglas del BDSM o la dominación. Simplemente es un hombre que marca los tiempos y decide cuándo se quiere follar a su hembra. Nada más.

Se demoró un buen rato. Lo escuché hablar con las limpiadoras. Las metía prisa para se fueran. Luego escuché la música. Mi música. La ponía y la

quitaba a diferentes volúmenes. Estaba probado.

—¿Estás lista? —me gritó desde el pie de la escalera de caracol.

—Sí, señor.

—Pues baja como lo harás mañana.

Yo bajé despacio. Al final me puse unas sandalias de plataforma de esas que se sujetan en el talón con una tira. Llevaban hebilla pero era innecesaria, aunque adornaban. Eran negras y la puntera estaba protegida por tres tiras en cada sentido que se enlazaban en el centro, entrecruzándose, formando una equis de tres trazos. Creo que estaba muy sexy. Aun así tuve que descender con muchas precauciones y con miedo

de golpear my chistera contra los hierros.

Óscar me contemplaba desde abajo con gesto serio.

—Muy sexy pero no me gusta cómo queda. Saldrás desde la oficina. —me señaló una pequeña puerta cerrada junto a la entrada al mostrador, al lado de la escalera. Ya hablaremos de eso. Ahora baila.

Pulsó una tecla del equipo de música y comenzó a sonar mi canción. Subí a la tarima del escenario y me empleé a fondo, como siempre. No voy a describir el baile. Fue igual que otras veces aunque con más expectativas que las que tenía cuando bailaba en el Continental. Acabé desnuda, mirando al

frente y desnudándome.

Óscar me observó todo el rato con atención. Me fijé en él mientras bailaba y ni pestañeaba. Pero no era por excitación. Su ojo era profesional.

Cuando terminé vino a mí y me dijo que me vistiera de nuevo, que lo haríamos de otra forma. No le gustaron nada mis problemas con la chistera, que se me tambaleaba en la cabeza de una forma poco sexy. Pero yo no tenía la culpa. Mi número no incluía sombrero y mucho menos de ese tipo. Pero dijo que no me preocupara, que eso se resolvería cuando fuera a la peluquería, al día siguiente.

—Quiero que acabes el número de otra forma —me dijo—. Los chicos

estarán mirándote, sentados frente a ti. La mitad de ellos delante de la mesa y la otra mitad, detrás de la mesa. Quiero que no te quites el corsé del todo. Desabróchate todos los corchetes menos el último, el de más abajo —me explicó mientras yo me vestía de nuevo—. Y cuando estés así, desnuda salvo el corsé, pero con las tetas fuera, te vas a por uno de los chicos, el que te parezca más apropiado y te sientas encima de él, sobre sus piernas, y le plantas las tetas en la cara. Esa será la señal de que comienza la juerga. Ahora repítelo, yo me pondré de público.

Óscar me recordó que la disposición de las sillas sería completamente diferente. Habría una mesa corrida

frente al escenario. La mitad de los comensales le darían la espalda y la otra mitad estaría de cara. Pero cuando comenzará mi show, los chicos girarían las sillas para mirarme y tendría a la mitad de los clientes en primera fila para que eligiera a uno. Él se colocó en una silla, sentado mirándome como estarían los chicos durante mi baile.

Con un mando a distancia, puso en marcha la música de nuevo y yo comencé a bailar. Repetí el número salvo en lo que me dijo. Me desabroché el corsé muy despacio calculando la duración de la música no fuera que me quedara sin ella antes de terminar. Al soltar el penúltimo botón, mis pechos asomaron al rebosar el corsé, que me

veía prieto. No tenía las tetas descomunales que tengo hoy pero con 19 años mis pechos eran grandes y estaban todavía desafiantes a la gravedad como en toda adolescente.

Me arranqué la falda de un tirón y la lancé a un lado para dirigirme despacio e insinuante hacia Óscar, que me aguardaba con una sonrisa en los labios. Me senté sobre sus piernas plantándole mi coño húmedo en los pantalones, justo donde se supone que debía estar su polla. No se quejó que de lo machara. Mis tetas se colocaron ante su cara. Le agarré la cabeza con las dos manos y se la metí entre mis pechos. El corsé a medio quitar no impedía que todo su rostro quedara entre mis pechos.

Después inicié un vaivén de caderas, como si me estuviera follando. Óscar se me agarró a las nalgas. Era el paso esperado. Luego me separó. No estaba excitado en absoluto. O al menos no lo aparentaba.

—Quiero que cuando hagas esto, le saques la polla al que hayas elegido y te lo folles. Estará duro como una piedra. Te lo aseguro. —asentí—. A ver hazlo conmigo.

Su actitud tan fríamente profesional me tenía algo desconcertada. Había tal bajón que lo último que me apetecía era sacarle la polla. Pero no hice, naturalmente, como era mi obligación. Me coloqué de nuevo como recién sentada, hice unos movimientos pélvicos

y me eché ligeramente hacia atrás en sus piernas para tener acceso la bragueta. Con las dos manos le desabroché el cinturón, el botón y le bajé la cremallera. Tenía toda esa zona del pantalón empapada de mis flujos.

Él no hizo nada. Ni para ayudar ni para dificultar la operación. Metí la mano el eslip y le agarré la polla. La tenía igual que cuando lo hice por primera vez en el coche para mamársela. Me refroté con ella el coño a la espera de que se le endureciera pero él se levantó de golpe, sujetándome para que no me cayera.

—Muy bien, esa es la idea. —dijo dando por terminado el show—. ¿Necesitas ensayarlo más veces o lo

tienes claro?

—No, lo tengo claro, señor. No hace falta más. Lo haré como me dice —respondí algo decepcionada. ¡Me hubiera gustado tanto que me follara en la silla!

—Bien, pues sube arriba y aparta esta ropa, no quiero que se manche o estropee antes del número —me dijo—. Y después ponte el body ese de las tetas fuera, que lo vamos a probar. Ahora subo yo.

La cara de alegría que se me vino debió de iluminarme la cara tanto que hubiera bastado para dar luz al antro aquel, tan oscuro aunque fuera por la mañana. Oscar sonrió en una media mueca que luego reconocí como tan

característica suya. Al fin me iba a follara aquel hombre que me parecía tan extraordinario. Subí a la velocidad del rayo, coloqué la ropa elegida en un lado y volví a ponerme el body. Habría quedado fabulosamente con las botas altas pero como no le gustaban, elegí el chanclo que me había puesto para exhibirme. Podría lamerme los pies si le apetecía. Me miré a un espejo. No es por nada pero estaba deslumbrante con aquel body tan sensual que dejaba ver todo. Las tetas fuera, algo apretadas por los bordes del triángulo por donde asomaban. Me las hacía más prietas y apetecibles. Y el culo y el coño completamente destapados. Solo parte del exterior de los muslos quedaba

cubierto, y con las cintas amarradas en un bonito lazo.

La espera se me hizo eterna. Aun tardó un rato desde que me terminé de arreglar. Pero cuando escuché sus pasos subiendo por la escalera metálica, me mojé como nunca y me sentí tan excitada como desconcertada porque no sabía muy bien como aguardarlo. Finalmente, me apoyé con el hombro en el marco de la puerta de la habitación y coloqué mis manos (que no sabía dónde meter) en la espalda, una sobre cada nalga y los pies ligeramente cruzados. Creo que quedé con una estampa bastante sexy. Es una postura que he repetido muchas veces.

Me sorprendió su actitud. Imaginaba ese primer encuentro con más escarceos,

más retozón, ya saben, con aproximaciones, con idas y venidas. Pero no fue así. Óscar me empujó hasta la cama y me tumbó boca arriba. Metió su cara entre mis piernas y me comió el coño con ferocidad. Mi sorpresa pasó enseguida a un placer indescriptible. Era lo que llevaba esperando desde que lo conocí, aunque nunca hubiera supuesto que me asaltaría de aquella forma tan salvaje, tan poco civilizada para un hombre como me había parecido. Después me he dado cuenta de que el trato con prostitutas lo ha endurecido. A esas alturas ya había perdido gran parte de su sensibilidad de caballero para cortejar a una dama (aunque yo no lo era, por supuesto). Iba directamente al

grano y yo, en ese momento, era el gran grano que tenía delante.

Me comió el coño de una forma desesperada. Pensé que me lo dejaría en carne viva porque también llegó a morderme. Entonces se puso en pie y me dijo que le quitara los pantalones. Mientras lo hacía comprobé que tenía una gran erección. Cuando los pantalones y los calzoncillos cayeron a sus pies, él mismo se despojó de lo que le quedaba, incluidos los zapatos y calcetines.

—Chúpamela, zorra.

Obedecí con sumo gusto. Le mamé la polla entera, de lado, por debajo sorbiéndole los cojones y metiéndomela entera hasta la garganta. Mientras, con

las manos le acariciaba el pubis, los muslos, lo atraía contra mí sujetándole por las nalgas. Me empapé los dedos con la abundante saliva que me provocaba la mamada y me atreví a acariciarle el ano. Sin penetrarle con el dedo, solo caricias alrededor del ojete.

—¿Te gusta mi culo? —me preguntó. Yo asentí—. Lámelo.

Dicho eso se giró y se inclinó ligeramente adelante, apoyando las manos en sus rodillas. Yo abandoné el borde de la cama, donde estaba sentada, para arrodillarme detrás de él. Separé sus nalgas y le lamí el culo presionando fuerte con mi lengua. Traté de meterla bien dentro, pero era de culito prieto por lo que me limité a lamerlo, y babearlo

mucho. Arrastraba mi lengua hacia abajo hasta sus cojones, que le colgaban desprendidos. Le sorbí un huevo y con una mano le agarré la polla y lo pajeé.

Óscar comenzó a gemir de gusto. Cada vez más fuerte. Temí que se corriera así, pero yo no era quién para dirigir aquella sesión de sexo tan placentera.

Aún aguantó un rato el trabajo conjunto de mi lengua y mi mano masturbadora. Luego se giró, me clavó la polla en la boca hasta el fondo, hasta provocarme arcadas y luego me alzó sujetándome por los brazos y me echó boca arriba sobre la cama. Me lazó las piernas hasta ponerla sobre sus hombros y me folló de una sola embestida. Su

pene estaba duró y muy lubricado por mis babas. Y mi coño estaba tan mojado que parecía que me había corrido ya. Su polla me entró fácil y hasta el fondo. No pude evitar lanzar un gemido de placer y sorpresa que me salió como si me acabaran de dar una puñalada en el corazón. Óscar me miró desde arriba y comenzó a culear deprisa mientras con una mano me cogía un pie y empezaba a lamerme los dedos sin quitarme la sandalia. Ya me había advertido que le gustaba lamer los dedos de los pies. ¿Les han lamido los dedos de los pies mientras las follas, amigas? Si no lo han hecho, pruébenlo. El cosquilleo que podría resultar hasta molesto en otras circunstancias se suma al placer y

potencia todas las sensaciones. Me excité mucho más y me agarré las tetas para acariciarme. Estaba fuera del alcance de mis manos por lo que opté por darme placer a mí misma. Me pellizqué los pezones mientras Óscar me bombeaba un metisaca cada vez más rápido y violento. Me quitó una sandalia y comenzó a lamerme los pies por todos lados. Su lengua me lamía entre los dedos donde antes no podía llegar porque la sandalia mantenía los dedos apretados.

Cuando alcancé el clímax abandoné mis pezones y me froté el clítoris. Me corrí como una perra, con gemidos que lancé sin ningún pudor inundando la habitación de gritos. Óscar gemía

también en un tono más apagado pero acabó por correrse también. Volvió a colocar mis dos pies sobre sus hombros y me abrazó las piernas. Se tensó con varias convulsiones sucesivas y noté como su semen me regaba por dentro en manguerazos rápidos. Cuando terminamos, nos quedamos en esa posición son moverlos. Yo estaba desmadejada, pero cómoda. Él se apoyaba hacia adelante n mis piernas, que le servían de sujeción. Su polla seguía dentro de mí. Noté como la lefa escurría despacio fuera de mi vagina, cosquilleándome camino del ano y después a la cama.

Se separó de mí con dificultad, como si el esfuerzo lo hubiera dejado con las

articulaciones anquilosadas. Miró su reloj de pulsera.

—Es la hora del vermut —dijo—. Ve abajo y prepara un par de copas.

Me levanté. El semen abundante me escurrió por el muslo. Me iba a lavar en el baño pero él me detuvo.

—¿Adónde vas?

—A lavarme…

—¿Para qué, si te voy a echar otro polvo ahora? —me dijo—. Ve así, me gustan las zorras empapadas de semen. De mi semen, claro. Me ponen más cachondo.

Aquello me encantó. A mí también me gusta. Me siento mucho más perraca, más sucia, más puta. Esa sensación me

excita. Que su sagrada leche me escurriera pierna abajo hasta las sandalias era algo que me ponía a mil.

—El vermú está entre las botellas detrás del mostrador, las copas bajo la barra y el hielo en la cámara, a la entrada del mostrador. Ahora bajo.

Bajé despacio por la escalera de caracol. Me llevé un dedo al coño, lo mojé en el semen que no dejaba de manar y lo chupé. Me gusta la lefa y más si es de un hombre que también me gusta. No comprendo que haya mujeres a las que les da asco. Sé que no es de un sabor exquisito pero la sensación que me provoca, haciendo que todo mi cuerpo se ponga con carne de gallina es algo que lo compensa todo.

Una vez tras la barra me puse a preparar las copas. Comprobé que los lazos que sujetaban el body a mis muslos habían resistido, aunque estaba algo descompuestos. Los volví a hacer para quedaran lindos y equilibrados.

Había terminado cuando apareció Óscar. Bajo por la escalera completamente desnudo. Su polla se había relajado y se movía al ritmo de sus pasos descendiendo los escalones. La forma de caracol de la escalera me permitió verlo desde todos los ángulos, como si se volteara para mí. Tuve ocasión de examinarlo y apreciarlo en toda su belleza. Tenía vente años más que yo pero no me parecía un hombre mayor. Yo había sido amante de mi

padre y apreciaba la madurez. Conservaba su pelo oscuro, no tenía nada de barriga, al contrario, era más bien delgado, pero esa falta de peso no era obstáculo para que tuviera un culo hermoso y redondeado que me había gustado mucho lamerle. La polla no era la más grande que había visto en mi vida, pero era de un tamaño más que aceptable y ancha. Y lo que es más importante, la maneja bien, acostumbrado a follarse putas. No se excitaba de más ni de menos. Sabía da placer a una chica y correrse justo después que ella. Eso lo he corroborado después, con el tiempo y el trato. A Óscar le gusta que las damas se corran primero, pero tiene la deferencia de no

permitir que pase mucho tiempo hasta su orgasmo para que la amante no se aburra. ¿No les ha pasado nunca de haberse corrido de sobra y que el hombre siga dale que te pego, follándote sin correrse cuando tú ya estás pensando en la lista de la compra o lo que tienes que hacer cuando salgas del dormitorio? Óscar no permite eso.

Salí de detrás de la barra con ambas copas. No quise servírsela a través del mostrador. La cogió y nos quedamos muy cerca el uno del otro. Casi a la misma altura porque él iba descalzo y yo llevaba mis zancos.

—Te voy a poner una aceituna —dijo, yéndose un momento detrás de la barra. Regresó con un bote de aceitunas

verdes sin hueso y unos palillos. Preparó dos banderillas que colocó en nuestras copas— Así mejor. Los pequeños detalles cuentan mucho.

Chocamos nuestras copas y brindamos antes de beber.

—Por ti —dije. El semen me había chorreado hasta el pie y tenía la sandalia pringosa—, que me folles muchas veces más como lo has hecho hoy.

—Por tu actuación en la cena de mañana —añadió él con una sonrisa—. Porque te cubran de semen de arriba abajo.

Bebimos y nos miramos, Yo bajé los ojos. Por un momento me había sentido igual a él, pero solo era una esclava a su

servicio y no podía mantenerle la mirada. No debía mantener la mirada a ningún hombre.

—Lo has hecho muy bien —me dijo —. El baile es cojonudo. Tú lo haces muy bien y la música me encanta.

Me preguntó por la banda sonora de mi espectáculo y le conté todo lo que sabía según me había explicado Jürgen. Le pareció original y considero que mi amo era un buen músico.

—Lástima que no sea él quien la interprete en directo. Sería un puntazo. Pero bastante es que te preste gratis —razonó.

Hablamos de su negocio. Me dijo que tenía dos clubes. Aquel en el que

estábamos, que era el más grande y otro en un barrio de Madrid. Disponía de media docena de chicas fijas (tres por club) y luego otras que iban y venían según necesidades de ellas y de él. Ninguna obligada. No era un proxeneta, me insistió por si me quedaba alguna duda. Yo asentí con una sonrisa. Casi me enternecía su pasión por dejarme claro eso cuando a mí me daba igual. Si se lo había insinuado unos días antes fue solo por herirle y ya me había arrepentido suficiente. Me daba lo mismo que mi amo fuera o no un proxeneta. Yo estaba enamorado de él y no le colgaba etiquetas. Es cierto que me alquilaba y me prostituía. Ganaba mucho dinero conmigo, pero ¿me obligaba? Esa era la

pregunta que había que hacerse, o al menos la que yo creía que era clave. Y no me obligaba. Estaba con él porque quería. Yo deseaba que me alquilara y me entregara a otros, gozaba personalmente con el sexo y también con la sensación de ser una fuente de ingresos para mi amo. Yo no estaba atada ni encerrada ni nada parecido. Podía irme cuando quisiera… Aunque nunca lo intenté por lo que no puedo saber qué hubiera pasado de una buena mañana le hubiera dicho a Jürgen: «lo siento, ya no te amo y me largo». No puedo saberlo. Entonces no tenía dudas de que era libre de hacerlo pero desde el año pasado, cuando me enteré de que Ahmed me había comprado… No sé qué

pensar. Tengo dudas.

En cualquier caso, es algo que no se planteó nunca y no voy a devanarme los sesos ahora con ello.

El caso es que Óscar, mientras nos bebíamos el vermú, me habló de toda su vida. Parecía como si con aquel polvo que me había echado, además de abrírsele las compuertas de sus testículos también se le hubieran abierto de par en par las de la evocación, el recuerdo, la memoria… Y el deseo de compartir pasajes de su vida.

Me habló de que se casó con la puta más guapa que tenía en el club. Bueno, en realidad me dijo que ella lo cazó. La típica historia en la que la empleada seduce al jefe. Pensé que debía ser muy

guapa y muy buena en la cama para envolver a Óscar, que me parecía que tenía ya más capas que un galápago.

—¿Qué tal folla tu mujer? —le pregunté, algo atrevida, para tratar de aclarar esas dudas.

Me miró con cierta perplejidad. No se esperaba esa pregunta. Probablemente porque nunca nadie se la había hecho antes. Aunque creo que él sí tenía una idea aproximada de las capacidades de su esposa.

—Era la mejor en el negocio —me dijo, sin la menor sombra de cariño hacia ella—. Pero cuando nos casamos se retiró. No era cosa de que mi mujer anduviera follando por ahí con otros.

—Claro, lo comprendo —apuré mi copa, arrepentida de la pregunta. Siempre que me dejaba llevar por mis impulsos metía la pata.

—Pero tú follas mejor que ella. Ella tiene ahora 31 años, pero tú con 19 ya lo haces mucho mejor… ¿seguro que solo tienes 19?

Lo preguntó de tal manera que me provocó una carcajada. Estaba de broma, sin duda, y no era más que un gran piropo el que me dirigía. Se acercó a mí, dejó la copa en el mostrador y me besó.

—Eres una gran amante pero al mismo tiempo, tierna y hasta vulnerable —me dijo—. Yo te reservaría solo para grandes clientes. Serías una prostituta

high class. Solo te gozaría yo y aquellos que tuvieran una cuenta corriente con al menos siete u ocho dígitos.

—¿Solo millonarios? —le pregunté aspirando su aliento entre mis labios húmedos.

—Nada más. Y les pasaría facturas de cinco cifras.

Me estaba excitando. No solo por sus besos sino por la forma en que hablaba de alquilarme. Le acaricié la polla, que tenía morcillona pero enseguida reaccionó. A él también le excitaba decirme aquellas cosas. De hecho creo que las decía para excitarse porque era pura ficción, un imposible.

—¿Te gustaría trabajar para mí? —

me preguntó sin dejar de besuquearme y sobarme las tetas.

—Ya lo haré mañana, ¿no es así?

—No, mañana yo seré tu cliente, no tu jefe.

—Eso es cierto.

—Me gustaría disponer de ti, alquilarte a viejos ricachones para que te babeen y se te corran fuera porque no lleguen a tiempo. A viejos rijosos que huelen a muerto.

—¿Tratas de excitarme?

—¿Te excita lo que te digo?

—Me excita más sentir como tu polla crece entre mis manos —le susurré.

Me empujó con suavidad hasta un taburete alto de esos que hay en las

barras. Me senté y separé las piernas para acogerle. Me abrazó y me besó. Soltó las coitas de mis muslos y tiró del body hacia arriba y me lo sacó por la cabeza. Lo arrojó lejos y enterró su cara entre mis pechos. Me chupó y me mordió los pezones mientras yo le acariciaba el pelo y gemía de gusto.

—Fóllame, por favor —le rogué—. Estaba muy excitada, aunque no era la postura más cómoda.

Óscar me la metió. Entró muy fácil. Tenía el coño empapado de mis flujos que, sumados al semen que aún me quedaba en la vagina, le conferían a mi agujero del placer una lubricidad enorme.

Me folló despacio culeando a un

ritmo de trote, muy elegante, como si montara a una yegua de paseo por la campiña inglesa. Era el hombre más exquisito que me había follado hasta entonces. Sin ninguna duda. No quiere eso decir que fuera el que más placer me daba. Al menos en esos momentos. Pero se movía con una distinción que no tenían los demás. Ni siquiera Jürgen. Óscar me mostraba ahora una cara muy diferente a la que le había visto unos minutos antes en el piso de arriba, donde se comportó de forma mucho más fiera y salvaje. Poco a poco me llevó al punto en el que podría correrme solo con una palabra.

Pero Óscar se descabalgó y giró el taburete, poniéndome contra el

mostrador.

—Saca el culo, siéntate al borde que te voy a encular —me ordenó.

Yo saqué el culo del taburete y me abracé al mostrador de tal modo que mi ano quedaba disponible y usable. Coloqué los pies firmemente en el aro metálico que había en los bajos del asiento y me ofrecí, muy excitada. Tenía ganas de que me enculara. Era el único agujero que le quedaba por probar.

Óscar se colocó detrás de mí. Me agarró por las caderas y con su polla dura me buscó el ano. No necesitó guiarla con las manos. Enseguida la punta de su glande quedó encajada en mi agujero negro. Empujó despacio y yo gemí de placer. Su polla era gruesa y mi

culo no había sido utilizado en muchas horas Caí en la cuenta de que no me había puesto el plug para el baile. Grave descuido el mío, pero él tampoco se había percatado.

—Se me olvidó el tapón anal para el estriptis —le dije.

—No ha sido olvido, querida —me susurró mientras empujaba su polla dentro de mi ano—. No te quería hoy con plug. Deseaba tu ano cerradito para violentarlo.

Me dio un empujón y me la clavó de un golpe. Grité, sorprendida. No me hizo mucho daño, aunque si noté cierto malestar al penetrarme sin haber dilatado suficiente. Pero enseguida el agujero se me acomodó al grosor de la

polla y el frotamiento me quemó hasta volverme loca. Me folló despacio, sin prisas, con esa elegancia que he mencionado. Yo estaba de nuevo al borde del paroxismo sexual, pero como no estimulaba mi clítoris no llegaba a correrme.

Y aquí Óscar dio muestras de su enorme sabiduría y de su experiencia, además de su galantería y deseo de darme placer a mí y no solo gozar él. Tiró del taburete para separarlo de la barra. De esa forma mi cuerpo se tumbó más. Antes mantenía una inclinación de 45 o 50 grados con lo que mi clítoris estaba en el aire, aunque todo mi coño empapaba la piel que tapizaba el asiento.

Al alejarme de la barra, mi cuerpo se inclinó tanto que no solo mi coño quedó disponible para ser follado, sino, lo que era más importante y el objetivo de Óscar: que mi clítoris se rozara con el asiento.

Aprovechó para sacarla del culo y follarme por la vagina. Me dio tres o cuatro metisacas violentos que mi clítoris se frotó con violencia con la piel del tapizado. Luego volvió al culo y siguió dándome con fuerza. Alternó mis dos agujeros a su gusto hasta que me corrí como una perra en celo, con mi clítoris inflamado e irritado de placer por el frotamiento con el asiento. Agarrada a la barra con fuerza porque si flaqueaba me caería como un fardo entre

la barra y el taburete.

Como es su costumbre, Óscar se corrió poco después, antes de que yo me hubiera repuesto del brutal orgasmo que me había provocado. Se corrió dentro de mi culo, sin condón y me rellenó de nata como si fuera un pastelillo.

Cuando terminamos y sacó su polla de mi culo yo no lo pensé dos veces. Me arrodillé ante él y le chupé la manga pastelera con la que me había dado tanto placer para limpiársela a fondo. Es lo que debe hacer una buena puta cuando su hombre la ha follado sin condón el ano. Conviene lavarlo cuanto antes para evitar infecciones.

La cena de Navidad. O la orgía de Navidad, por llamarla como se merece.

Fue una noche muy divertida en la que gocé como un zorrón. Tanto como hacía mucho que no gozaba. No les voy a abrumar con muchos detalles en la escena final de este libro. Este tipo de fiestas son siempre igual y es difícil no gozar.

Me pasé pronto al día siguiente por el local de Óscar porque, como me había dicho, quería llevarme a la peluquería. No tenía ni idea de lo que quería, además de buscar soluciones a la chistera, para que no se me cayera. Al final, una vez en una peluquería próxima que lo conocían a él y a sus chicas, la

solución fue la más estrambótica y contradictoria que uno pueda imaginarse. Me rizaron el cabello de tal forma que me lo dejaron como si fuera una negra en los años setenta. Mi volumen capilar era tan grande y espeso que fue la mejor solución que encontraron, además Óscar dijo que multiplicaba mi sensualidad. En realidad, lo que buscaban era disimular las innumerables horquillas con las que me fijaron la chistera casi para toda la vida.

Salí de allí con unos rizos espectaculares que además me caían sobre los hombros, dado el largo de mi cabello en aquella época. Y no pude tocarme el sombrero en toda la tarde.

Cualquier preparativo para el baile había de ser con aquel aditamento adherido a mi cabeza. Menos mal que no iba a llevar ninguna prenda que hubiera que meter por arriba.

De vuelta al piso del club, me puse en manos de una de las putas fijas de Óscar, que era muy buena maquilladora. El dueño le dijo lo que quería y ella se puso manos a la obra. Me convertiría en una especie de Donna Summer con chistera. Pintada como una puerta, con una sombra de ojos verde oscuro muy fashion para la época navideña, con reflejos y estrellitas en los pómulos, y unos labios rojo oscuro, casi amoratados, que destacaban sobre todas las cosas. Cuando me miré al espejo no

pude por menos que alabar la pericia de mi nueva amiga, Lola, que además resultó ser algo así como la lugarteniente de Óscar allí. Su mano derecha. Después comprobé que también era la de más edad entre las chicas. Pasaba de los treinta pero tenía un cuerpo firme y sensual.

Durante todo el proceso, Óscar le dijo que yo aguardaría todo el rato en la oficina, pero Lola se negó en redondo.

—¡¿Cómo la vas a tener encerrada en ese cuchitril durante dos horas al menos?!

—No quiero que la vean bajar. Esa escalera no es precisamente la más erótica. Rompería todo el encanto —se defendió Óscar con cierta lógica.

—Ya sé lo que haremos —exclamó Lola después de pensarlo un poco—. Pondremos una sábana colgada delante de la escalera para taparla, y decoraremos la sábana con cuatro objetos navideños, que no tenemos ningún adorno navideño, ni un miserable abeto.

—esto es una whiskería —se defendió el dueño—. La gente viene a beber y a follar. No a cantar villancicos.

Pero la decisión estaba tomada y Lola se había convertido en la capataz de la obra. Enseguida organizó a las chicas que fueron llegando. Yo me quedé arriba, en una de las habitaciones mientras ellas ayudaban a Óscar a recibir a los del catering que traían la

cena, a colocar todo abajo y al tiempo a tapar la escalera con una sábana colgada del techo con unas chinchetas. Otras se fueron a comprar adornos navideños que pesaran poco para fijarlos a la sábana. Fue un despliegue de las chicas enorme en el que yo no participé. Óscar me dijo que me relajara, leyera o hiciera lo que me diera la gana pero sin estropear el peinado y el maquillaje. Naturalmente no me pude quedar en la cama, sino sentada en una silla y cuando todo se asentó un poco y los comensales comenzaron a llegar, me instalé en el comedor a ver la televisión. Le pedí a Óscar que me avisara media hora antes de mi número para vestirme. Entretanto, me desnudé y me puse una mini batita

que me dejó una de las chicas.

La cena comenzó rápido. Los hombres llegaron más o menos puntuales y los escuché vociferar. Hubo quien alabó el único adorno de navidad que tenía el local, esa sábana con estrella de Belén y escenas navideñas sujetas con imperdibles.

Pasé un rato tenso, escuchando el ambiente de abajo en el que no cesaron los gritos, las risotadas y los requiebros a las chicas, que hacían de camareras. Como algunos de los platos estaban arriba, las vi subir y bajar. Todas ellas, salvo Lola, que siempre se distinguía de las demás, iban con los pechos al aire. Aquello seguía siendo un topless. Usaban una faldita estrecha escocesa,

como de colegialas y sandalias de plataforma. Nada más. Luego cada cual se adornaba como le apetecía con collares, cintas en el pelo y cosas así. Pero el uniforme estaba claro: una simple falda escocesa de cuadros rojos y negros.

Cuando llegó el momento, Óscar subió a avisarme y me recordó que me pusiera el plug anal, más que nada para que estuviera bien dilatada en el momento oportuno. No obstante, en casa, antes de salir, yo me había puesto tres enemas para vaciar bien las tripas y me había metido a fondo un consolador gordo que tenía para ejercitar el anillo anal.

Ya saben cómo me vestí. El corsé, la

chaquetita de tiros largos por detrás (como un grillo, decía Óscar), guantes largos calados como las medias, minifalda de cuero y sandalias de plataforma abiertas. No me puse tanga. El plug me vestía suficientemente.

Bajé despacio, muy despacio para que mis tacones no resonaran en la escalera de caracol y me metí en la oficina. Nadie me vio porque estaban más pendientes de los postres y de meter mano a las camareras.

Óscar entonces se subió a la tarima y mientras las chicas retiraban los platos, cubiertos y demás menaje que pudiera romperse en los próximos minutos, anunció la sorpresa. Ninguno de aquellos tipos se esperaba que Óscar

fuera a obsequiarles con un estriptis y ya contaban los minutos para poder follarse a las chicas. Gratis. Por eso el anuncio fue recibido con aplausos y hubo quien preguntó, a gritos, si el show iba a ser de Lola, que llevaba una camiseta de tirantes, con un escote enorme, pero sin mostrar los pezones. Hubo más risotadas y decepción cuando óscar les dijo que no era Lola.

—Mucho mejor, con perdón Lola —dijo mirándola a ella, que ya estaba curada de espanto—. Es una artista del sexo que he traído de California, solo para vosotros, directamente de la Meca del cine porno. Con todos vosotros ¡Sandy Durmmond!

Esa era la señal para que me

dispusiera a salir, pero no debía aparecer hasta que no comenzaran a sonar las primeras notas de Sugar Blues.

En cuanto se escuchó el saxo de Jürgen grabado en el CD que le había llevado, salí a la palestra, sinuosa y provocativa. Nunca me encuentro más atractiva y apetecible que cuando bailo ante hombres salidos. Me sucedía en el Atlas, allá en mi tierra, y me pasaba en Madrid. Que los hombres te miren con deseo que tú multiplicas por mil o un millón solo con un golpe de cadera o un movimiento coqueto de un hombro es algo que no se puede explicar con palabras. Yo excitó a los machos así y, al tiempo, ellos me excitan a mí al verlos tan inflamados. Los alimentamos

mutuamente.

Comencé a contonearme y desde el primer momento comprobé que mi graciosa chistera estaba perfectamente fijada a mi pelo, tanto como si estuviera escayolada. Vi las caras de los tipos, todos calientes, excitados, casi babeando por mí. La escandalera que habían provocado durante la cena se había transformado en un silencio absoluto y casi reverencial cuando salí. Los había con la boca abierta y otros tensos y sonrientes como retrasados mentales.

Óscar tenía razón. Frente al escenario había una fila de ocho o diez tipos que habían girado sus sillas para verme, dando la espalda a la mesa a la que

habían estado sentados. Detrás de la mesa, el resto de los invitados apoyaban los codos en el tablero y me miraban hipnotizados. Esa era mi función y la de la música, hipnotizarlos y calentarlos más que una cafetera al fuego.

Algunas de las chicas estaba por allí, en un discreto segundo plano, detrás de los invitados más alejados, admirando mi baile.

Me quité la levita y la arrojé a un lado. Siempre que miraba hacia el público buscaba al tipo con el que finalizaría mi número. Lamentablemente, el más guapo no había vuelto la silla. Se había limitado a girarse y sentarse al revés en ella, de modo que me hacía imposible elegirlo porque el respaldo se

interpondría entre ambos. Había otros dos tan gordos que tampoco hubiera encontrado sitio en sus rodillas porque sus panzas como tambores apenas me dejaría sitio. Me decidí por un tipo delgado y enjuto, tanto que parecía enfermo. Además, debía ser el de más edad o es que estaba tan estropeado que lo parecía. Pero estaba sentado en la forma correcta, llevaba pantalones de vestir, de esos de pinzas, con bragueta fácilmente manipulable.

Cuando me quité la chaquetilla escuché el primer piropo.

—¡Guapa! —me dijo alguno con poca imaginación, aunque abrió el camino a los demás, que parecieron salir de su encantamiento.

Los comentarios y las exclamaciones fueron subiendo de tono.

—¡Te la voy a clavar hasta el fondo de tu alma!

—¡Esa boca de puta es para mí, quiero que me pintes la polla de los colores del Atleti!

Y burradas más grandes.

Seguí moviéndome al ritmo de la música y me saqué los guantes muy despacio y luego los arrojé al público, que casi se pegan por ellos. Luego me desabroché los tres corchetes del corsé, dejándolo sujeto solo por el inferir, cerca del ombligo. Mis pechos se expandieron y trataron de salir por arriba y por el centro. Uno de los

pezones asomó, pero me giré y les di la espalda. Me gritaron que les lanzará el corsé y que les enseñara las tetas, pero en lugar de so puse el culo en pompa y me subí la falda, mostrándoles el plug que tenía metido en el culo.

Eso fue el desmadre.

—¡Ven aquí —dijo uno—, que te cambio el aparato por una tranca de verdad!

De buena gana hubiera obedecido porque estaba muy cachonda y con ganas de que me follara aquella jauría de perros salidos. Pero fui profesional y aguanté como era debido.

Me giré y dejé caer la falda al suelo, a mies, mostrándoles mi coño depilado.

Puse una postura inocente, con la cadera algo salida y con dos dedos me separé los labios de la vagina, mostrándoles el sonrosado coño que muy pronto iban a gozar. Hice varios giros de caderas y me fui hacia ellos. Bajé de la tarima por el lado más lejano a mi objetivo y me paseé moviendo el culo de forma exagerada. Me detuve ante el guapo, le puse un dedo en la frente y lo bajé despacio acariciándole entre los ojos, la nariz, el labio superior y me detuve en la boca. Él me lo chupó y yo seguí, tocando a todos en la cara y los hombros, hasta que llegué ante el tipo elegido. Tenía ojos acuosos. Unos ojos que he visto muchas veces en hombres comidos por la lujuria, sin freno ni control. Hubiera

dicho que estaba enfermo de no ser porque Óscar me había garantizado que todos eran de confianza y plenamente follables sin condón.

Me senté en sus piernas. Pasé una pierna mía a cada lado y coloqué mi chocho mojado sobre su polla dura. El procedimiento era el mismo que con Óscar el día anterior. Lo agarré la cabeza y la metí entre mis tetas. El tipo se agarró a mis nalgas y yo culeé para frotarle la polla. Me hubiera gustado conseguir que se corriera así, sin siquiera sacársela, pero no lo logré. Separé su cara y le lamí lascivamente arrastrando mi lengua desde la barbilla hasta los ojos.

—Desnúdame, quítame el corsé, mi

amor —le dije en voz muy baja que solo pudo oír él.

El hombre estaba nervioso y además los amigotes lo jaleaban para que follara y me demostrara que era un buen macho. Tardaba en darse cuenta del mecanismo de abroche del corsé. Supongo que buscaba un botón y no un corchete, de modo que no quise esperar más y me retiré un poco, arrastrando mi coño por sus piernas, hasta quedarme sentad en el borde de sus rodillas. Así pude desabrocharle los pantalones y la bragueta. Le saqué la polla, dura y tiesa. El tipo estaba quieto sin atreverse a hacer nada, como si yo fuera un fantasma que iba a violarlo. Me puse en pie, me incliné con las piernas bien rectas para

que mi culo quedara en alto, y le mamé la polla unos segundos. Estaba limpia. Probablemente lo último que habían hecho esos tipos antes de salir de casa había sido lavarse para estar presentables.

No me quise exceder no fuera que se corriera en mi boca. Tenía órdenes de Óscar (que permanecía cerca de la barra) de cómo actuar y la mamada no figuraba en el manual.

Me senté en su polla y me la metí bien dentro. Ambos gemimos de gusto al mismo tiempo. Lo besé con pasión metiéndole la lengua hasta la garganta al tiempo que culeaba adelante y atrás. Los otros diecinueve gritaban y aplaudían al viejo.

Se corrió enseguida. Nadie se atrevió a tocarme mientras estuve con él, como si respetaran el derecho del tipo aquel a gozarme él solo sin interferencias.

Pero cuando me puse en pie, con el coño burbujeando de semen pringoso, varios de ellos se echaron sobre mí. Otros se abalanzaron sobre las chicas.

A mí, un tipo me cogió se sentó sobre la mesa y me puso a mamársela aún antes de habérsela sacado. Lo hice yo mientras otro hombre me arrancaba el plug y me enculaba con fuerza sujetándome por las caderas. Tardó menos de cinco minutos en llenarme el culo de lefa. Entonces me giré y me senté encima de la polla que había estado mamando. Me la metí en el culo y

me masturbé, pero alguien me hizo el trabajo. Se acercó y me hizo un dedo que me corrí por primera vez con aquellos animales. A proveché para quitarme el corsé y me incliné para mamársela al que me había pajeado. Se corrió también. En cambio, el que me enculaba, apoyado en la mesa, aguantaba mucho dándome caña con fuerza. Me eché hacia atrás y le busqué la boca, para besarlo, pero me rechazó. No se le escapaba que un compañero se acababa de correr en mi boca y probablemente tenía lefa por la cara.

Sin dejarme de encular, me llevó a una silla vacía y me dijo que me arrodillara en ella, apoyada en el respaldo. Me culeó bien duro. Tenía una

polla gorda y grande que en la posición anterior no había tenido ocasión de disfrutar en toda su dimensión. Ahora, arrodillada en la silla, el tipo me penetraba mucho más dentro. Gemí de gusto a pesar de que me había corrido hacia un rato.

Tenía los ojos cerrado cuando noté una caricia en la cara. Abrió los ojos y me encontré una polla oscura delante de mí. Alcé los ojos y vi al guapo, que me sonreía.

—Come —me dijo al tiempo que me la metía en la boca.

Se la chupe con muchas ganas, la verdad, al tiempo que culeaba fuerte para que se corriera el tipo que me sodomizaba. Finalmente lo hizo. Me

llenó el culo de leche y desapareció de allí rápidamente.

Entonces el guapo me tomó de la mano y me llevó a un lado, donde estaban algunas de las mesas originales del local. Me tumbó de espaldas y me folló el coño. Lo abracé con las piernas para que me entrara lo más dentro posible. Entonces se desanudó algo que llevaba en la muñeca. Era uno de los guantes que les había arrojado. Dejó de follarme un instante y me metió el guante en el culo, se ayudó con la polla hasta que solo asomó un dedo. Entonces lo sacó y me lo metió en la boca, todo empapado de semen de sus compañeros. Y volvió a follarme, mientras me espachurraba las tetas.

Aguanté con el guante pringoso en la boca, sin echarlo. Me gustaba aquel chico. Era el más guapo, probablemente el más joven, y sin duda, el más imaginativo y más guarro de todos. Giré un poco la cabeza y vi a Óscar que nos observaba. Se había puesto un gorro de papá Noel y era el único que seguía vestido. Como buen anfitrión no quería participar en la juerga.

Por cierto, mi chistera aguantaba allí puesta sobre mi cabeza como pegada con engrudo.

El guapo, cuando le vinieron ganas de correrse, se fue al otro lado la mesa, donde estaba mi cabeza, tiró de mí para que sobresaliera sobre el tablero y me colgara la cabeza y me folló la boca con

guante y todo. Se corrió allí mientras me atenazaba los pezones y me hacía daño.

Antes de irse llamó a un compañero y después se acercó otro. Mientras uno me follaba, el otro me la metía en la boca, donde el guante engordaba de babas y semen.

No sé cuantos me follaron en esa posición porque intercambiaban el puesto y creo que no eran siempre los mismos. Acabé cubierta de lefa por la cara y también en el chocho. Hasta que me dieron un respiro.

Me incorporé y vi que la sábana que hacía de telón para ocultar la escalera de caracol estaba tirada en el suelo y encima de ellas había un amasijo de hombres y mujeres follando. Lola estaba

a cuatro patas con la estrella de Belén entre las nalgas mientras hacía una felación a otro.

Óscar se me acercó y me dijo que me fuera arriba.

—Has terminado tu trabajo. Dúchate.

Obedecí. Al pasar entre la gente comprobé que seguían follando incansables, o al menos eso parecía. Lo cierto es que todos estaban borrachos.

Me di un baño de sales y espuma, me limpié a fondo y me tumbé en una de las camas.

No me desperté hasta el día siguiente. No había nadie en la casa y bajé al garito, con mi batita de estar por casa prestada. Todo había vuelto a la

normalidad. Habían limpiado y aseado el local y había desaparecido todo resto de la cena y la orgía de la noche anterior.

Óscar salió de la oficina y me saludó.

—¿Quieres un café? —me ofreció. Asentí y subimos de nuevo.

Lo preparó él y me lo sirvió en el comedor. Me sentó muy bien. Me sentí revivir. Había acabado un poco estragada de la fiesta, después de tragar tanta lefa.

—¿Ya lo habéis recogido todo? —pregunté lo obvio.

—Sí, las chicas son fantásticas, y no solo follando.

Me admiró la dedicación que tenían

sus putas hacia el local y su trabajo. Creo que fue en ese momento cuando comprendí que Óscar no era un proxeneta ni un explotador de mujeres. Era un empresario del ocio nocturno, como prefería llamarlo él, pero se diferenciaba de otros como JC o la bestia de Jamal con la que pasé tres semanas en enero. Pero esa es otra historia que contaré en mi próximo libro, lo mismo que mi viaje a Bahréin para encontrarme con Ahmed.

Ya sé que en mi anterior libro les prometí que mi encuentro con Ahmed estaría en el presente libro, pero me ha sido imposible. Hubiera sido demasiado largo

Para terminar, solo quiero decirles

que las fiestas navideñas ese año con mi amo Jürgen no tuvieron nada de especial, nada que merezca ser reseñado. Y que la entrada en el año 2000 se produjo sin que sucediera ninguna catástrofe.

Como siempre, pueden ustedes localizarme en Twitter si desean conocerme mejor. Mi dirección es: https://twitter.com/SandyDurmmond

Y por supuesto, pueden leer mis libros anteriores, que son, por orden cronológico:

1. Más allá de la sumisión en

Hollywood

2. El capricho de Verónika

3. Un trabajo peligroso.

4. Un collar para Sandy.

5. Adiestrada para el placer.

Los hallarán todos en Amazon. Aquí: https://goo.gl/SIOChy

Muchos besos y espero que hayan disfrutado de la lectura de este sexto libro de mis memorias,

Sandy Durmmond.

Acabado en Madrid, el 22 de junio de 2016.